LA GUERRA TOTAL

CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

GUERRA REVOLUCIONARIA COMUNISTA
Gral. Osiris G. Villegas

EL MOVIMIENTO APRISTA PERUANO
Harry Kantor

LA LUCHA IDEOLÓGICA
Florencio J. Arnaudo

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA
J. T. Fichte

DISUASIÓN O DEFENSA
B. H. Liddell Hart

LA GUERRA TOTAL
Erick von Ludendorff

INTELIGENCIA ESTRATÉGICA
Sherman Kent

ERICK VON LUDENDORFF

La guerra total

EDICIONES PLEAMAR / BUENOS AIRES

Título del original francés:
LA GUERRE TOTALE

Traducción de:
J. D. IGLESIAS BRICKLES

Diseñó la tapa:
LEONARDO A. GONZALEZ

Printed in Argentine
Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

NOTA DEL TRADUCTOR

Como militar, he querido hacer una anotación preliminar con el objeto de aclarar la verdadera importancia de esta obra del Mariscal Ludendorff, que no debería faltar en la biblioteca de ningún profesional de la carrera de las armas.

Aunque para un observador superficial, este libro parezca algo sobrepasado por los hechos, y sin vigencia para las concepciones estratégicas y tácticas modernas de la guerra atómica, un análisis más profundo dejará entrever su importancia como documento histórico acerca del pensamiento personal del discutido Jefe del Estado Mayor Alemán de la Guerra del 14, y de las conclusiones a que llegó inspirado en su experiencia en la conducción del ejército alemán. Estas conclusiones, sumamente discutibles, pero no menos importantes desde el punto de vista de los acontecimientos que se sucedieron desde que fue escrita esta obra hasta la terminación de la Segunda Guerra Mundial, constituyen un interesantísimo material de estudio, porque fueron aplicadas por el Estado nacional socialista alemán. Es importante también como lección para aquellos que, ante las angustias políticas y económicas que está viviendo, no sólo nuestro país sino toda América latina, buscan solucio-

nes parecidas a las de Ludendorff para paliar nuestros males.

¿Ludendorff inspiró a Hitler o Hitler inspiró a Ludendorff? No se sabe quién fue el primero en concebir el estado totalitario, pero el siniestro plan que aquí expone el mariscal alemán no puede menos que hacer correr un escalofrío por las espaldas de quienes piensan y sienten que el fin de una nación no es la guerra, que no se puede dividir al mundo, cada vez más unido por la tecnología, en pequeños mosaicos raciales, que la "cohesión anímica" de un pueblo se basa en otros principios, más profundos y más reales que el "alma racial inmortal", que el Dios que concebimos no puede ser un Dios protector de una raza determinada y a cuyo conocimiento se puede llegar por la adoración del estado omnipotente e inhumano, y que el hombre no es un engranaje del estado al que se pueda manejar como si su personalidad, su alma, sus pasiones, sus debilidades y sus grandezas no fueran más que obstáculos para el funcionamiento exacto del Moloch-Estado.

Va aún más lejos Ludendorff cuando, en el último capítulo de su obra, hace del General en Jefe de las fuerzas armadas el supremo dictador de la vida entera del país, el hombre que debe tomar en sus manos a cada hombre y a cada mujer que habita la nación, para organizarlos y dirigirlos como robots con sus máquinas a toda presión hacia la destrucción de los enemigos de la raza. Y esto no sólo en tiempo de guerra, sino también durante la paz, pues la paz es para la preparación para la guerra, en el ejército y en todo el país.

Los resultados de sus teorías, aplicadas al estado nazi, los tenemos todos demasiado presentes en el recuerdo del holocausto más trágico de todos los tiempos: la destrucción del Tercer Reich Alemán, comandado, no gobernado, por Adolfo Hitler y en la memoria aún dolorosa de las macabras

penurias que antes de sucumbir hizo sufrir a toda la humanidad.

Mirando la obra desde el punto de vista estrictamente militar, Ludendorff aparece como la antítesis de lo que entendemos por profesionalismo en la carrera de las armas. El profesional militar, con más exactitud, el oficial de las fuerzas armadas, debe ser, transcribiendo las palabras del sociólogo norteamericano Huntington, "un experto en el manejo de la violencia", en otras palabras, un hombre adiestrado para conducir tropas en el combate. Pero nada más. Al profesional militar no deben interesarle asuntos tales como las sutilezas políticas, ni mucho menos debe introducir esa política en su medio, a riesgo de desbaratar todo el minucioso trabajo de años de profesionalismo puro, amasado con dedicación estricta a las tareas militares y un hermoso código de honor, que es base de las más altas virtudes de la carrera de las armas.

Entre el militar prusiano de fines del siglo XIX *y principios del* XX, *militar profesional ciento por ciento, y la concepción castrense del autor de esta obra hay un abismo tan hondo como puede haberlo entre un cuerpo de oficiales de incalculable valor profesional (no hablemos de la política exterior de Prusia que los condujo a sus guerras), poseído de un altísimo sentido del deber por el deber mismo, sin otras miras que el continuo mejoramiento de la preparación de las fuerzas armadas y de sus cuadros, y, por otro lado, el cuadro de oficiales resultado de las teorías de Ludendorff-Hitler, avasallado a la política del estado y con las ideas políticas del "conductor" formando parte vital de su código de honor y su mística militar.*

Porque los Junkers del tiempo de von Clausewitz, Gneisenau, Scharnhorst, von Schlieffen y mil más, no eran más que puros profesionales militares, con la preocupación propia de todo verdadero militar por la seguridad de su país,

y sin otro objetivo que el perfeccionamiento del ejército para defender a su patria. Estos Junkers siempre se opusieron enérgicamente a las aventuras políticas de sus gobernantes, y cuando intervinieron en ellas fue por simple espíritu de subordinación al poder civil, supremo director de los destinos del país, lo que cabe exactamente dentro de lo que debe ser un militar profesional. Todavía en la época de vísperas de la guerra última quedaban algunos de aquellos viejos soldados: von Seeckt, von Bock y von Rundstedt, para nombrar a algunos, últimas muestras del glorioso cuadro de oficiales que sirvió de ejemplo para organizar a las fuerzas armadas de todo el mundo, y que siempre presentaron sus más vivas protestas ante los desvaríos políticos de Hitler. Pero ya la oficialidad joven estaba intoxicada con el veneno del nazismo de Ludendorff-Hitler, y apoyándose en ellos, el Führer los fue haciendo desaparecer poco a poco de la escena militar, aunque a algunos debió conservarlos muy a su pesar, gracias a su extraordinaria capacidad de conductores.

Sólo el verdadero profesionalismo militar puede llevar a una fuerza armada a obtener sanos resultados, a velar por la seguridad de su país y a cumplir en la práctica con la fórmula "para defender a la patria". Toda otra formación mental del cuadro de oficiales de un ejército, armada o fuerza aérea, sólo tendrá como consecuencia la descomposición interna y el desastre final.

Haciendo punto aparte a estas consideraciones, debo pedir un mínimo de paciencia en el lector de esta obra, pues se trata de una traducción del francés que a su vez había sido traducida del alemán, con todos los defectos de una doble traducción y la dificultad de expresar en términos de un espíritu tan distinto del alemán como el francés, cosas tan entrañablemente germanas como las de la guerra.

J. D. IGLESIAS BRICKLES

Capítulo I

CARÁCTER DE LA GUERRA TOTAL

Lejos de mí está la idea de escribir una teoría de la guerra. Yo soy, como lo he expresado tan a menudo, hostil a toda teoría. La guerra es realidad —realidad entre las más graves en la vida de un pueblo. Es a ella a la que voy a mostrar aquí, sin, por ello, "llevar búhos a Atenas", sin querer insistir en las generalidades comúnmente sabidas; por el contrario, me dirigiré al pueblo, a cada uno dentro del pueblo, y trataré entonces diferentes asuntos que necesariamente escapan a su conocimiento. El pueblo debe aprender a conocer la esencia misma de su lucha por la vida. No serán todo ese cúmulo de obras científicas indigestas sobre la guerra las que le aclararán el panorama, sino las exposiciones breves y accesibles. Lo que yo aporto aquí es la experiencia personal más auténtica de la guerra, y de ninguna manera un comentario oficial, como podría suponerse en el extranjero.

El maestro del arte de la guerra, von Clausewitz, en su obra *Vom Kriege,* que él escribió hace cien años, basándose en las experiencias hasta entonces adquiridas en las

campañas de Federico el Grande y de la era napoleónica, estableció con razón que la guerra es el acto de violencia por el cual una nación o estado quiere reducir a otro a su merced. En sus consideraciones sobre los medios de alcanzar ese fin, Clausewitz no se ocupa más que del aniquilamiento de las fuerzas del enemigo. De allí proviene el principio indiscutible de toda estrategia y de su observación, el primer deber de la estrategia de la guerra total. Lo que Clausewitz dice de la idea de aniquilamiento en el campo de batalla, guardará siempre su profunda significación. El General conde von Schlieffen lo ha remarcado claramente en su prefacio a una edición de la obra de Clausewitz de 1905. No puedo menos que subrayarla. En cuanto al resto, la obra clausewitziana representa el resultado de una evolución histórica hoy anacrónica y desde todo punto de vista sobrepasada; el estudio mismo de esta obra correría el riesgo de crear confusión.

Los tiempos ya no son hoy como cuando se podían distinguir diferentes modos de la guerra, como lo hacía Clausewitz. Así los comentaba él:

"Más poderosos y grandiosos serán los motivos de la guerra, en mayor grado llegarán a abrazar la existencia entera de los pueblos, más violenta será la tensión que precede a la guerra y más se aproximará ésta a su forma abstracta y no verá otro fin que el de aplastar al enemigo; los fines militares y políticos coincidirán; la guerra parecerá, en fin, más y más guerrera y cada vez menos política. Pero también las tensiones y los motivos serán débiles y cada vez más la tendencia natural del elemento guerra, es decir, la violencia, se apartará de sus directivas políticas; cada vez más, por lo tanto, la guerra se verá desviada de su tendencia natural; la utilidad política será diferente del fin de una guerra ideal; la guerra parecerá convertirse en puramente política".

En el pasaje siguiente de sus consideraciones, Clausewitz

llega a entrever de más cerca las causas del nuevo modo de la guerra:

"Es cierto, la guerra misma, en su esencia y en sus modos, ha sufrido importantes transformaciones que la han aproximado a su forma absoluta; pero esas transformaciones, no se deben al hecho de que el gobierno francés se haya, por así decirlo, emancipado de la tutela de la política tradicional; ellas son productos de la política, transformada ella misma, procedente de la Revolución Francesa, que se ha extendido, además de Francia, a toda Europa. Esta política ha puesto en movimiento otros medios, otras fuerzas, y, por ello, ha hecho posible una energía estratégica inconcebible en otras circunstancias".

Ya en la época de Clausewitz, el tiempo de las guerras de gabinete había caducado, es decir el tiempo de las guerras que los gobiernos hacían por medio de sus ejércitos profesionales, y en las cuales, generalmente, los pueblos no tomaban parte más que en la medida en que se veían agobiados de impuestos o directamente afectados por la marcha de las tropas, los cuarteles de invierno o los combates. La Revolución Francesa venía de empeñar otra clase distinta de fuerzas, las populares, pero la guerra no había realizado aún, para hablar con las palabras de Clausewitz, su forma "abstracta o absoluta". En las campañas de 1866 y de 1870-71, la guerra no había aportado nuevas luces sobre su naturaleza, no obstante que en Francia, bajo el gobierno de Gambetta, la guerra había tomado formas que revelaron una energía de comando estratégico y una puesta en marcha de la nación desacostumbradas hasta esos días. Debo reconocerlo, la estrategia alemana de 1870-71 se encontraba singularmente en desventaja frente a este nuevo fenómeno. En Alemania, y no más, la guerra fue responsabilidad sola del ejército. Nuestro Estado Mayor se atenía todavía a las concepciones clausewitzianas. De un carácter sin preceden-

tes fue la Guerra Mundial, que rompió con todas las formas de hostilidad conocidas desde hacía ciento cincuenta años.

No solamente las fuerzas armadas de los estados beligerantes perseguían su destrucción recíproca y llevaban las operaciones, sino que los mismos pueblos se veían a sí mismos tomando parte en la acción, afectándolos la guerra directamente y haciéndolos pasar por los mayores sufrimientos. En mis memorias de guerra, yo caractericé así este conflicto:

"Los ejércitos y las flotas combatían unos contra los otros, de la misma manera que lo habían hecho antes, aunque desplegando fuerzas más poderosas que nunca. Pero a diferencia del pasado, los pueblos se agrupaban con toda su energía detrás de sus ejércitos.

"En esta guerra era difícil distinguir dónde comenzaba la fuerza armada propiamente dicha y dónde terminaba la del pueblo. Pueblo y ejército no eran más que uno. El mundo asistía, en el más propio sentido de la palabra, a la guerra de los pueblos. Los poderosos estados se enfrentaban con todas sus fuerzas. En los combates sobre los frentes inmensos y en los lejanos mares se libraba la lucha contra las fuerzas físicas y vitales de los pueblos, a los que se trataba de disociar y paralizar".

La guerra total, que no es sólo asunto de las fuerzas armadas sino que toca también la vida inmediata y el alma de cada miembro de los pueblos beligerantes, no había nacido únicamente de condiciones políticas nuevas en las que se afirmaba cada vez más netamente la competencia entre el pueblo judío y la Iglesia Romana, aspirando ambos a dos a dominar a los pueblos, a debilitarlos y a sangrar hasta la última gota a los recalcitrantes; había nacido también del servicio militar obligatorio, en vista de la densidad creciente de la población, y también de los medios de combate cada vez más destructivos. El tiempo de las diferentes cla-

ses de guerras había caducado. Desde entonces la guerra total ha ganado en profundidad tanto como en perfección y en el aumento de la aviación, que no solamente lanza bombas sino también planfletos de propaganda sobre las poblaciones y en el perfeccionamiento y multiplicación de las estaciones radiofónicas que difunden la propaganda en el flanco del enemigo. Si durante la guerra mundial los ejércitos adversarios combatieron ya sobre inmensas zonas, que, como la guerra misma afectaban duramennte a las poblaciones de los países invadidos, hoy en día el campo de batalla, en el sentido propio de la palabra se extenderá a la totalidad de los territorios de los pueblos beligerantes. La población civil, como los ejércitos, sufrirá la acción directa de la guerra, y, aunque escalonada dentro de cada uno de sus territorios, tendrá que sufrir de sus medios indirectos, materiales y morales, el acecho del hambre y de la propaganda enemiga, así como antaño los habitantes de las plazas fuertes asediadas, a quienes la miseria y el agotamiento obligaban a capitular. La guerra total no apunta, pues, solamente a las fuerzas armadas, sino también a los pueblos. Es ésta una verdad inexorable e indudable, y todos los medios de combate imaginables se conforman a esta verdad y deberán conformarse siempre. "Ojo por ojo, diente por diente", ésta será la divisa verdadera de la guerra total. Ella creará formidables tensiones en los pueblos beligerantes [1].

Por su misma esencia, la guerra total no podrá ser realizada sino cuando la existencia misma del pueblo entero se vea amenazada y el pueblo se decida a asumir la responsabilidad. Si, el tiempo de las guerras de gabinete

[1] A todas las conferencias de desarme les faltan las leyes sagradas de la conservación racial y deben necesariamente terminar sin llegar a ningún resultado. Sólo la eliminación del imperialismo judeo-romano y el despertar racial de los pueblos contribuirán a la paz.

ha caducado, de esas guerras con fines políticos limitados, más bien actos de bandidaje que luchas animadas de un profundo sentimiento del derecho, como es una guerra librada por la conservación de la vida de un pueblo. También las "guerras coloniales", en las que se ve a un pueblo atrasado o a una tribu luchar por su existencia, pues el adversario puede pura y simplemente aplastarlos, tienen para los invadidos el carácter de guerra total y la librarán por razones morales. Para los otros, estas experiencias, actos por lo demás absolutamente inmorales, no merecen de ningún modo la designación noble y grave de "guerra". Estas guerras son provocadas por amor al lucro, y no por la voluntad de salvar la existencia de la comunidad [1].

Sorprendentes consecuencias se derivan necesariamente del carácter de la guerra total.

Al igual que desde Clausewitz, en que el carácter de la guerra, después de más de un siglo, se ha modificado, así se ha modificado la correspondencia entre la política y la guerra. La política misma, como consecuencia, tendrá que cambiar. Al citar los pasajes del libro *De la Guerra*, he podido ya mostrar cómo van Clausewitz, en su época, imaginaba la correspondencia entre la política y el Estado Mayor. Él no veía que la política exterior que rige las relaciones entre los estados, es la que declara la guerra y firma la paz. A Clausewitz no lo preocupaba ni por un instante que pudiera existir otra "política". Según él, la política exterior era mucho más importante que la guerra y, aunque concedía algún interés al Estado Mayor, es decir, al General en Jefe, la guerra y la estrategia militar, a sus ojos, dependían estrechamente de la política exterior, como lo confirma el pasaje siguiente:

1 La guerra que los Estados Unidos llevaron contra el pueblo alemán sobre el continente europeo tenía un carácter de guerra colonial. Se trataba de salvar el dinero de los capitalistas internacionales.

"Vemos, pues, que la guerra no es solamente un acto político, sino que es también un elemento, una continuación de las relaciones políticas, una prosecución de ellas por otros medios. Lo que es particular de la guerra no tiene otra particularidad que la de sus medios. Impedir que las tendencias y las contradicciones de la política se pongan en contradicción con estos medios, es lo que el arte de la guerra puede exigir en general y lo que el jefe puede exigir en cada caso aislado. A decir verdad esta exigencia no es poca cosa; mientras pueda reaccionar en estos casos aislados y sobreponerse a las intenciones políticas, hará falta considerarla como una modificación de ellas. Mientras la intención política es el fin, la guerra es el medio, y jamás el medio podrá ser manejado sin el fin".

Más tarde, Clausewitz declara:

"Así, pues: la guerra es un instrumento de la política. Ésta es la que debe necesariamente tener el carácter. Ella debe medir con sus medidas. La conducción de la guerra, dentro de sus grandes lineamientos, no es más que la política misma que cambia la pluma por la espada, pero que no cesa jamás de razonar según sus propias leyes".

Puede decirse que el mismo Clausewitz había tenido finalmente sus dudas respecto del papel privilegiado de la política exterior. En otro pasaje escribió, pero sin tocar el punto esencial, que sobre todo se trata, no tanto de la política exterior como de la política general de un estado:

"El hecho de que la política espera de ciertos medios y de ciertas medidas de guerra un efecto contrario a su naturaleza misma, se ha presentado muy a menudo y demuestra que nunca debería faltar un cierto discernimiento sobre el arte de la guerra en la dirección de los asuntos políticos".

Para dirigir la política exterior como lo exige la naturaleza de la guerra, la "dirección de las relaciones políti-

cas" requiere un cierto discernimiento, no solamente de la naturaleza misma de la guerra, sino sobre todo del carácter que la guerra ha tomado, y de la forma en que se crean los problemas que deben resolver los dirigentes de los pueblos para mantener la vida en todos sus dominios. Lo que importa no es "una cierta penetración" de parte de los hombres de estado, sino el bien del pueblo entero piadosamente mantenido y conservado durante una serie de generaciones.

Turbados por las doctrinas de von Clausewitz, el gobierno, la burocracia, el pueblo e insisto, una cantidad de oficiales, no advertían, antes y durante la guerra, esta verdad indispensable. El gobierno y los funcionarios no comprendían que la política tenía una tarea completamente nueva, y el pueblo no concebía lo que la guerra exigiría de él. En la guerra mundial, la política debió, por fin, desplegar toda la fuerza vital del pueblo, y consagrarse a la creación de sus formas de vida. El pueblo debía comprender que necesitaría una cohesión total, sacrificar hasta las cosas más insignificantes, por el ejército y por él mismo. En mis memorias de guerra doy las bases de tal política creadora de las formas de vida de un pueblo. Insisto particularmente sobre las fuerzas anímicas del pueblo de las que Clausewitz no dice palabra en su tratado de la guerra, y que la guerra pone tan dramáticamente a prueba, como lo he podido comprobar por mí mismo en los primeros días de hostilidades en Lieja:

"Este conflicto mundial, esta guerra de pueblos, nos demandaba grandes sacrificios a nosotros los alemanes, sobre quienes pesaba con toda su carga. Si queríamos ganarla, cada uno de nosotros debía dar hasta su último suspiro, en el verdadero sentido de la palabra, hasta la última gota de nuestro sudor y de nuestra sangre. Además necesitábamos mantenernos valerosos y confiados en la victoria, a

pesar de las miserias que el adversario nos producía, a pesar de la propaganda enemiga, exteriormente imperceptible, pero de una fuerza inaudita.

El ejército y la armada tienen sus raíces en la patria como la encina las tiene en la tierra alemana. Ellos viven de la patria y en ella apoyan sus fuerzas. Ellos pueden conservar, pero no engendrar, aquello que necesitan. Ellos no pueden batirse o luchar sino con lo que la patria les da en fuerzas anímicas, materiales y físicas. Éstas son las que les permiten vencer, les inculcan el sentido del perfecto deber, y la aspiración al sacrificio en la lucha diaria en medio de las calamidades de la guerra. Ellas solas podían asegurar el éxito final de Alemania. Con ellas, la patria libraba sola contra el mundo esa lucha de titanes, aunque sus aliados ayudasen y los territorios ocupados fueran explotados en la medida que conviene a las leyes de la guerra terrestre.

La patria debía dar así a la marina y al ejército nuevas fuerzas de tensión moral, hombres y material de guerra, y, en así haciendo, rejuvenecerlos.

Había que fortificar el estado de ánimo y la voluntad guerrera en el hogar. ¡Guay de nosotros si sufrían depresiones! Cuanto más duraba la guerra, más grandes se hacían los peligros y más eran los obstáculos que había que trasponer, más hacía falta al ejército y a la armada un reconfortante anímico y moral.

En la conducción de la guerra, convenía desplegar y mantener al extremo las fuerzas materiales e intrínsecas de la patria (y ahora yo agrego especialmente, las fuerzas anímicas).

Ésas eran las tareas inconmensurables de la patria, la que no era sólo el fundamento sobre el cual reposaba el valor de nuestra fuerza armada y que no debía de nin-

guna manera sufrir una caída, ella era también la fuente dispensadora de energías que debía mantenerse fuerte y pura a fin de retemplar los nervios de los soldados y de los marinos y renovar siempre nuestras fuerzas. No se podía separar las fuerzas del pueblo y las del ejército, tan íntimamente ligadas. La capacidad guerrera del ejército frente al enemigo dependía directamente de la capacidad guerrera del pueblo que lo formaba. Una forma de trabajar y de vivir para la guerra se creaba dentro del país mismo como no se lo había visto nunca anteriormente. Y esta forma de vivir y de trabajar debía nacer de la obra del gobierno, del canciller responsable del Reich, quienes además debían mantenerla en plena forma... Nada se ha exigido más grande que la fuerza unida del pueblo alemán puesta a disposición del Emperador para vencer en los campos de batalla... El trabajo y la acción del gobierno ganaban así una significación decisiva para la guerra... No podía ser de otra manera... Era en el país que residía la potencia de acción y era sobre el frente enemigo que ella se manifestaba".

La política, el gobierno y el pueblo habían tenido, desde la guerra mundial, tareas considerables que cumplir. Estas tareas serán aún más difíciles de cumplir si el pueblo debe sufrir la acción directa de la guerra, y no solamente del bloqueo, del hambre y de la propaganda enemiga. La próxima guerra exigirá todavía algo más del pueblo, y será la disponibilidad absoluta de sus fuerzas anímicas, físicas y materiales. En el porvenir, la dependencia del ejército en relación con el pueblo y, particularmente en relación con su cohesión anímica, se afirmará en una medida mayor aún que en 1914-18. Las potencias enemigas, con gran lógica, se esforzaban ya entonces por destruir esta cohesión del pueblo alemán. En el porvenir, esto será normalmente el fin mismo de la propaganda, además de la destruc-

ción de los ejércitos. Después de la terminación del conflicto mundial, yo escribía en mis memorias de guerra:

"¿Alemania no debería emplear su potencia media de guerra (la lucha contra el enemigo en el interior del país) adonde ella lo ha sufrido a diario? ¿No debería ella debilitar de la misma forma la moral de los pueblos enemigos, como lo hacía el adversario con nosotros, desgraciadamente con tanto éxito? Por su parte, la patria debería llevar esta lucha pasando primero por los países neutrales y después de frente a frente. A decir verdad, Alemania no podía usar esta poderosa arma: hacer sufrir a los habitantes de los países enemigos el bloqueo del hambre".

El carácter de la guerra total exige toda la fuerza de un pueblo después que ella se abate sobre él.

Siguiendo esta evolución, y bajo la influencia de hechos inmutables, el círculo de obligaciones de la política debería haberse ensanchado y trasformado a la política misma. Ésta debe, como la guerra, tener un carácter total. Para obtener el máximo de poder de un pueblo en la guerra total, la política debe identificarse con el principio conservador de la vida del pueblo, hecho a su medida. Ella debe observar muy de cerca las necesidades del pueblo en todos sus aspectos, no dejando para el último puesto en importancia el aspecto psicológico. Como la guerra exige la más alta tensión, la política total debe ya en tiempo de paz prepararse a sostener esa lucha vital de tiempo de guerra. Ella debe fortalecer la base de esa lucha y hacerla tan poderosa que no pueda ser, ni desplazada, ni debilitada, ni enteramente destruida por los esfuerzos del enemigo.

Habiendo cambiado el carácter de la guerra y el de la política, las relaciones entre la política y la estrategia militar deben modificarse. Todas las teorías de von Clau-

sewitz deben ser remplazadas. La guerra y la política sirven a la conservación del pueblo, pero la guerra queda como la suprema expresión de voluntad de la vida racial. Por ello es que la política debe servir a la guerra.

Cuanto más toman los pueblos conciencia de su raza, más se manifiesta el alma del pueblo y más claramente se comprenden las condiciones raciales de la vida y mejor se disciernen los avances destructivos de las potencias oscuras internacionales, del pueblo judío y la Iglesia Romana, los que en su deseo de dominar el mundo y en sus procedimientos políticos pisotean a los pueblos, en mayor grado saldrá de todo esto una política que buscará una conservación vital del pueblo y que tendrá conciencia de las exigencias de la guerra total. Ésta será pura y simplemente la política racial, y se pondrá dócilmente al servicio de la guerra, pues ambas no tienen sino un solo fin: la conservación del pueblo.

Capítulo II

LA COHESIÓN ANÍMICA DEL PUEBLO, BASE DE LA GUERRA TOTAL

El ejército tiene sus raíces en el pueblo, del cual es una parte integrante; en la guerra total, el ejército será hecho a la medida de las fuerzas físicas, económicas y anímicas del pueblo. La fuerza anímica es la que da al ejército y al pueblo la cohesión indispensable para la lucha por la vida y la conservación de la raza en una guerra que, en lugar de terminar mañana si estalla hoy, se prolongará indefinidamente. La cohesión anímica es la que, en último término, decide esta lucha por la vida.

Sin ninguna duda, ningún estado descuida hoy en día su armamento, su equipo y la instrucción de su ejército: Solamente, empero, la cohesión anímica convierte a un pueblo en capaz de nutrir y poner al ejército en condiciones de luchar penosamente en el frente, con una fuerza anímica siempre nueva, de trabajar por ella y de resistir las calamidades de la guerra y las heridas infligidas por el enemigo, haciendo gala de una alegre voluntad de resistir y de vencer. No hay duda que en tiempo de paz, el ejército

ocupa una posición particular con respecto a la cohesión anímica del pueblo, pero con la movilización, en la que millones de hermanos de raza, dejando su estado de reservistas, vienen a reforzar al ejército, esta posición particular va desapareciendo, hasta que, poco a poco, la constitución anímica del pueblo se transforma en la constitución anímica del ejército mismo, más cuanto más larga sea la guerra, y puede llegar a dominar completamente dentro de éste en el caso que los acontecimientos del frente no trasmitan de inmediato al pueblo y al ejército nuevas fuerzas anímicas...

En el curso de la guerra 1870-71, después de la serie de victorias alemanas entre Spichern y Woerth el 6 de agosto y de Sedán el 1 al 2 de setiembre de 1870, después de aquellas semanas de lucha, toda cohesión entre el gobierno y el ejército francés había desaparecido. Nada existía todavía que pudiera restablecerla. El Emperador Napoleón III abdicó. Fue entonces que el judío Gambetta pudo desarrollar las fuerzas del ejército francés y restablecer la unidad moral en el ejército hasta que vino la amenaza de una revolución comunista que no se realizó.

Durante la guerra mundial, el Emperador, el ejército y el pueblo alemán estuvieron desde un principio unidos, a despecho de la social-democracia, la que desde los primeros días quería sabotear la guerra, es decir la movilización. Lentamente, la propaganda socialista ganaba terreno entre el pueblo. Poco a poco alcanzaba a los reservistas y a los permisionarios, y, cada vez más profundamente, penetraba en el ejército. Cuando, el 26 de octubre de 1918 fui puesto en disponibilidad, y cuando, abandonado por su ejército, el Emperador, siguiendo los consejos de su Estado Mayor, abandonó Alemania el 10 de noviembre siguiente, la propaganda revolucionaria se convirtió en revolución. Ella privó de su fuerza de resistencia al pueblo

y al ejército: la derrota militar fue obra suya. La guerra estaba perdida. Habiendo dejado de existir el viejo ejército, el pueblo alemán desarmado, se encontró desprovisto de su cohesión anímica.

En Rusia, en el mes de marzo de 1917, dos años y medio después del estallido de las hostilidades, los grupos radicales, con la ayuda de oficiales, derrocaron al Zar. La revolución contaminó al ejército, que se desintegró a medida que el bolcheviquismo entraba en el alma del pueblo. El ejército zarista desapareció. Sin cuidarse de la intervención enemiga, los bolcheviques consiguieron crear una nueva fuerza armada que no tenía nada en común con las grandes masas del pueblo. Según los juicios superficiales de entonces, las causas aparentes de los síntomas revolucionarios en Francia, Alemania y en Rusia, residían en su "política interior" respectiva. En los tres países se trataba, parecía, de una convulsión de la sociedad y del modo de gobierno suscitada por las clases populares, que descontentas, echaban parte de la culpa de la guerra y de sus desgracias a los gobiernos. Las causas de estos acontecimientos están en otra parte.

En Francia, bajo el segundo imperio, la francmasonería y los judíos abatieron pronto la dominación de los jesuitas con la ayuda de numerosos "descontentos", quienes, bajo la influencia judeo-masónica, no cesaron de mantener una oposición de más en más vigorosa contra el emperador Napoleón. La insatisfacción general de las masas populares, el eco de los llamados vehementes del espíritu racial en el pueblo francés acorralado por el ejército alemán, permitieron a los judíos y a los francmasones desarrollar la resistencia nacional, gracias a sus esfuerzos unidos para la realización de sus miras, con el solo fin de heredar el dominio de los jesuitas sobre el pueblo francés.

En Alemania, los judíos y la Iglesia Romana, secunda-

dos por sus cómplices, aprovecharon los desórdenes económicos y sociales para destruir la cohesión del pueblo. Estas potencias, codiciosas de dominación universal, ya dueñas de las finanzas universales, habrían sembrado ellas mismas desórdenes entre los pueblos, y por supuesto, entre el pueblo alemán, en medio de un orden económico puramente capitalista por una parte, y de doctrinas colectivistas y socialcomunistas por la otra. Estos pueblos ingenuos recogieron plenos de esperanza sus promesas de felicidad y, acentuando sus propias disensiones internas y forjando su propia esclavitud, hicieron el juego a esas potencias ocultas. Habiendo sembrado el germen del mal y con el pretexto de remediarlo, Judas y Roma intervinieron una vez más para consumar su desunión social y un total aniquilamiento de las fuerzas físicas, económicas y anímicas de los pueblos progresivamente desamparados y librados al colectivismo, para hacerlos desaparecer, sea en el estado teocrático romano, sea en la república universal de los judíos[1]. Separar al Emperador de su ejército para hacerle caer, destruir el viejo ejército —tales eran los medios de alcanzar el fin. Intelectuales de todas clases, egoístas abatidos en parte por las fuerzas ocultas, francmasonizados, masas obreras justamente descontentas, alemanes catequizados por Roma para cumplir de cualquier manera la voluntad divina, se dejaban así lanzar contra el estado y el ejército —todos ellos constituían el instrumento de Roma y de Judá. Antes de la guerra mundial, la política del gobierno alemán consistía en pre-

[1] Debo cumplir aquí con esta afirmación. En *Kriegshetze und Völkermorden in den letzes 150 Jahren (150 años de provocación a la guerra y de asesinato de pueblos)* y en *Wie del Weltkrieg 1914 gemacht wurde (Cómo fue "hecha" la guerra mundial de 1914)* he dado sobre este tema un enfoque histórico y he demostrado igualmente cómo los pueblos han sido lanzados los unos contra los otros por las potencias internacionales.

senciar pasivamente las actividades de esos elementos, abandonando de ese modo sin resistencia al pueblo a las miras ambiciosas de Judá y de Roma y a sus cómplices masónicos y romanos constituidos en sociedades secretas puestos al trabajo hasta dentro de los cuadros del ejército. Así se llegó al desgarramiento del alma alemana, ya de por sí sensible en la vigilia de la guerra. El ejército, en razón de sus funciones, había quedado a un lado de ese drama, además del estado de abandono sistemático en que se encontraba como consecuencia de tal política y de sus síntomas, aunque tuvo todas las razones para preocuparse activamente de esos hechos alarmantes y de sus consecuencias desastrosas en caso de guerra. Pero, "hacer política" o solamente demostrar las verdaderas causas y las consecuencias terribles de ese desgarramiento interior habría constituido un crimen si se hubiera podido conocer su verdadera naturaleza. Una cierta enseñanza de carácter monárquico, al fin de cuentas absolutamente insuficiente tenía la misión de fortificar el espíritu del ejército y de las clases llamadas bajo bandera. Pero el ejército mismo quedó ajeno a la vida política alemana, tanto como el resto de la mayor parte del pueblo alemán. Se ignoraban todavía las bases de una vida racial popular, hecho capital que puede excusar a los dirigentes de entonces, pero que no los desembaraza de la responsabilidad de hombres de estado, espectadores negligentes o desamparados ante los avances de los destructores del pueblo. A decir verdad, el pueblo se comprometió, no por el gobierno, no por la acción del ejército, sino únicamente por el despertar del alma racial, la que, ante la amenaza del "peligro de guerra" y ante la movilización, puso a las clases obreras inducidas al error al servicio del pueblo y del Estado Mayor, y les impidió lanzarse a un acto desesperado: no acudir al llamado de la clase y trabar la movilización al principio de la campaña.

Los acentos de esta alma del pueblo en peligro de muerte, los gestos conscientes de gran parte de la población en favor de la guerra retardaron por un cierto tiempo todavía el progreso de los corruptores del pueblo, que esperaron explotar la fuerza del pueblo alemán para abatir a la vieja Rusia que ellos aborrecían. Cuando eso fue logrado en 1917, pudieron empezar abiertamente su obra de destrucción: aniquilar la cohesión anímica del pueblo, disminuir cada vez más su capacidad de producción para el ejército, llevar el espíritu revolucionario hasta las filas de este último y quebrar su fuerza de resistencia. Yo mismo buscaba, es cierto, sobreponerme a la desintegración moral del ejército desde que aparecieron las primeras señales, por medio de una enseñanza patriótica establecida sobre una base mucho mayor que la de tiempo de paz. Pero esto mismo era un medio insuficiente, extraño, por otra parte al cuerpo de oficiales que tenían la misión de impartir esa enseñanza. Este mismo cuerpo era política y racialmente débil. Los efectos de la destrucción moral se hacían de más en más evidentes. Yo los había imputado en un principio al bloqueo del hambre y a la propaganda enemiga, que existía realmente. Pero mucho más nefastos eran los avances de los agentes del pueblo judío y de Roma, ocultos dentro del pueblo alemán, los de los agentes de los partidos y organizaciones políticas o económicas "materialistas". Éstos terminaron por ir a trabajar con los servicios de propaganda enemiga y fueron sus portavoces más eficaces. Si ya en 1826 lord Canning había podido decir: "Inglaterra dispone de Eolo, dios de los vientos", y agregar que si ella tomaba parte en una guerra "veremos reunirse bajo nuestras banderas todas las inquietudes y las revueltas, sinceras o no, dentro de los países con los cuales entremos en conflicto", en el curso de la guerra mundial, nuestros enemigos realizaron esta profecía, conforme a las instrucciones de las po-

tencias ocultas internacionales. Ignorante por completo de lo que se tramaba, el pueblo ademán se dejó engañar demasiado fácilmente por sus calumnias y sus promesas. Y como el gobierno, a pesar de mis esfuerzos, continuó asistiendo impotente, o intencionalmente impotente, a este estado de cosas sin esclarecer al pueblo sobre la gravedad de la situación, lo que debía llegar, llegó. La cohesión anímica y la fuerza de resistencia del puebio alemán, que le ayudaban a sostenerse, se abatieron totalmente. Luego, la cohesión del ejército se desmoronó a su alrededor, aunque algunos regimientos hayan cumplido proezas heroicas frente al enemigo. Y después vino el desarme del ejército alemán, presa desde ese momento fácil para los judíos, la Iglesia Romana y los pueblos enemigos.

No haré sino un recuento muy breve de la revolución rusa. Los judíos, los francmasones y Roma habían explotado el descontento, fundado o no, de una gran parte del pueblo ruso tan temido por ellos y por ellos inducido a error, para derrocar la dinastía de los zares, aniquilar su ejército y hacer desaparecer sus fuerzas en la revolución bolchevique, en medio de un río de sangre y de violencias inauditas, para que ese pueblo pudiera ser negociado, vendido por los judíos y para que Roma se viera frustrada en sus esperanzas.

En Austria-Hungría, la revolución tenía un carácter parcialmente diferente, porque había fuerzas racistas que se agitaban igualmente entre los rumanos, servios, croatas, eslovenos y checos. Pero al igual que los franceses en 1870-71, fueron también explotados por los judíos que buscaban conciliar sus dominios en los pueblos llamados "liberados".

Los hechos que expongo aquí en breves enfoques, son experiencias de guerra. Los vuelvo a tomar para mostrar cuáles eran los "descontentos" que tendían a la destrucción de la cohesión anímica de los pueblos y sus ejércitos.

Y también para mostrar cuán necesario es que tengan tras ellos el apoyo de un pueblo con el alma fuerte y unida. Sólo en el caso en que un ejército consiguiera, por un primer asalto frenético, vencer a las fuerzas de los ejércitos o a los pueblos enemigos, la cohesión de la nación no tendría una importancia decisiva. Pero no debe contarse con un caso tan excepcional, sobre todo si se debe atacar a fuerzas superiores. Es necesario, pues, desconfiar de todos los "descontentos" que desde el principio de las hostilidades despliegan una actividad de gran envergadura y pueden aniquilar, en el primer asalto, la esperanza de la victoria. Cuanto más exista esa posibilidad, más la explotará el adversario, es decir que tratará de aplastar al pueblo enemigo al comienzo de la guerra. Y aquí llego a otro problema.

En cada país, el deber más urgente del gobierno es el de desenmascarar al adversario más encarnizado de la unidad nacional, de proceder a medidas eficaces y conocer los verdaderos medios de obtener la cohesión del pueblo. El deber más urgente de los jefes de la guerra total es el de exigir a los jefes civiles alcanzar esa cohesión a cualquier precio, siendo éste su deber propiamente racial de toda política total. Es también necesario que, identificando totalmente a los adversarios de esta cohesión, se llegue a una concepción justa de su naturaleza y de sus bases.

Por ejemplo, Italia y Rusia soviética, vistas desde afuera, parecen constituir cada una un pueblo unido. Pero una mirada escrutadora podrá percibir allí las tensiones disgregadoras de los pueblos, que la terminación de una guerra les permitirá ponerse en acción. La cohesión exterior de un pueblo, realizada por compulsión, aquella que, en ausencia de toda comunidad consciente de raza y de experiencia racial de Dios, carece del alma del pueblo, no es la cohesión que debe poseer un pueblo en tiempo de guerra

con su ejército, sino una ilusión sistemática, peligrosa para el gobierno y el estado.

Otra cosa es la cohesión del pueblo japonés: ella es verdaderamente anímica y reposa sobre el sintoísmo, el que, poniendo a los japoneses al servicio del Mikado, los mantiene así a la vista de una vida común con sus antepasados. Su devoción al Mikado, y por tanto, su devoción al estado, les son prescritas por su experiencia de Dios. El sintoísmo, que emana del fondo racial japonés, corresponde a las aspiraciones del pueblo y a las necesidades del estado. Así vemos hoy que el japonés es no sólo consciente de sí mismo, sino que el sintoísmo es fuertemente apoyado y que la divinidad del Mikado no podría ser controvertida. La fuerza japonesa reside en la unidad de la herencia racial y en la creencia en las fuerzas vitales precedentes. No obstante el sintoísmo, como toda religión, ofrece graves peligros al pueblo japonés, pero no los he de señalar aquí.

Los pueblos que se hicieron cristianos ya no se encuentran como el pueblo japonés en la feliz situación de poseer una creencia específicamente racial, fundada en la cohesión del gobierno y del pueblo, del pueblo y del ejército y de toda la vida étnica. En efecto, la doctrina cristiana proviene de una fe extranjera que se encuentra en profunda contradicción con nuestro fondo racial, que lo mina lentamente, enervando la cohesión anímica de nuestro pueblo, que ella deja sin defensa. Si los judíos y la Iglesia cristiana dejan todavía a los pueblos sus valores nacionales, es porque no pueden ahogar en ellos la voz de la sangre. Empero, aprovechan esos valores nacionales para lanzar a los pueblos uno contra el otro. Esto no cambia en nada el efecto de la doctrina cristiana sobre el individuo: el resultado no puede ser sino desastroso. Según la doctrina cristiana, los judíos son los únicos que tendrán derecho a vivir a fin de mantener su raza y sus costumbres.

No podrá reconocerse toda la extensión de esta verdad hasta haber meditado maduramente sobre lo que permitió al pueblo judío y a la Iglesia Romana desorganizar al pueblo alemán mientras éste luchaba por su vida. Ella sólo aparece después de sabias investigaciones, enriquecidas por la experiencia de la guerra, en las fuentes mismas de la historia y, sobre todo, en la Biblia, que expone por demás abiertamente los fines judíos y el contenido de la doctrina cristiana, como medio para realizarlos. Para darse cuenta es suficiente leer la Biblia con circunspección, sin dejarse influir por las sugerencias de los sacerdotes.

El esfuerzo para desentrañar las bases reales de la conservación del pueblo no debería retroceder ante el examen de los valores de la doctrina cristiana y de sus efectos, pues sus bases tienen una importancia determinante, tanto para la concepción y la formación de la vida de todo individuo y su integración dentro de la comunidad popular como para la elaboración y conservación anímica de un pueblo que debe, en los momentos más graves, luchar por su conservación [1]. Este examen no hará nada más que desenmascarar a la religión como el modo de propaganda más apropiado de que se sirven los judíos y Roma para establecer a continuación de la colectivización de los pueblos a expensas de su carácter racial, la República Mundial o el Estado de Dios.

En el Antiguo Testamento se vuelven a encontrar las enseñanzas dadas sin ambages por el Dios de Israel, por el Dios Universal de los cristianos al pueblo judío, para dominar a los pueblos, y los medios para llegar a ello. El Papa

1 Se nos reprocha, a mi mujer y a mí, ponernos contra la doctrina cristiana simplemente por odio, o por un resentimiento oculto. Esto es falso. Indudablemente somos hostiles a los detractores de nuestro pueblo y de sus costumbres. Pero los motivos de nuestra actitud son exactamente los que acabo de enumerar.

romano se refiere a esas enseñanzas como a un mandamiento divino que legitima y le permite ejercer su soberanía pontifical. Para imponerla más fácilmente a los pueblos refractarios, animados de la voluntad de vivir, esta doctrina priva a los cristianos de todo sentimiento populista y racial y no reconoce sentido a la vida terrestre más que en función de una vida celestial, feliz y eterna, en recompensa por el cumplimiento de los mandamientos de Jehová, o de lo contrario, condenarse al castigo eterno por el incumplimiento de esos mandamientos. A los ojos de los cristianos, la vida terrestre no es más que un estado transitorio que conduce a la bienaventuranza eterna o a la eternidad de las penas.

Esta doctrina del cielo y del infierno hace al cristiano completamente egoísta, pues él solo debe llevar, después de su breve existencia terrestre, esa vida eterna en el cielo o en el infierno, él solo debe soportar las delicias o los horrores. Por medio del sacerdote, representante de Jehová, esta religión indica a cada cristiano lo que debe hacer para ir al cielo, y lo que debe evitar para no caer en el infierno. Así es como ella lo confina en una vida espiritual particular, completamente aparte de la vida espiritual de sus hermanos o de su raza. De esa manera es fácil "salvarlo", es decir aislarlo de la comunidad racial, y, con el temor al infierno y la esperanza del cielo como aliados, se dejará conducir fácilmente de la mano por el sacerdote. Pero no es aún suficiente: hace falta todavía que sea incapaz del menor movimiento de defensa o de resistencia. Por ello la religión cristiana enseña que Dios es quien decide la suerte de los hombres en cada circunstancia. Así fue el caso que, al principio de la guerra, los pueblos beligerantes rogaban al mismo Dios que les concediera la victoria, el mismo Dios, el mismo Jehová, que no quería otra cosa que someterlos a la dominación de los judíos y de los sacerdotes. Ahora,

como el cristiano debe dar gracias a Jehová por las desgracias que le sean infligidas, y cuanto más grande sea la desgracia, más deberá reconocer el amor particular que le tiene Jehová, habría, pues, que darle las gracias por las terribles miserias de una guerra perdida. Pues Jehová le envía tales miserias para "purificarlo", a él y al pueblo, en beneficio de la gloria eterna. Para que el cristiano no reflexione sobre las contradicciones inextricables que necesariamente nacen dentro de él como efecto de la doctrina cristiana y las exigencias de la voluntad de libertad racial, se hacen esfuerzos para convertirlo en inapto para pensar en materia religiosa. Una vez caído en las manos de los sacerdotes y por lo tanto, instrumento dócil de Judá y de Roma sin reflexión ni reacciones, ellos lo llevarán por donde quieran, sea contra su propio país como contra otros pueblos. De esa manera, la religión cristiana habrá cumplido con su misión. El hundimiento de las naciones cristianas durante la guerra mundial no se explica más que de esa manera. La religión cristiana y la formación de la vida que ella ha creado son las causas profundas del hundimiento de los pueblos en las miserias de la guerra total, porque los judíos y Roma tienden a ese hundimiento.

Durante la guerra mundial, nosotros éramos todavía un pueblo cristiano, aunque una cantidad de alemanes no lo fuesen más que de nombre, y realizábamos grandes cosas. No porque éramos cristianos, sino porque el alma de la raza, al desembarazarse de las trabas que la religión cristiana había impuesto sobre ella, se revelaba en Alemania y la estimulaba a luchar por la conservación de su pueblo. Ahora bien, en el curso de las peripecias ulteriores de la guerra, el alma del pueblo murió muy pronto —grave experiencia que prueba que la doctrina cristiana no es la religión que pueda garantizar a nuestro pueblo la perseverancia necesaria para resistir la ofensiva de los desconten-

tos, ni sabría por otra parte hacerlo por su carácter extranjero racial. El pueblo ruso ofrece asimismo un ejemplo estremecedor de esa incompatibilidad. Si los pueblos cristianos han podido vencer, ha sido únicamente por que no se vieron sumidos en las duras pruebas que los pueblos ruso y alemán debieron sufrir y también porque nosotros no hicimos nada para desintegrarlos. Querer sustituir el cristianismo oculto por alguna otra religión esotérica y delirante, sería hacer caer al pueblo de Escila en Caribdis.

Cuatro años de resistencia de los ejércitos y del pueblo, favorecidos por la victoria de Tanenberg y por mi forma de conducir la guerra, el peligro de muerte corrido por el pueblo, así como la angustia de la muerte de toda experiencia religiosa en el mundo entero, han resultado en el despertar de la raza alemana. Más claramente que nunca tomamos conciencia de nuestro fondo racial y del alma de nuestro pueblo, más que nunca ellos exigen de nosotros la conservación de la vida de la comunidad alemana así como el mantenimiento de la línea de Dios en la forma que le da nuestra experiencia racial religiosa, coronación del despertar de la raza. Este profundo acontecimiento anímico ha mostrado a todos los pueblos germánicos la dirección a seguir, les ha sacado la venda de los ojos para reconocer las relaciones anímicas de una comunidad popular, la desgracia de las mezclas de razas, el veneno de una fe extranjera; los ha hecho capaces de leer en el libro de la historia y de la naturaleza, en los libros del alma humana y del alma colectiva. Mi mujer ha estudiado este problema con maestría y nos lo ha expuesto en sus obras con una muy grande perspicacia filosófica [1].

[1] Llamo sobre todo la atención del lector sobre las siguientes obras de mi mujer: *El alma del pueblo y sus creadores de potencia. Una filosofía de la historia*, y *Del conocimiento de Dios en mis obras*.

La cohesión anímica de un pueblo, que es la base necesaria para una guerra total, no podría obtenerse sino de acuerdo al fondo racial y a la creencia religiosa por la observación concienzuda de las leyes biológicas y físicas y de las características de ese fondo racial. No es sino satisfaciendo la tendencia que tiene el fondo tradicional racial de llevar su presentimiento de Dios al conocimiento de Dios, que se constituirá la indestructible cohesión anímica de los pueblos cristianos nórdicos. No sucede en ellos sino lo que sucede con el pueblo japonés o con los pueblos y tribus de otras razas. Es en el origen y en la esencia del alma individual como en la esencia y la acción del alma racial que se encuentra la razón profunda. Verdad que la religión cristiana nos ha oprimido durante siglos, para privarnos de la cohesión racial, para conducirnos bajo el yugo de la dominación de los judíos y de los sacerdotes y dejarnos así incapaces de empeñar nuestra voluntad cohesiva de vivir para la creación de formas de vida específicamente alemanas.

Cada experiencia racial lleva en sí su experiencia de Dios. La del pueblo japonés difiere de la de nuestra raza nórdica. La cohesión de los pueblos de nuestra sangre reposa sobre fundamentos distintos que la del pueblo japonés. Por ejemplo, las obligaciones que reinan entre el pueblo japonés son reprobadas por nuestra raza, que, por otra parte reprueba no menos la libertad del liberalismo, consecuencia necesaria del cristianismo educador de egoísmo y que tiende a sustraer al individuo a su destino colectivo. El conocimiento alemán de Dios, como ha sido expuesto en las obras de mi mujer, es testimonio de la alta significación del fondo racial tradicional y de su experiencia específica de Dios en cuanto a la conservación del pueblo y a su facultad defensiva proveniente de su cohesión interior. Este conocimiento de Dios que responde a su

fondo racial y a su experiencia de Dios, no se basa sobre un mito que implica promesas de un más allá imposible de controlar, sino sobre los conocimientos indudables de las ciencias naturales y sobre las manifestaciones del alma humana y del alma colectiva. Ella no afirma nada que no pueda ser controlado en la tierra y no se refiere a lo inexpresable. Rechaza toda intervención y todo tormento, es el asunto más íntimo de cada uno de nosotros, y no, como en el pueblo japonés asunto de la masa. Para asegurar la conservación del pueblo, ella sigue otras direcciones. Ve al individuo en tanto que mortal, sólidamente arraigado en su pueblo inmortal, y le impone importantes deberes, como el de dar su vida por la comunidad. Y, por una larga filiación de generaciones, constituye al pueblo en una verdadera colectividad de destino, capaz de defenderse y con una voluntad de vida propia. Esta comunidad se remite a su propia naturaleza, a sus propios medios, se siente responsable de ella misma y no espera la intervención de una "voluntad original", de una "providencia" o de un Dios. El conocimiento alemán de Dios tiene así a la conservación del pueblo de la comunidad popular a igual distancia de la obligación japonesa esotérica y de las obligaciones del materialismo bolchevique, como de la libertad liberal del cristianismo. El conocimiento alemán de Dios quiere la libertad de acción pero admite la obligación moral para la conservación del pueblo y exige para ese fin toda la autoridad del estado. Pero rechaza toda obligación o deber que sobrepasara a esa necesidad, como toda intervención exterior en la experiencia de Dios. Esta experiencia específicamente alemana de Dios, en la creación de las formas de vida de nuestro pueblo, se expresa por la libertad moral que garantiza el derecho racial, libertad que satisface las aspiraciones de los hermanos de raza porque constituye el fundamento de la cohesión del pueblo.

Me doy por satisfecho aquí con estas explicaciones. Ellas tienden a establecer el fundamento de una cohesión anímica, en particular la del pueblo alemán, a mostrar cómo debe ella ser creada y a preparar el camino al jefe que dirigirá la guerra total así como a los que organizarán la política total. Sólo un pueblo que posea tal cohesión profundamente anclada en su vida anímica, podrá servir de apoyo en todos los terrenos a un ejército empeñado en una guerra total y a sobrellevar el peso de la lucha.

Nadie podría negar la realidad que representa la experiencia de Dios en la formación y conservación de la vida de un pueblo. Esta realidad es esencial: los judíos y los sacerdotes lo saben muy bien. La religión cristiana se empeñó en hacérselo olvidar a los hombres y a los pueblos, pero el despertar de la raza se lo recordó.

Por otra parte, el conocimiento alemán de Dios que salvaguarda el carácter de la experiencia germánica de Dios y afirma la cohesión anímica de nuestro pueblo, trata, como toda experiencia religiosa de lograr la conservación del pueblo y también, como lo voy a demostrar, la disciplina del hombre para la instrucción del ejército y todo aquello que concierne a las graves necesidades de la guerra total, pero no de un modo abstracto, sino por el contrario de una forma conservadora y bienhechora.

No es sino respetando las leyes físicas de la raza que se dará toda su importancia a las diferentes medidas biológicas en la educación de una generación de niños robustos, medidas tales como la prohibición de los alcoholes, estupefacientes y de la nicotina, que dañan a los nacimientos y debilitan la salud. No es sino respetando las leyes psíquicas de la raza, y esto es verdad, saneando las condiciones económicas, que se despertará el sentido de la responsabilidad en los hombres y las mujeres para el aumento de la población, y que se logrará que la mujer acepte el

cumplimiento de los deberes de la maternidad como un deber sagrado hacia la raza. No es sino así que se podrá sobrepasar el inconmensurable peligro de la despoblación, siempre sensible en un ejército, y no es sino de esta forma que se desarrollará una generación sana y procreadora que dará al ejército muchos reclutas vigorosos, capaces de luchar y soportar la guerra total.

La creación de formas de vida determinadas por la experiencia específicamente alemana de Dios supone una educación que, disciplinando la voluntad de las jóvenes generaciones formará una comunidad de hombres que no vivan nada más que en función de su deber, distinguiendo a los enemigos del pueblo, y que sabrán preservar su fuerza corporal y sus jóvenes almas de todo elemento dañoso. Sin duda estas medidas preservadoras deberán extenderse a los hermanos de raza adultos. Los débiles de espíritu, los histéricos de ambos sexos que la religión cristiana considera según San Pablo (Cor. I 26-29) como particularmente elegidos, así como los enfermos que creen en las predicciones ocultas, en las sentencias del destino dictadas por los astros, o por un dios forjador del destino, etc., pueden constituir un serio peligro para la conservación de un pueblo en momentos de la angustia de la guerra, sobre todo si tales hombres, psíquicamente enfermos, deben ir a la lucha. Mientras tanto, aunque sea fuera de todo peligro de guerra, incumbe a la política, como deber en bien del pueblo inmortal, el no perderlos de vista.

Tenemos necesidad de un pueblo psíquica y corporalmente resistente, capaz de desarrollar, durante meses y años, un supremo esfuerzo de energía contra el enemigo para quebrar su voluntad. Un pueblo capaz de afrontar los peligros de la guerra tanto en el frente como a retaguardia y hasta en manos del enemigo, capaz de discernir todos los peligros que lo amenazan y de permanecer impá-

vido ante las dudas que no cesan de agrandarse cuando la guerra se prolonga. La guerra total es implacable. Exige el sacrificio completo del hombre y de la mujer que la ve abatirse no solamente contra ella sino también contra sus hijos amenazados y su esposo en peligro. Es ella la que debe poner las fuerzas anímicas en acción en el pueblo para hacer la cohesión de la comunidad. Mientras los hombres movilizables luchan en el frente o cumplen cualquier otro servicio de orden militar, ella debe trabajar activamente para el pueblo y el ejército sobre el plan de la economía social. Y esta mujer, sobre quien descansa, durante la guerra total, tan pesada responsabilidad como sobre el hombre que en el combate arriesga su vida, pues ella también la arriesga trayendo un niño al mundo para aumentar las fuerzas de su pueblo, se ve privada de todo derecho por la doctrina cristiana y judía esotérica. Muy a menudo la mujer es presa de los sacerdotes convirtiéndose en una "hermana de oración" y en un instrumento dócil de la casta oculta para conducir al pueblo a su perdición. La concepción del mundo que se forma según la concepción alemana de Dios —no tomaré otras en consideración aquí— pone a la mujer en un pie de igualdad con el hombre, sólo que reconociéndole una naturaleza diferente. Ella utiliza sus facultades propias, no sólo para el aumento de la población, sino también con el fin de conservar al pueblo toda su vitalidad. En fin, en los momentos de angustia de la guerra, nuestra concepción asigna a la mujer la misión de conservar la cohesión anímica de la comunidad popular. La fuerza del alma del pueblo en la madre de los hijos alemanes la hace particularmente apta para ejercer esa misión. La política total, que durante la guerra total quiere desarrollar y mantener en grado supremo el esfuerzo de energía de su pueblo, debe considerar atentamente la cuestión de la posición de la mujer en la

comunidad. Ahora bien, la mujer no podrá cumplir con su tarea si se encuentra en una situación inferior frente a sí misma, del hombre y del niño. Ella debe ocupar en la comunidad, aparte del hombre, la posición que le asigna nuestra tradición racial.

La política total debe enfrentar las graves cuestiones raciales, a cuya solución deberán contribuir los jefes del ejército en una medida no menor. Mientras no reconocía la esencia de la política racial en sus relaciones con la guerra, el estado podía ignorar o retardar su aplicación. Pero desde el momento en que las características de la guerra total y de la política total han sido elucidadas, una vacilación o una abstención ya dejan de ser tolerables, pues ellas pueden volverse en forma nefasta contra el ejército y el pueblo. No se sabe con qué rapidez puede llegar la hora que reclamará al pueblo el hacer un supremo esfuerzo.

No tengo necesidad de aclarar que el estado, y por él entiendo la política total y los jefes de la guerra total, debe tomar medidas particulares, como por ejemplo, la censura más rigurosa de la prensa, las leyes más duras contra traición de los secretos militares, el cierre de las fronteras limítrofes de los estados neutrales, la prohibición de las reuniones, la detención al menos de los jefes de los "descontentos", la supervisión del tráfico ferroviario y de la radio. Los partidos de oposición o los peligrosos saboteadores, sea por ellos mismos o sea por influencia de los enemigos o de los representantes de las potencias internacionales, de los judíos y de Roma, o la propaganda indirecta del enemigo no permiten lograr la cohesión del pueblo o tratan de ponerla en peligro. Es por ello indispensable atacarlos activamente y con la más grande severidad, pues en ello va la suerte de la conservación de la comunidad popular. Hasta en una comunidad popular que se funda

en los conocimientos raciales y en la experiencia racial de Dios y no, por consecuencia, sobre una base malsana, es decir sobre la doctrina de una raza extranjera, se encontrarán siempre elementos dañosos que convendrá paralizar a fuerza de medidas preventivas y de amenazas de castigos. Es que la experiencia de Dios no podrá constituir más que la fuente sana de la que deberán surgir las fuerzas vitales de la comunidad popular y del individuo. En cuanto a la vida particular en la que engranará el individuo aislado, sólo decidirá la propia creación de su personalidad, creación que ninguna intervención externa, incluso la del estado, podrá modificar. Esto último no hace más que proteger al pueblo contra las conspiraciones de los miembros corruptos de la comunidad. El que por este motivo deba reinar un derecho irrefutable, es una razón que se impone con tanta evidencia como las medidas preventivas y su ejecución. Si no, ellas no podrán alcanzar su fin. Mientras dura una guerra larga, parece imposible detener un rumor que pasa de boca en boca. Los "descontentos", poco a poco, agitan cada vez con mayor virulencia. Lo sabemos por las experiencias de la guerra mundial, en la cual, verdad es decirlo, el estado careció de esa tarea. De todos modos, yo sé también que, aunque el estado hubiera tomado enérgicas medidas, no habría podido impedirlo: a los hermanos de raza de ayer les faltaba, sobre todo, la base de una cohesión anímica.

La conducción entera de la guerra y la política totales no debe solamente prevenir el peligro que corre la cohesión del pueblo. Su tarea es la de prevenir, por todos los medios de que ella disponga, de la prensa, la radio, el cinematógrafo y las publicaciones de todas clases. Entre todas éstas, la política total no podrá elegir la medida exacta si no conoce y observa cuidadosamente las leyes del alma humana. No se mantienen, por así decirlo, mecánicamente,

las fuerzas del alma de un pueblo; es necesario que esta fuerza comprenda todas las formas de su vida. El *Fausto* de Goethe nada tiene que hacer en la mochila de un soldado. Por el contrario, el deseo, la voluntad de heroísmo y la ardiente exaltación de la libertad de Schiller pueden fortificar y madurar al hombre. En la guerra mundial nos faltaba un Tirteo en el que los cantos daban antaño a los espartanos la voluntad de vencer. Nuestro canto de libertad era el himno judío: "Juntémonos para orar ante Dios el justo", o bien la "Wacht am Rhein" y "Lieb Vaterland magst ruhig sein", cuando el pueblo debiera haberse encontrado en la más profunda inquietud por su patria y su propia existencia. Estaba lejos de tener la más mínima noción de la "movilización moral" o de la acción sobre el alma individual y sobre el alma colectiva.

En este terreno, la política total no es solamente la política de guerra, sino pura y simplemente la política racial que, para ser eficaz, no debe solamente ejercerse en caso de guerra sino crear una base: la formación de la vida comunitaria según el conocimiento racial de Dios. Esto solo asegura el éxito de las medidas de defensa opuestas a los "descontentos" y a favor de la conservación de la cohesión anímica. Un pueblo con una fuerte cohesión se unirá contra la acción y los rumores de los partidos de oposición.

Un pueblo adulto exige de su gobierno la verdad, y no solamente en tiempo de paz, para conocer su situación, sino sobre todo para saber qué sucede en tiempo de guerra. Otra cosa sería dar campo libre a los partidos de oposición y a los derrotistas. Un pueblo adulto sabe perfectamente que no es posible en todo momento contar con noticias exactas, pues se corre el riesgo de que el enemigo se halle demasiado a menudo en posesión de datos para él preciosos. La conducción de una guerra se haría así

completamente imposible. Por esta razón, la prensa y los demás órganos de difusión deben estar sometidos a la censura. La política total se haría culpable de graves negligencias en caso contrario, pero sus medidas deben poder conciliarse con una relación exacta y oportuna de los acontecimientos. La inexactitud con que fue transmitido el desgraciado acontecimiento del Marne, al deformar el alcance estratégico, hizo que se volviera cruelmente contra nosotros.

Una fuente profunda de descontento o de peligros para la cohesión del pueblo es el aspecto que puede tomar la situación económica antes y durante la guerra. Es ésta una verdad demasiado bien confirmada por el enorme perjuicio que las doctrinas social-demócratas y comunistas provocaron en el seno de nuestro pueblo. Sin ninguna duda un pueblo que lleva conscientemente la lucha en una guerra total y es fuerte en su cohesión anímica, soportará pacientemente las privaciones y el hambre. Durante la guerra mundial esto fue evidente, pero nos hemos olvidado en qué forma fue y pudo ser explotada la miseria por los "descontentos" para sabotear la victoria, la guerra, la voluntad de resistir del pueblo y su cohesión. Ellos llevarán siempre la mejor parte, mientras las penurias económicas vayan acompañadas por el malestar social y sus aprovechadores, entre los cuales los miembros del pueblo sin escrúpulos y afortunados, extraerán su oro de la miseria de los más pobres de la comunidad. Me remito aquí a este aspecto de la situación económica por contraposición a la cohesión anímica, y a él volveré en los capítulos siguientes.

Igualmente, y la comprobación deberá ser suficiente aquí, no se podrá satisfacer la exigencia de la cohesión anímica de un pueblo por la creación de condiciones económicas en general, si ellas no surgen de las concepciones del pueblo, en este caso, las que tienen por base el conocimiento

racial de Dios. Éste reclama también la libertad moral, atenciones particulares para los hermanos de raza que trabajan y el bien general del pueblo en pleno crecimiento.

Von Clausewitz, en su tratado de la guerra, no habla de la ineludible necesidad que es la cohesión anímica de un pueblo en tiempo de guerra. En el curso de los últimos cien años, el pueblo alemán, imponiéndose de toda su potencia, ha ganado e impuesto la admiración y el respeto de los otros pueblos, realizando el servicio militar obligatorio de Scharnhorst y de Boyen. El servicio militar obligatorio unió al pueblo y al estado, que habían vivido largamente separados e hizo aparecer la dependencia en que el estado se encuentra con respecto al pueblo en medio de las duras necesidades de una guerra. Antes el pueblo estaba solamente para pagar simplemente los impuestos y "obedecer", y por supuesto, para defender al estado y a su gobierno. Esa concepción duró largo tiempo. Yo llevaba todavía sobre el águila de mi casco estas palabras:

Mit Gott für König und Vaterland
(*Con Dios por el Rey y la Patria*)

Esta divisa no contiene la palabra Pueblo: es incompleta[1].

Hoy en día la palabra "Pueblo" ha pasado a primer plano y se ha reconocido toda la significación del alma

[1] Estas palabras eran concebidas por la manera judía de pensar. La tierra que Jehová ha prometido a los padres de la generación judía viviente, de la que se habla tan seguido en las Escrituras, es decir el mundo entero, es la patria del judío. El judío abandona a la Madre, pero nosotros la poseemos. Para nosotros la palabra Vaterland no tiene sentido. Tenemos la bella palabra Heimat (país natal), y es por esta última por la que hemos combatido, mientras que el judío sin duda se regocijaba de vernos combatir por su gran Vaterland. Pues Jehová deseaba el hundimiento del país natal y de su monarca.

popular para la conservación de la comunidad, en su vida cotidiana y aún más en los momentos de penurias mortales. Sin duda, la conservación del estado se halla en juego durante la guerra total, y no hay que distinguirla de la de un pueblo libre, pero, al fin de cuentas, en la guerra total el que combate no es el estado, es la comunidad popular. Cada individuo debe, en el frente o dentro del país, sacrificar el total de sus fuerzas, y no podrá hacerlo si no está bien persuadido de que, lejos de ser una vana palabra, es una verdad sagrada que la guerra es librada exclusivamente para la conservación de la comunidad popular. En la comunidad popular (volk), se sitúa en centro de gravedad de la guerra total. La dirección de ésta debe contar con el pueblo. Pertenece a la política total poner la fuerza del pueblo a disposición de la dirección de la guerra y velar por su conservación. Y conformándose a las grandes leyes raciales y anímicas, se conseguirá fundar una potente unidad, base de su conservación vital: el pueblo, la política y la dirección de la guerra.

CAPÍTULO III

LA ECONOMÍA Y LA GUERRA TOTAL

La economía no es una cosa muerta, sino algo desbordante de vida. Es el hombre que trabaja la tierra en busca de tesoros, cultiva los frutos del suelo y explota las materias extraídas para revitalizar al pueblo y satisfacer sus necesidades —necesidades a menudo creadas artificialmente— y utiliza lo más posible los procedimientos técnicos auxiliares para obtener el mejor rendimiento. La técnica no es una cosa muerta, sino algo desbordante de vida. En la mano ingeniosa del artista, ella se pone al servicio de la cultura, es decir, de la experiencia de Dios tal como ha sido vivida por el pueblo. Por su cerebro y por su mano, el hombre da vida y energía a la economía. Lo subrayo tanto porque en lo que sigue, trato primero de la economía "muerta", es decir de sus materias para la conservación de la vida del pueblo y el ejército.

La fuerza armada y la comunidad popular constituyen una fuerza igualmente poderosa para el plan económico. La política total y la conducción de la guerra total no podrían dejar de reconocerlo aun en tiempo de paz. Ellas

deben hacerse esta grave pregunta: ¿En vista de las necesidades económicas de la comunidad popular, corresponde a las fuerzas armadas, al considerar las necesidades particulares de la conducción de la guerra, qué es lo que puede producir por sí misma? Qué va a hacer falta importar del extranjero. ¿Podrá contarse con importación después del estallido de las hostilidades? ¿Tendrá la patria libre acceso al mar, o bien la guerra naval y el bloqueo se lo cortarán, como fue el caso para Alemania y Austria-Hungría, que vieron obstruidas sus salidas al Mar del Norte y al Báltico por Inglaterra, y al Mediterráneo por Italia y Francia? La mayor parte de los países se verán obligados a detener o a disminuir sus importaciones. Hasta Inglaterra, con su dominio de los mares, vio, durante el verano de 1917, su reabastecimiento directamente amenazado por los submarinos alemanes.

Otra pregunta sumamente grave, en relación con el reabastecimiento del pueblo y de la fuerza armada, es la impuesta por la situación financiera del estado y los fondos disponibles para la movilización y la ejecución de la guerra.

Es éste un vasto terreno, sobre el cual la política total debe servir a la conducción de la guerra. En el caso de una guerra de corta duración, este problema parece más fácil para resolver. Es posible que la próxima guerra sea breve; es seguro que los estados beligerantes, en la preparación de sus fuerzas armadas respectivas, tendrán en cuenta estos problemas, más si su situación económica los apremia, para acortarla, teniendo en cuenta los peligros que amenazan la cohesión del pueblo en una guerra larga, pero, ¿quién puede asegurar que tales esperanzas se realicen? Antes del conflicto mundial, "el Estado Mayor y la política" contaban con una guerra de corta duración, no obstante que, pleno de aprensión, por el equipo y munición

de nuestro ejército, yo llamase la atención sobre las otras posibilidades. Desgraciadamente tuve razón, pero no pude ser escuchado durante cuatro penosos años de guerra.

Cuáles deberán ser las medidas económicas y financieras que los diferentes estados deberán tomar, es algo imposible de predecir. No se podría aquí enunciar como principio, más que esto: que el pueblo y el ejército no deben carecer de nada y que la ejecución y la acción de la guerra deben ser garantizadas. Es un principio tan fácil de enunciar como difícil de aplicar, y que no se podrá satisfacer nunca íntegramente. La realidad y la teoría son dos cosas, y, por lo tanto, del grado de realización obtenida por este principio dependerá en gran parte de la conducción de la guerra. Recordaré las medidas concernientes a la conducción económica de Alemania antes y durante el conflicto mundial, con relación a la conducción de la guerra. Los lectores podrán, de inmediato, advertir por sí mismos las exigencias económicas que la conducción de la guerra impone a la política total de cada estado y en qué medida se han satisfecho o pueden ser satisfechas.

Alemania, en la guerra de 1914 no estaba preparada ni económica ni financieramente. Las medidas no fueron tomadas en forma suficiente más que para la movilización financiera. Voy, primero, a estudiar ésta, a fin de dar a los lectores una visión del armamento financiero alemán y de qué es lo que una guerra exige financieramente a un país. Según los archivos del Reich, "la guerra mundial —armamentos y economía de guerra", el Deutsche Reichsbank (Banco del Imperio) tenía en sus cajas, al principio de la guerra, trescientos millones de marcos en dinero líquido, y una reserva de oro de dos millones de marcos. A favor de esa cobertura oro, de un tercio conforme a la ley —en tiempos de preguerra parecía que se era incapaz

de preocuparse por otra cosa que de esa cobertura oro [1]— se podían poner en circulación seis mil millones de marcos. Como todavía quedaban en circulación en la economía alemana dos mil millones de marcos oro, sólo debían ser gastados mil ochocientos millones de marcos para cubrir la demanda de dinero en la situación económica de entonces. Sin poner en peligro la cobertura, se podían aun distribuir 4.200 millones de marcos papel. Ya en el primer mes de guerra, comprendida la movilización, se totalizaban 4.250 millones de marcos, y debía realizarse una emisión inmediata, más considerable, no permitida por la cobertura legal. Además, había naturalmente, otras necesidades de dinero. No teniendo el pueblo todavía ninguna noción de la guerra, había que temer, en caso de guerra, aunque fuera una situación normal, a ventas rápidas en la bolsa y a retiros extraordinarios en las cajas de ahorros y en los bancos. Había que prevenir eso. Para mantener la economía en movimiento y hacer posible la fabricación de armamentos, se trataba de encontrar los medios de pago en vista al acuerdo de créditos. Estas dos razones determinaron la puesta en disponibilidad de 1.500 millones de marcos en billetes de la caja hipotecaria y de 2.000 millones de marcos en billetes pequeños del Banco del Imperio, los cuales, como los primeros, estaban ya en su mayor parte impresos. De esa manera, en el momento de la proclamación de la movilización, las primeras necesidades del ejército y de la economía fueron cubiertas. El 31 de julio fueron cerradas todas las bolsas en Alemania, como ya había sucedido en

1 En lo que concierne a su cobertura oro, Francia y Rusia se encontraban en situación más favorable, y Austria-Hungría en situación menos favorable que Alemania; en cuanto a Inglaterra, si sus reservas hubieran sido menores que las de Alemania, todos los beligerantes podían enviarle la seguridad de sus finanzas. Notemos que todavía no se hablaba de divisas.

todos los estados, salvo en Inglaterra, donde fueron cerradas el mismo día. El 1º de agosto, fueron comunicadas oficialmente las medidas de movilización financieras, medidas basadas en la situación financiera enteramente sana del Imperio [1]. En la obra citada más arriba leemos:

"Empero, para el Imperio Alemán se trataba de emplear todas las fuerzas para dominar el pánico amenazante. En esa hora de peligro se confirmaba lo que habían previsto los medios oficiales responsables así como las personalidades financieras más notorias de Alemania en el curso de los diez años precedentes. Se veía en qué medida había sido necesario el esfuerzo de todos los medios interesados para establecer sobre una base amplia la organización de préstamos y créditos, la que, por el vuelo irresistible de la economía, había llegado a su máximo. De esa manera, las bases fundamentales de las finanzas alemanas pudieron resistir sin dificultades, el asalto del pánico de la guerra.

La movilización del ejército alemán, el 1º de agosto, trajo consigo la movilización financiera. El tesoro de guerra del Imperio de Juliusturm (compuesto de 120 millones de marcos provenientes de pagos de Francia a Alemania en 1871 y de una reserva oro especial de 85 millones de marcos), el dinero líquido disponible y las otras reservas del imperio fueron —como estaba previsto— transmitidos al Banco del Imperio para reforzar la reserva metálica (alrededor de 300 millones de marcos en total). El aporte de que las finanzas tenían necesidad para el ejército y la armada se realizaba mayormente por la utilización de créditos a cortos plazos en el Banco del Imperio.

El Banco del Imperio estaba autorizado a aceptar en

[1] En Alemania la deuda pública se elevaba a 5.000 millones de marcos, en Francia a 2.000, en Rusia a 19.000 y en Inglaterra a 14.120. En Alemania, como en otras partes, el país y las comunas tenían sus deudas respectivas que el documento transcrito no menciona.

cobertura de sus billetes los bonos del Tesoro a plazos cortos sin interés y los giros del Imperio, así como también los giros comerciales bancarios. Esos efectivos "disponibles" (los dos mil millones de billetes pequeños del Banco del Imperio citados más arriba) listos para el caso de necesidad, fueron puestos a disposición para la emisión pública. Pero ante todo, el Banco del Imperio fue dispensado de pagar sus notas en oro, conforme al proyecto de ley previsto concerniente a la declaración de curso forzoso. La puesta en vigencia de estos proyectos de ley, cargada de consecuencias, representaba para el Imperio que luchaba por su estabilidad, una medida obligatoria exigida por la gravedad de la hora. Al mismo tiempo, y en interés de la guerra, se redujo la independencia del Banco del Imperio con respecto al estado.

Sin ponerse a tono con estas medidas financieras técnicas, el Reich no tomó otras medidas de armamentos... ni dio al director de las finanzas del Imperio las directivas fundamentales para la ejecución de ciertas operaciones financieras. Lo dejó elegir el medio de procurar el dinero necesario para librar la guerra con éxito. Y como Alemania había comenzado recién a principios de siglo a utilizar el arte refinado de explotar los créditos por medio de un manejo financiero hábil del mercado, no era de temer, dada la prosperidad creciente del pueblo en los últimos ciento veinticinco años, que una situación financiera desfavorable viniera a destruir los resultados de una guerra victoriosa, Se podía más bien suponer con certeza, no solamente que la Alemania movilizable se presentaría bajo bandera para defender al Imperio, sino que el pueblo soportaría voluntariamente pesados sacrificios materiales.

Para un país poseído de la creencia en la indispensabilidad de la cobertura oro y que no había penetrado todavía en el verdadero carácter del dinero, las medidas financie-

ras de la movilización fueron bien elegidas. Se agregaron otras medidas económicas. Recuerdo la moratoria por la cual fue diferido el pago de la deuda exterior. Para la ejecución de la guerra en el dominio financiero, el gobierno se comprometió en empréstitos internos al cerrársele el [illegible] cado mundial. El pueblo suscribió 84.000 millones. El gobierno renunció a aumentar los impuestos como lo hizo, por ejemplo, Inglaterra. Es inútil recordar de qué manera trabajaron los estados enemigos con los empréstitos exteriores. El capital mundial judeo-romano, que "trabajaba" especialmente en los Estados Unidos los concedía voluntariamente, incluso antes que América entrara en la guerra del lado de los enemigos de Alemania, para arrastrarla más tarde en la cruzada antialemana, a fin de salvar el dinero.

Hoy, cuando se considera la situación confusa y precaria de los estados inmediatamente después de la guerra y la catástrofe económica mundial urdida por los capitalistas internacionales, y de la cual sólo Inglaterra pareció salir indemne, no se sabría decir en qué forma pudieron los estados financiar la guerra. Si la guerra era conveniente a las aspiraciones judeo-romanas, el capitalismo mundial no dejaría de poner el dinero a su disposición, pero, bien entendido, con la intención de arrastrar a los así llamados "estados vencedores" y a sus pueblos, al colectivismo económico de la república universal judía o del estado teocrático romano, en la forma que lo vemos producirse en los "vencedores" de la última guerra. Sin duda, para hacer la guerra hace falta dinero, siguiendo las palabras del general austríaco Montecuccoli, "otra vez dinero, y siempre dinero". Igualmente el gran Federico, en sus memorias, no cesaba de insistir en las relaciones entre las finanzas y las fuerzas armadas: en realidad, no podría haber librado la Guerra de los Siete Años sin la ayuda financiera de Ingla-

terra. La importancia del dinero en una guerra ha sido juzgada como indiscutible desde hace mucho tiempo. Nuestros antecesores, por su parte, la hacían sin dinero: era asunto del pueblo. Esto ya no es posible en los días que corren. Pero para una feliz conducción de la guerra y para la conservación del pueblo, la política total puede dirigirse sobre otras bases que la llevarán mucho más allá de lo que las finanzas alemanas hubieran podido alcanzar a partir de la movilización de 1914.

Entiendo que cualquier estado que tenga un gobierno del pueblo decidido, puede encontrar los medios de hacer la guerra en la medida en que son aplicables al interior del país. Es cierto que, al hacer esto, el estado debe guardarse de contravenir los principios de una sana administración de las finanzas, so pena de peligrosos contragolpes, igualmente inevitables para el ejército. Para esta operación, los medios de pago que tienen curso en el interior no deberán tener más valor. En el día de hoy, las mercaderías compradas en el extranjero son pagables en oro si es que no se dispone de divisas, y esto no puede dejar de repercutir en el interior sobre el curso del dinero. En caso de guerra, es necesario tomar su partido.

Al principio de la guerra mundial, el banco alemán de emisión —Banco del Imperio—, fue privado, en gran medida, de su independencia. Este precedente típico debería retener la atención, aunque las leyes Dawes hayan dejado la posición del Banco del Imperio más independiente que nunca con respecto al estado. Ahora bien, la política total reclama la subordinación de la banca de emisión a la autoridad suprema del estado.

El patrón oro es un obstáculo para el desarrollo de numerosos estados. Los principios de este patrón, que para nosotros consistían en cubrir en oro un tercio de los billetes en circulación, fueron abandonados en el curso de la

guerra mundial, y hoy en día, Alemania apenas si posee una cobertura oro. Como consecuencia de los embrollos de los capitalistas internacionales, los pueblos temen introducir una moneda interior que se cubra de una u otra forma o que tenga un curso particular. En sus relaciones exteriores los estados podrían también liberarse del yugo del oro si ellos convinieran otro patrón para su valor monetario. De todos modos, eso pertenece a un futuro lejano. Pero un valor monetario interior no servirá de nada en tanto que el dinero pueda desaparecer en la "media de lana". Las finanzas de un estado no podrán ser sanas si el dinero no puede ser retirado de la circulación. La ejecución más grande de transacciones sin dinero líquido es un medio, por ejemplo, de mantener la vida económica en un pueblo a condición de que ella no sobrepase la técnica de las finanzas. Su importancia es grande. La formación del valor dinero y de la moneda es decisiva en la vida económica de un pueblo, y, por consecuencia, en la guerra.

Los pasajes del documento oficial citados más arriba hablan igualmente del pánico de la guerra y de los sacrificios materiales que el pueblo entero soportaría voluntariamente. Ellos muestran también la importancia y el valor de la constitución moral de un pueblo para la seguridad de la guerra en el dominio económico, cómo cada campo penetra en los otros y cómo no puede ser de otra forma en la guerra total. La inquietud, el "pánico" de la guerra, pueden ser mantenidos a raya por ciertas medidas como el cierre oportuno de los bancos y las cajas de ahorro, si es que el estado no se decide a emplear otro sistema monetario. Los "sacrificios", mientras tanto, no se deben ejecutar por decreto a menos que los sacrificios sean sustituidos por el puro miedo, y la suscripción libre por el empréstito forzado, lo que siempre deja sin resolver la cuestión de adónde tomarán las víctimas lo que ellas tendrán que pa-

gar. De todos modos, queda claro que las medidas financieras que entrañan ineludiblemente la preparación y la ejecución de la guerra total tocan profundamente al pueblo, y lo tocan tanto más cuanto le enseñan que el sacrificio de la vida individual para la seguridad de la comunidad popular es cosa normal que no se discute, y que la cesión de dinero, acto penoso, lo será tanto menos cuanto el pueblo se sienta formar parte de una comunidad de destinos y se encuentre en situación de poder probarse como tal. La importancia de la cohesión anímica, así como el deber de esclarecer al pueblo sobre la guerra total, aparecen así de una forma suficientemente clara para sustraerlo de las oscuras intenciones de los "descontentos". Por otra parte, los dirigentes de la política total deben dar pruebas de los mayores escrúpulos para un empleo irreprochable del dinero que el pueblo les confía para salvaguardar su existencia, empleo que excluye todo síntoma de corrupción y hace imposible una expoliación del pueblo por el gobierno, para que se mantenga el espíritu de los suscritores del empréstito de guerra, que no han dado su dinero por un simple sacrificio sino también para que la comunidad sea salvada. La experiencia de la guerra mundial ha mostrado claramente qué género de medidas deberá ser evitado para que la cohesión del pueblo se afirme igualmente en el campo financiero y no sufra perjuicios.

La gestión financiera interviene directamente en el abastecimiento de víveres y de materiales para el pueblo y el ejército. Cuanto más materias primas produce un país, cuanto más víveres y forrajes salen de su suelo, mejor será para el pueblo, para el ejército y para la conducción de la guerra total. No hay ningún país que se encuentre en tales condiciones óptimas. Las necesidades de un pueblo, y especialmente las de la guerra, se han hecho múltiples, y no pueden satisfacerse más que por medio del comercio inter-

nacional. Ahora bien, en caso de guerra, las importaciones se ven detenidas. De ese modo, el esfuerzo de las potencias es que tienden a abastecerse a sí mismas desde el tiempo de paz, especialmente en aquellos campos que, en caso de guerra, les obliguen a ser sus propios proveedores, y de almacenar lo más posible en cuanto a materias primas compradas al extranjero, a fin de asegurar, en una forma por demás relativa, el equilibrio del ejército y el abastecimiento del pueblo. Para ello hace falta dinero, mucho dinero, el que, en situación financiera inestable y en medio de las oscilaciones del valor de las monedas, sólo podrá ser procurado por los estados que hayan comprado la aquiescencia de los capitalistas internacionales, a costa de su libertad racial [1].

A este respecto, las condiciones de cada estado difieren, dependientemente de su situación geográfica, es decir de sus fronteras con estados neutrales como de sus salidas al mar. Las disposiciones preventivas que los estados deberán ejecutar en el campo económico serán, pues, diferentes, tanto en el fondo como en amplitud. Si un estado cree poder mantener la balanza de sus importaciones a pesar del peligro de hostilidades, podrá contentarse con medidas materiales de menor envergadura que un estado que, en caso de guerra, no puede contar más que con débiles probabilidades de importación por las fronteras neutrales y por el mar. Para concretar mi pensamiento, yo elegiría el ejemplo del abastecimiento del pueblo alemán, tal como se presentó durante la guerra mundial.

No hay necesidad de explicar que el abastecimiento del

[1] Durante la guerra mundial, los capitalistas internacionales de los Estados Unidos proveyeron de billones a los gobiernos enemigos para armarse, sostener la guerra y resistir. Hoy los deudores no terminan de rembolsar lo prestado y los pueblos de estos Estados hipotecados, han caído bajo su dependencia.

pueblo y del ejército en artículos alimenticios, en forraje y en carburantes, sobre los cuales volveré más tarde, es de primera importancia. Por principio, el hombre debe vivir y debe ser mantenido con vida para poder trabajar y luchar. Los caballos y el ganado no pueden ser alimentados más que con forraje, y las máquinas no se pondrán en movimiento sino con medios propulsores.

Durante la guerra mundial, Alemania tuvo tales dificultades para asegurar la alimentación humana y el forraje del ganado, que el recuerdo ha quedado grabado en la memoria de la generación que se hallaba en la adolescencia en el momento de la guerra. Este recuerdo nunca será evocado con demasiada frecuencia para apreciar todos los esfuerzos que costó el abastecimiento. La falta de forrajes, en particular, era tan grande, que en el Este me vi obligado a hacer mezclar cortezas de árboles en el forraje de los animales a fin de que por lo menos tuvieran el estómago lleno. Con este régimen, fue inevitable que los caballos perdieran la fuerza y la salud. Después de la declaración de guerra de Rumania, la decisión que yo había tomado de proseguir las operaciones hasta la completa ocupación de la Valaquia, había sido dictada sobre todo por la necesidad de reabastecer a los imperios centrales. En 1918, parecidas razones nos llevaron hasta Ucrania. Aunque conseguí mejorar considerablemente el abastecimiento —el de Austria, por el contrario, fue más difícil que el nuestro— me fue imposible detener la miseria; hoy todavía, ella marca a los niños nacidos en esa época. No puede asombrar, pues, si, después de la guerra, no he cesado de llamar la atención sobre la necesidad de abastecernos a nosotros mismos con nuestra agricultura, consideración que para mí se ha convertido en un principio sagrado.

Antes de la guerra mundial, teníamos una importación

de trigo de un millón de toneladas. Una memoria que estoy compulsando muestra que la importación necesaria debe hoy cifrarse en 1.830.000 toneladas. En forraje, Alemania no cubría más que los 2/5 de sus necesidades. Era, pues, necesaria una importación de alrededor de 8 millones de toneladas. Ésta es una cifra enorme, que demuestra cuánto dependíamos del extranjero para nuestro abastecimiento, aunque Alemania se bastara en cuanto a centeno, papas y carne. No se habían preparado stocks ni de trigo ni de forraje con antelación porque el gobierno había estudiado insuficientemente esta grave cuestión, además porque le parecía que el almacenamiento de stocks —de un valor de alrededor de mil millones de marcos— sobrepasaba sus posibilidades financieras. La agricultura y el comercio eran opuestos: parece que temían un ajuste de precios que juzgaban perjudicial a sus empresas egoístas. En estas condiciones, la miseria debía seguir de cerca a la movilización, y debía aumentar para el hombre, el caballo y el ganado a medida que disminuían las recolecciones. Los trabajos del campo fueron descuidados por falta de mano de obra, de caballos y de implementos agrícolas, en perjuicio de los esfuerzos de todos. Es posible que hoy en día las condiciones serían algo mejores, en razón de la motorización progresiva del ejército. Habrá más forraje para los caballos que antes y la puesta a disposición de los agricultores de abonos nitrogenados aumentará la producción. Las fábricas Leuna, que yo alentaba en esa época, son de la mayor importancia para la conservación de la fuerza popular durante la guerra total.

Otros artículos alimenticios, como, por ejemplo, las legumbres, arvejas, lentejas, arroz, café, té, la leche especialmente, los huevos y la grasa, faltaban con mucha más razón para la alimentación del pueblo y del ejército.

Es verdad que la administración del ejército y de la marina disponían desde tiempo de paz de un stock alimentario y de forraje que tenía listo para el caso de movilización, habiendo cuidado de proveer a las primeras libranzas, de suerte que el ejército fue aprovisionado correctamente durante el primer período de la guerra. Los abastecimientos particulares habían sido igualmente previstos por las fortalezas, a fin de que pudieran soportar un sitio de algunos meses. Poco tiempo antes del comienzo de la guerra se había prestado la misma atención al abastecimiento de las grandes ciudades y centros industriales, pero no se lo había realizado con suficiente eficacia, y pronto esto fue apercibido con temor. Se tomaron también medidas justas, como la distribución de tarjetas de racionamiento de pan, y medidas falsas, como la "hecatombe de los cerdos". Por último, llegó el gran racionamiento del pueblo, parejo al de los habitantes de las fortalezas asediadas, de manera que el obrero recibía la misma ración que el soldado, a quien, en la medida de lo posible se le daba todo lo que exigía el mantenimiento de sus fuerzas corporales. Pero la miseria se hacía sentir, sobre todo en los medios humildes del pueblo, el que, guiado por un verdadero instinto popular y racial, se contentaba con lo que el estado le daba. El hecho de que otros hombres se comportaban de otra manera muy distinta procurándose ventajas en detrimento de la comunidad fue la fuente del más profundo descontento en el pueblo, perjudicando su cohesión considerablemente.

Después de la alimentación, el vestuario es la necesidad más urgente del hombre. En cuanto a las materias primas necesarias para el vestuario, aparte del lino que producimos en pequeña cantidad, dependemos enteramente del extranjero, sobre todo en lo que se refiere a la lana y el

algodón. En 1914 había algunos stocks para el vestuario del ejército y las reservas de telas para vestir a la población civil se encontraban normalmente en el comercio y los talleres. Por lo menos por cierto tiempo, todos tenían cubiertas sus necesidades. En las fábricas textiles había reservas de lana y algodón para por lo menos tres meses. De esa manera, los efectos de la guerra en el campo del vestuario no aparecieron sino poco a poco. La importación reducida y la gran necesidad de uniformes para el frente se tradujeron pronto en una gran escasez de telas para vestimenta. Esta falta se hizo sentir en primer lugar entre la población de obreros con menores medios económicos, quienes al principio de la guerra estaban vestidos con un solo juego de ropas, sin tener para recambio. Se llegó, pues, también, a un racionamiento de vestuario, y pronto se empezaron a ver las telas hechas con sucedáneos, mezclas de lana y algodón, etc. Todavía no había sido inventada una fibra que remplazara a la lana o al algodón.

Los stocks de cuero necesarios para la fabricación de calzado o para los arneses de los caballos, etc., no eran suficientes. El país no producía cuero, y habría sido necesario importar una gran cantidad en tiempo de paz. Pronto, pues, el cuero faltó del todo, y hubo de recurrirse a los mismos procedimientos que para las telas de vestuario.

Me remitiré a estos dos ejemplos. Se reconocerá fácilmente que la cuestión del vestuario, como la del abastecimiento son de la más alta importancia en la conducción de la guerra total. Como siempre, se trata no solamente del ejército sino también del pueblo, es decir, no solamente del soldado en el frente sino del hombre que vive en el interior del país, aunque deban tenerse ciertas preferencias por el que combate con respecto a sus hermanos de retaguardia. El problema del vestuario se relaciona así

estrechamente con las condiciones de vida indispensables para la cohesión del pueblo. La falta de ropas es una dura prueba para el pueblo, y particularmente para la clase de trabajadores manuales que tanto la desgastan. La reglamentación preventiva en materia de vestuario queda, pues, como uno de los graves problemas a resolver para la conducción de la guerra total. Al igual que las materias primas de importación, se halla directamente ligada a la situación financiera y al conjunto de la economía. La preparación del vestuario de un ejército móvil exigía desde tiempo de paz numerosos preparativos. En Alemania teníamos oficinas de vestuario militar particulares, que debían fabricar, con la ayuda de la industria privada, los stocks de tiempo de paz y de tiempo de guerra y que debían multiplicar su actividad durante las hostilidades.

En el porvenir, la más grande previsión de tiempo de paz no dispensará a las autoridades de racionar a la población y de distribuir las tarjetas para el abastecimiento de alimentación y de vestuario.

El equipamiento del ejército en armas de todas clases es otro problema de la economía, y por lo tanto de la política total de un país. Ya diré más tarde la importancia que es necesario atribuir a los medios técnicos auxiliares, pero hoy en día nadie dudará que es necesario proveer de armas, municiones, material de guerra de todas clases, naves, tanques, etc. al ejército y a la armada, en la mayor medida posible.

El carbón y los minerales son la base de la industria de guerra como de toda industria. Estas materias primas las teníamos antes de la guerra en cantidades suficientes. En esa época, el Reich poseía todavía las minas de Lorena. No teníamos necesidad de inquietarnos por el abastecimiento de carbón mientras el problema de los trabajadores, sobre

el que volveré más tarde, estuviera arreglado. En 1913, los "Deutsche Hütten-und Schmelzwerke" trabajaban 40 millones de toneladas de mineral de hierro, de las que 12½ millones provenían del extranjero y contenían un porcentaje mejor que el mineral alemán. Pero en caso de guerra no teníamos por qué inquietarnos por falta de mineral de hierro, sobre todo si quedaba abierta para nosotros la ruta marítima a Suecia, que poseía grandes cantidades de mineral de hierro de superior calidad. Podíamos, pues pasarnos sin la importación desde otros países. No sucedía lo mismo con las otras materias necesarias para la industria de guerra. En lo que concierne a la falta de metales importantes para el temple del acero y otros metales de aleación indispensables, leemos en la obra precitada:

"Para estos metales, Alemania dependía enteramente del extranjero. El desarrollo de la gran metalurgia alemana no habría sido posible sin la utilización de materias primas extranjeras. La cantidad de estos minerales, por pequeña que fuera, no era menos importante y decisiva en la calidad del acero, del hierro y de la utilización de los objetos fabricados. Sólo para el plomo y para el cinc la cantidad producida en el país podía bastar, en rigor, para la fabricación de productos manufacturados y vendidos en el interior. Por el contrario, en tiempo de paz no se encontraba en el país más que un quinto del mineral blando de cobre, empleado en casi todas las ramas de la industria. Salvo una pequeña extracción en el país, los distintos metales empleados para templar el acero, volframio, cromo, antimonio, el níquel, tan importante, el aluminio y el estaño, vienen del extranjero. Por fin, la industria alemana sólo compraba en el extranjero el metal de aleación más importante, el manganeso, para la fabricación del acero. Si los envíos de Rusia, España, Brasil y los países indianos

cesaran, el país debería encontrarse sensiblemente apurado".

Estas notas se relacionan con la situación económica del mundo y con la preparación de tiempo de paz. Es fácil comprender las dificultades que debían surgir en caso de guerra como consecuencia de la falta de metales de aleación y para el temple del acero, por ejemplo, en la fabricación de municiones y de motores. Se sabe que el acero templado o no templado es tan necesario como el metal blando o como el cobre en la fabricación de cañones y de municiones. La experiencia de la guerra nos ha mostrado de qué modo la insuficiencia de los distintos metales se hizo sentir en la industria de guerra, y cómo los objetos de cobre fueron retirados de los bazares para ir a solventar necesidades más apremiantes. Esto no habría bastado si, al fin de cuentas, el judío Parvus Helphand no nos hubiera provisto de metal, gracias a sus "relaciones" con Copenhague. Es el mismo Parvus Helphand que se convirtió, por la inflación y su amistad con las "cabezas" socialistas, en el destructor de la economía alemana.

Para la fabricación de material de guerra, Alemania tenía a su disposición, además de la industria privada de armamentos (Krupp, Rheinische Metallwaren-und-Maschinenfabrik, Waffenfabriken von Zolingen Suhl p.p., Lowe A. G. Mauser) las fábricas del estado y la fábrica de municiones de Spandau, las fábricas de fusiles, de pólvora, etc. En la industria de guerra reinaba una viva actividad. Lo que fue puesto a nuestra disposición era de buena calidad pero no llenaba las necesidades. Mi vana lucha por hacer aumentar los stocks de municiones de artillería será inolvidable en la historia del ejército, así como mis esfuerzos para conseguir los recursos técnicos de todas clases para el servicio militar obligatorio. Yo no dudaba del carácter de

la guerra futura si no se preveían las verdaderas necesidades de municiones. Es falso, como se pretende decir hoy, que aparte de los medios responsables del ejército, no se había prestado suficiente atención al equipamiento del ejército y a sus medios técnicos. Siempre eran los medios financieros los que desgraciadamente, no permitían satisfacer las necesidades imperiosas. Durante cierto tiempo, nuestros políticos habían proclamado el principio "nada de gastos sin cobertura". Poco tiempo antes de estallar la guerra mundial, se decidieron a abandonar ese principio y a tomar ciertas medidas que debían procurar los medios financieros necesarios para asegurar ya en tiempo de paz, una mejor preparación del ejército. ¡Pero ya era demasiado tarde! Hoy ya hemos tenido la experiencia de la guerra. No tenemos más que echar una ojeada a la prensa extranjera para ver la industria de guerra en marcha y para comprobar los fuertes dividendos que va distribuyendo la industria privada de armamentos. Parece cierto que todos los ejércitos entraron a la guerra con un armamento como jamás se había visto antes, sin hablar de los progresos cumplidos en el campo de la técnica de guerra. El estado alemán de hoy debe reconstruir todas las piezas de su industria de guerra, en visible desventaja con los demás estados, reconstruir no solamente lo que el Tratado de Versalles destruyó, sino hacer sobrepasar a la industria de guerra su nivel anterior. Pero esta industria no alcanzará su más pleno desenvolvimiento si no cuenta con un núcleo de obreros especializados; y esto no puede obtenerse de la noche a la mañana. En caso de movilización, las fábricas que no elaboren material de guerra deberán ponerse al servicio de la industria de guerra, aunque más no sea para proveer un objeto especial cualquiera, un detonador, por ejemplo. En la guerra total se trata de completar la maquinaria, de

proceder a la fabricación y reconstrucción de municiones y de material de guerra en la mayor medida que se pueda concebir. En los dos primeros años de la Gran Guerra no se tuvieron en cuenta estas consideraciones. Una peligrosa depresión de las fuerzas morales en las diferentes unidades y rumores entre el pueblo fueron los resultados. Se había derrochado mucha energía. No fue sino en el momento en que yo tomé el alto mando, el 29 de agosto de 1916, que se encontró el remedio. Se hizo un esfuerzo considerable en el país cuyas consecuencias no habían de sentirse en el ejército sino luego de varias semanas. Como en todas las guerras, y como sucederá en el próximo conflicto, siempre se tendrá necesidad de hombres, siempre se reclamará material de guerra a grandes voces, voces que no tendrán eco si no se dispone de materias primas y de obreros, y, más aún de oro y de divisas para comprar en el extranjero, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, materias primas y materiales manufacturados [1].

Además de la industria metalúrgica, la industria química ocupa un lugar preponderante. Su dominio encierra la fabricación de pólvora, de las materias primas explosivas, de carburantes, y la preparación de productos farmacéuticos. Esta industria tomó más extensión desde que comenzaron a emplearse los gases asfixiantes. Todos los deseos (por lo demás hipócritas) de impedir la guerra química nada cambiaron. En cuanto a las materias primas, la industria química alemana no era en absoluto independiente del extranjero, pero abasteció al ejército haciendo un esfuerzo extraordinario. Ella proveyó además —aunque en pequeñas cantidades— abonos, y fabricó caucho sintético para los

1 Los capitalistas internacionales de los Estados Unidos proveían a los aliados no solamente de billones sino también de material de guerra.

camiones, y sobre todo benzol, el carburante de las cargas pesadas. Ella fue la que contribuyó en mayor medida a remediar la insuficiencia de producción de carburantes.

El aprovisionamiento de carburantes para el ejército y la marina me causó grandes cuidados. Faltaba en gran medida. La necesidad de procurárnoslo era, como la necesidad de reabastecimientos, una de las causas de la conquista de la Valaquia. Aunque los pozos de petróleo de Rumania fueron destruidos, la conquista de ese territorio nos permitió paliar la insuficiencia de combustibles destinada a los automotores pequeños y a los aviones. Pero al hacerse esta necesidad más apremiante, me vi obligado, en 1918, a invadir la Transcaucasia. Después de la Gran Guerra, el progreso de la motorización del ejército y el empleo de la propulsión a petróleo en la mayor parte de los barcos de guerra, así como los progresos realizados por la aviación, acrecentaron de manera extraordinaria la necesidad de combustibles y lubricantes. El dominio de los países productores de petróleo y su explotación se ha convertido en uno de los factores de la política internacional llevada por los Estados Unidos e Inglaterra, Rusia y el capitalismo internacional judeo-romano. Para un pueblo que desea llevar una guerra a buen término, el aprovisionamiento de combustibles es una necesidad absoluta, y ello tanto más cuando el país produce pocos productos químicos y materias primas y puede tener dificultades con la importación en tiempo de guerra. El encaje del tesoro en oro o en divisas jugará un papel preponderante en el problema del aprovisionamiento general.

Me es imposible enumerar aquí todas las materias primas necesarias para la guerra y que eran indispensables en el conflicto mundial. En mis memorias de guerra he expuesto el fruto de mis experiencias. Me limitaré a indicar la im-

portancia de la madera y del cemento, ambos indispensables para los trabajos de infraestructura y especialmente la madera de tirantería, indispensable para la construcción de las galerías de las minas. Yo hice librar una considerable cantidad que provenía del territorio ocupado por el Alto Mando del Este, y que comprendía Curlandia, Lituania, y una parte de Rusia Blanca y de Polonia Oriental.

Los territorios ocupados debían, ante todo, proveer a la alimentación de la población indígena ocupada. En el Oeste no lo pudieron: fue entonces que los Estados Unidos propusieron asegurar el aprovisionamiento de esa región. Con esta operación, los proveedores realizaron grandes beneficios. Para el resto, se puso a contribución a los territorios ocupados extrayendo de ellos toda clase de materias primas necesarias para el ejército. Es de esta manera que todo territorio ocupado deberá ser explotado en la guerra total.

Los esfuerzos de la agricultura, la industria y otras ramas económicas para cubrir las necesidades de la población y del ejército tuvieron como resultado favorecer el desarrollo económico del país y, permitiéndoles ganarse la vida, dar satisfacciones morales a los millones de obreros, que, de otra manera, habrían sido una carga para el estado. En efecto, si la agricultura, la industria y las fuerzas productivas del país ayudan efectivamente a la conducción de la guerra total con sus esfuerzos combinados, ellas exigen, por su parte, millones de obreros. El ejército se encuentra así privado de una gran cantidad de hombres aptos para servir en sus filas. El número de alemanes aptos para el servicio que no pudieron ser empleados en el ejército fue tanto más grande cuanto fue necesario establecer las comunicaciones entre el frente y la retaguardia y realizar a cada momento importantes transportes de tropas por vía férrea.

Estas cuestiones han sido objeto de toda mi atención, pues son las que exigen toda la solicitud de aquellos que dirigen la guerra total. Voy a dar un ejemplo impresionante. Para mantener la producción de carbón indispensable, debí enviar a retaguardia decenas de millares de obreros —sin hablar de los obreros especializados que me eran reclamados sin cesar. Este método, que consistía en reenviar a retaguardia la mano de obra, demostró ser particularmente peligroso. Con la propaganda y la incitación a la revuelta en los medios obreros, llegó el momento en que los obreros "caminaban en su puesto" y el rendimiento disminuía considerablemente, y, al menguar el rendimiento, se reclamaba cada vez más mano de obra. Para remediar esto, las autoridades no encontraron nada mejor que enviarlos a buscar al frente. Esto no dejó de enervar la fuerza anímica del ejército. Fue entonces que apareció netamente el defecto en la cohesión anímica del pueblo y la falta de reacción de parte de las autoridades, situación a la que no se podía encontrar remedio de cualquier modo. Las circunstancias se agravaron cuando los soldados que estaban en el frente se enteraron de que sus ex camaradas de combate ganaban buenos salarios que les permitían proveer a las necesidades de sus familias. Ellos no lo podían hacer con sus magros sueldos. Ellos arriesgaban la vida en el frente, y las asignaciones eran para ellos muy inferiores a las de los obreros de la retaguardia. Yo había tenido la esperanza de restablecer el equilibrio por una suerte de igualamiento instaurando el servicio civil para los hombres y las mujeres de retaguardia, pero me fue imposible alcanzar mi fin. Mis esfuerzos fueron también deformados por la acción política hasta el punto de agravar el mal y hacer crecer el descontento, ya de por sí justificado. Los obreros no eran los camaradas de los soldados, ellos no exponían su vida por la

conservación del pueblo, no ponían sus energías a su disposición. Ellos perseguían fines egoístas, hasta políticos, al explotar la miseria del pueblo y del ejército. Esos hechos fueron de las más graves consecuencias. Nada podía expresar con más claridad la falta de cohesión del pueblo alemán. Al fin de cuentas, los obreros pensaban como las otras capas del pueblo, querían sacar partido de la miseria general para enriquecerse. La economía política no es cosa muerta. Ella puede dispensar las energías como puede acapararlas y, durante la Guerra Mundial, no dejó de hacer una y otra cosa.

Para reglamentar la distribución de la alimentación y del forraje se crearon durante la guerra organismos fuertemente centralizados, los que, como a menudo sucedió, sobrepasaron largamente sus fines e hicieron imposible toda acción independiente. El sistema económico instituido dejó entrever cómo debían pasar las cosas, pero mucho más aún cómo no debían pasar. Sin ninguna duda, es necesaria una dirección, pero es necesario evitar a todo precio la burocracia y la esquematización. El sistema de centralización fundado por el judío Rathenau tenía por fin, en ese sentido, liberar al capital internacional judeo-romano de la industria alemana, la que ya antes de la guerra había estado a punto de caer en sus manos. Rathenau tuvo éxito en su plan, durante y después de la guerra. La centralización privó a todo el mundo de energía creadora y de responsabilidad. Trabó el desarrollo económico. Tampoco la cohesión anímica del pueblo tenía nada que ganar con los procedimientos de los "Einkaufsgesellschaften", sociedades cooperativas del Estado, sindicales y socialistas. La centralización y sus medidas determinaron un creciente descontento y dieron lugar a la especulación y al fraude, que la existencia del sistema no puede excusar de ningún modo. Mientras el pueblo pasaba horas

haciendo colas ante los almacenes de alimentación, la atmósfera se iba haciendo cada vez más propicia para los "descontentos". La manera con que la economía es dirigida influye profundamente en la estructura psíquica de un pueblo. Las medidas que importa el modo de dirección deben ser aplicadas con precaución y con toda equidad, debiendo tenerse cuidado de aclarar constantemente al pueblo sobre su necesidad. Será fatal no tomar en cuenta esto, porque da puerta franca a la deshonestidad y a la corrupción. Destruye la confianza del pueblo en la equidad de un sistema económico de urgencia, sistema que en razón de sus trabas, es rechazado por la iniciativa privada.

Echando una mirada hacia atrás, voy a delinear a grandes rasgos el papel desempeñado por el factor económico en la guerra total. He mostrado cuán extraordinariamente diferentes son las tareas de la política total en tiempo de guerra como en el tiempo de paz, si es que desea que la guerra sea librada con éxito. En los capítulos sobre la cohesión anímica del pueblo y el ejército y sobre la economía he tratado dos asuntos diferentes. He mostrado en qué forma se interpretaban y en qué forma la conducción de la guerra total dependía de cada una de ellas. Clausewitz, en su tratado sobre la guerra no ha hablado sino muy poco del importante papel de la cohesión del pueblo y de las condiciones económicas. El general conde von Schlieffen, gran teórico de la guerra no trató a fondo estas cuestiones. La importancia de la cohesión anímica de un pueblo y de su situación económica comenzó a ser reconocida abiertamente, recién en el transcurso de la guerra mundial y se reveló como consecuencia de la duración de la guerra. ¿En qué medida los dirigentes de los estados son conscientes de estos hechos ineludibles que deberían imponerse a su política total? No es cosa mía precisarlo. Posiblemente la mayor

parte de los estados se verán impotentes ante el problema de la cohesión del pueblo. No saben en absoluto qué hacer con el alma popular. Seguramente se dedicarán a arreglar los asuntos del abastecimiento del pueblo y del equipamiento del ejército por medio de medidas de organización puramente mecánicas, pero repentinamente, la dura realidad levantará delante de ellos sus obstáculos.

Capítulo IV

FUERZA Y VALOR DEL EJÉRCITO

Se deduce de lo que precede que el estado mayor de la guerra total, con el fin de no comprometer el resultado deberá esforzarse para terminar rápidamente las operaciones, para evitar la desintegración de la comunidad popular por las dificultades económicas. Al principio de las operaciones, el Estado Mayor deberá así disponer de todas las fuerzas del pueblo bajo la forma de un ejército bien disciplinado, bien equipado y bien acondicionado.

Ningún ejército está nunca suficientemente instruido ni es suficientemente fuerte, para decidir de inmediato la guerra. Una vieja experiencia muestra, de una vez por todas, que la victoria se pone del lado de los batallones "fuertes" y ella podrá prevenir todas las opiniones divergentes del estado mayor, que no permiten nunca al comandante seguir completamente su idea. Estas disensiones internas no solamente llegan a detener su iniciativa, sino también los contraataques del enemigo, de quien no podrá esperarse siempre que cometa errores estratégicos. Se ha visto a batallones "débiles" vencer a sus adversarios, pero

en definitiva, fue sólo la superioridad numérica de nuestros adversarios la que convirtió en aleatorio nuestro modo de conducir la guerra mundial.

El número decide demasiado a menudo la guerra; es un error olvidarlo y hacer una virtud de la miseria. Es necesario saber reconocer con una clarividencia inexorable, la importancia del número, y Francia ha demostrado antes de la guerra mundial, todo lo que es capaz de hacer un estado cuando se pone incondicionalmente a disposición del comandante de la guerra total. Es probable que después se haya terminado por reconocer en qué forma fue engañado el pueblo alemán al no aplicar integralmente el servicio militar obligatorio a pesar de todos mis esfuerzos y al no aceptar más que el 54% de los hombres aptos para el servicio. 5.500.000 hombres no fueron instruidos, y para colmo de males, seiscientos mil soldados instruidos no fueron entregados al ejército. Esta negligencia fue fatal. La formación de cuatro nuevos cuerpos de ejército en 1914 y otros cuatro entre los años 14 y 15, así como los continuos cambios, se habían convertido en medidas indispensables, pero que no permitían hacer entrar en lucha a las reservas más que por pequeños grupos. Ocho cuerpos de ejército mas al principio de la guerra, habrían asegurado la victoria. En Inglaterra la situación era más o menos parecida. Antes de la guerra, como hoy en día, Inglaterra no tenía instituido el servicio militar obligatorio, y recién lo estableció una vez que la guerra se desencadenó. Esta tardía medida hubiera sido vana si el Estado Mayor Alemán hubiera sabido obtener una victoria en el frente Oeste en agosto o setiembre. La necesidad de tener en tiempo de paz la totalidad del ejército popular en pie de guerra y hacerlo entrar en campaña desde el principio de las hostilidades es y será la condición indispensable en la lucha para la

conservación de la existencia del pueblo. En esto reside profundamente la esencia misma de la guerra total.

La guerra total exige la incorporación del hombre apto para servir desde la edad de veinte años y la movilización de los soldados instruidos hasta la edad máxima de las reservas[1], igual que su incorporación en las formaciones auxiliares y de reserva. Siempre es necesario contar con el déficit que representa para el ejército el gran número de trabajadores llamados "indispensables en el interior" de quienes el ejército se verá inevitablemente privado tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. El pueblo y el ejército quieren ser revitalizados y vivir, y la administración debe saber continuar cumpliendo con su deber.

Antes de la guerra mundial, ya había sido introducido en varios estados el servicio militar de dos o tres años. Ese tiempo era suficiente para poner al soldado en condiciones de aptitud para la guerra. Una vez adquirida su instrucción, completada ulteriormente con los períodos de ejercitaciones de reserva y de guardia territorial, se encontraba tan bien asimilado, que se lo podía emplear inmediatamente en el frente, aunque perteneciera a las clases de más edad. ¿En qué medida podría dar las mismas garantías un servicio más breve? Es algo que no sabría determinar. El perfeccionamiento de las armas y de los medios auxiliares, técnicos, que hoy en día son puestos a disposición del soldado sólo han logrado complicar su instrucción. El manejo de estas armas

[1] Los distintos Estados pusieron cada uno diferentes exigencias en la aplicación del servicio militar. Alemania, por ejemplo, las hizo más grandes que Francia y, sin embargo, no incorporó más que el 54 % de los efectivos de cada clase, mientras que Francia llamó al 82 %.

Los hombres de raza extranjera no deberían ser incorporados al ejército de un país, como lo son los de sangre judía en los pueblos nórdicos, y los de "color" en los ejércitos de blancos. Es evidente que ellos no luchan por la existencia de su pueblo.

por las clases antiguas que las desconocían en tiempo de su instrucción, se ha convertido en algo difícil. Es importante recordar esto. El ejército de tiempo de guerra se compone no solamente de las tropas existentes en tiempo de paz sino también de los reservistas y de las guardias territoriales.

Una instrucción militar perfecta, acompañada de un desarrollo de la voluntad y de la fuerza corporal, así como también de un buen equipo, aumenta el valor de las tropas, les da confianza y el sentimiento de superioridad, a condición de que tengan la voluntad de luchar por la conservación de la comunidad popular. El Estado Mayor de la guerra total, puede, con prudencia, hacer entrar en línea de cuentas a la instrucción superior, aunque ahora más que nunca los estados se esfuerzan por obtener una perfecta instrucción militar y un buen equipo de guerra. Al comienzo de la guerra de 1914, la instrucción y el equipo del ejército de nuestro país eran satisfactorios, especialmente en la artillería pesada. Por supuesto que ciertas cosas dejaban que desear. Se carecía de municiones suficientes. Pero todo esto no parecía haberse convertido todavía en un obstáculo en las primeras grandes batallas. En la situación particularmente grave en que se encontraba, el Alto Mando había pensado que el excelente ejército del Oeste batiría en la primera arremetida al ejército de Francia, quebrando su energía y la voluntad del pueblo francés. La decisión del Alto Mando de poner en primera línea una parte de las formaciones de reserva que habían sido movilizadas según este plan, estaba así perfectamente justificada. En realidad fue un grave error, porque en la guerra, que se preveía larga, el hecho de que la acción decisiva tardara en producirse, hizo que las reservas comenzaran a escasear muy pronto. Nunca se habría escuchado este reproche si la guerra hubiera sido

ganada con las formaciones de reserva. Fue un hecho de los más graves que el plan del Estado Mayor fracasara de esta manera en el Oeste, y que fracasara por razones imputables al Estado Mayor mismo y no a la tropa. Puntualizar estas razones me llevaría demasiado lejos. El ejército alemán, superior por su instrucción al del enemigo, no alcanzó la victoria. La guerra se prolongaba y forzaba mientras tanto a todos los estados beligerantes a reprochar todo aquello que se había descuidado o hecho mal en tiempo de paz. Desde entonces, la instrucción del ejército alemán se vio obligada a rivalizar con sus mejores esfuerzos con la de los otros ejércitos, que trabajaban intensamente según sus fuerzas respectivas. En pocas semanas o en pocos meses, no nos era posible preparar soldados para la guerra e inculcarles un sentimiento de superioridad ante el enemigo. Mientras tanto, el número pasaba a ocupar el primer plano de importancia. Al mismo tiempo aparecieron en el ejército alemán los primeros síntomas de falta de material de guerra y de municiones. El enemigo podía reabastecerse más fácilmente con la industria entera de su país a su disposición. De esa manera, podía servirse con éxito de su superioridad numérica y material. Esto era desde todo punto de vista sensible en la guerra de trincheras, en la que el enemigo estaba en condiciones de dejar descansar a algunas de sus tropas mucho más a menudo de lo que yo jamás hubiera podido permitirlo a uno sólo de los míos de primera línea, que permanecían meses bajo el fuego más violento. En este aspecto se vio con mayor crudeza la desventaja que representaba nuestra inferioridad numérica frente a las tropas enemigas.

Desde los tiempos más antiguos, el hombre y la técnica luchan codo a codo en la guerra. Espada, escudo, flecha, arco, carro de asalto, honda, murallas de piedra, fueron ya

los medios auxiliares técnicos. Esto no ha cambiado, y los medios, sea de ataque o de protección se han perfeccionado de más en más, así como los medios para el desplazamiento de las tropas y sus armas, los ferrocarriles, los automóviles, buques de guerra y aviones. Ya no se concibe un ejército ni su acción sin los medios auxiliares técnicos a los que continuamente vienen a agregarse otros.

Durante la guerra mundial, además del soldado, había en el ejército auxiliares técnicos, que, bajo la forma de material de guerra de todas clases, servían como medios de combate y de movilidad. Había cañones de muy grueso calibre y de gran tamaño, numerosas municiones, entre las que se contaba también la granada de mano que el combatiente lanza a muy corta distancia. El automóvil se encontraba junto al ferrocarril, los acorazados surcaban los mares, los submarinos se desplazaban bajo el agua y los aviones hendían el aire. Pero antes de la guerra mundial, la técnica de la guerra estaba lejos de hallarse tan desarrollada como lo estuvo durante ella y como lo estuvo después. En el transcurso de la guerra, su importancia pareció manifestarse por sí misma, y cada vez más mientras las hostilidades se prolongaban. La necesidad de destruir al enemigo por un fuego nutrido y de proteger a las propias tropas obligaba a equipar a las fuerzas con más y más material. Así, además de las ametralladoras livianas, había ametralladoras pesadas. Se crearon lanzaminas de diferentes calibres. Hacía falta fabricar municiones cada vez más grandes. Se hizo entrar en combate a los vehículos blindados provistos de ametralladoras o de cañones livianos. Se utilizó de más en más, para los pequeños movimientos de tropas, el automóvil y la motocicleta. Se construyeron aviones de diferentes tipos según la tarea que debían cumplir, y se crearon, con una perfección cada vez

más grande, bombas, proyectiles explosivos e incendiarios, que los aviones debían lanzar. El hombre parecía relegado cada vez más a un segundo plano. Cuando yo entré al Alto Mando, cuidé de remplazar por mí mismo a los hombres de primera línea, mientras era posible, por máquinas, es decir, por ejemplo, multipliqué la potencia de fuego empleando más ametralladoras. Gracias a este sistema, me fue posible retirar de las primeras líneas a los que no sabían más que manejar el fusil. En pocas palabras, hice fabricar municiones sobre municiones para la destrucción del enemigo y la conservación de nuestras tropas combatientes. El enemigo se hallaba ya muy encima nuestro, y se hacía urgente arreglar todo lo que se había descuidado en cuanto a material de guerra [1].

Pero, al fin de cuentas, era siempre el hombre el que debía hacer funcionar los medios auxiliares técnicos. Reunidos, el hombre y la técnica representan la fuerza del ejército. Pero el hombre ocupará siempre el primer lugar. Él, que es transportado por el material inerte, es quien lleva ese material inerte ante el enemigo y le comunica la fuerza para destruirlo.

Durante la guerra mundial, la técnica fue opuesta a la técnica, y, hasta el presente, siempre se ha conseguido oponer a los medios ofensivos, medios defensivos. El blindaje de los barcos de guerra obligó a construir cañones que pudieran destruir ese blindaje. La creciente rapidez de los buques de guerra, y como consecuencia, la dificultad para alcanzar a las naves que navegan a gran velocidad manteniendo al mismo tiempo una velocidad no menos grande, obligó a construir instrumentos de puntería de mayor per-

[1] Cuando llegué al Alto Mando, la organización del material de guerra en el ejército alemán era defectuosa. Se carecía de lanzaminas, ametralladoras y otras municiones.

fección, y de tiro a manipulación mecánica. Lo mismo pasó en los otros aspectos. Frente a los tanques se puso a los cañones livianos y a las ametralladoras de mayor calibre; contra los aviones, cañones de tiro antiaéreo que poseían una precisión magnífica, y proyectores luminosos de gran envergadura. El combate que los medios auxiliares técnicos libran entre sí, conduce poco a poco a una nivelación de los medios de ataque y de defensa y deja el campo libre a los inventos destinados a contrarrestarlos, como los obstáculos de todas clases, por ejemplo, contra las columnas motorizadas.

Esto no quiere decir que la invención de un nuevo medio auxiliar técnico no pueda ser de una gran importancia para el resultado de una guerra. Pero, a pesar de esto, en una guerra europea, el soldado se encontrará siempre en primer plano. Las guerras coloniales, en las que las tropas bien equipadas desde el punto de vista técnico, luchan contra tribus que apenas si cuentan con fusiles y municiones, pueden presentar otro aspecto. Igualmente, es deber de cada política total poner a las tropas en actividad a disposición del Estado Mayor, es su deber mantener en su mejor forma el equipo militar de la tropa y de dar al estado, desde tiempo de paz, todos los medios auxiliares técnicos de vencer al enemigo, de conservar sus propias tropas y de proteger su propia población. Durante la guerra, la construcción de medios auxiliares técnicos y la reparación del material averiado demandan mucho tiempo. Éste es el punto débil del equipamiento técnico. Se lo puede remediar, tomando en tiempo de paz, algunas medidas para la fabricación y la reparación de material de guerra. Pero queda la dificultad de la instrucción. El soldado que está acostumbrado a combatir con el concurso pleno de los

medios técnicos, no puede pasarse sin material de guerra [1].

El empleo considerable de material, la formidable consumisión de reservas de municiones, de armas portátiles de todas clases, perfeccionadas, de tiro rápido, ametralladoras, lanzaminas y cañones de todo calibre, condujo a proceder a una dispersión de los grupos de primera línea al alcance del fuego enemigo, y como consecuencia, al aislamiento del combatiente. Siendo oficial joven, he visto en los campos de maniobras, utilizar batallones en formación para decidir un combate, aunque ello ya era inútil en ese tiempo. Hoy en día, en campaña, bajo el fuego enemigo más cerrado el combatiente aislado es quien debe saber sobreponer su instinto de conservación, sin poder contar más que consigo mismo y con peligro de su vida, en las horas más angustiosas, y, cueste lo que costare, con la granada de mano o la bayoneta, vencer al enemigo que resiste bravamente. He ahí lo que la guerra total exige del combatiente aislado.

Para aclarar esto, citaré el pasaje de mis memorias que relata los duros combates en los que el soldado alemán, abandonado a su propia iniciativa, tenía que luchar en la guerra de trincheras para la conservación del pueblo. Este pasaje vale también para toda acción de combate que, en el porvenir, exija un sacrificio parecido, un parejo desgaste de armas y municiones. "El 22 de octubre de 1917 comenzó el quinto acto del sorprendente drama de Flandes. Inmensas cantidades de munición, tales como el

[1] Una cantidad de espíritus incapaces de prevenir el porvenir, no pueden hacerse una idea de la cantidad de material necesario para un ejército de varios millones de hombres. En 1914, para equipar las fuerzas mal preparadas, la administración del ejército se vio obligada a desenterrar stocks fabricados después de la guerra del 70. Se sostiene también que el enemigo, al tomarnos el viejo armamento, nos dejó sólo con las armas modernas. Esto es criminal.

espíritu humano de preguerra no habría podido imaginar, fueron lanzadas sobre los hombres que, diseminados en los profundos cráteres de obuses y granadas se aferraban a su existencia miserable. El terror de Verdún fue sobrepasado. Ya no se podía hablar de vida: era sólo un indecible sufrimiento. Surgiendo de este mar de barro, el enemigo rodaba lentamente, pero en forma continua, hacia nosotros, en masa compacta: delante de las líneas, heladas por nuestra lluvia de municiones, el enemigo se hundía a menudo, y cada hombre aislado respiraba. Después llegaba la masa. Los fusiles y las ametralladoras eran inútiles. El hombre luchaba contra el hombre."

En la guerra total, las condiciones del combate exigen del combatiente una tenacidad de alma que hasta el presente no se había presenciado. Hasta después de mi entrada al Gran Cuartel General, yo dotaba al ejército en forma rala, adaptando la provisión a los medios técnicos adquiridos y desarrollados, para salvaguardar al ejército y mantenerlo fresco. Hicieron su prueba en forma brillante en 1917, pero sufrieron contraataques en 1918, cuando la tropa comenzó a perder su resistencia moral. Al principio, un tanque enemigo no era cosa terrible para nuestros soldados. Lo destruían. Esto cambió cuando la energía moral descendió bajo la influencia revolucionaria y bajo el peso del cansancio. Entonces el tanque se convirtió en arma terrible y obtuvo el éxito para el que había sido construido desde el principio.

He elegido ejemplos en los combates de la infantería porque ellos son particularmente elocuentes. En todas las otras armas, el soldado que cumple su deber matando mortalmente al adversario a riesgo de su vida, o que participa de una forma cualquiera en la ejecución de una misión, depende, ante el enemigo, de su acción individual

y de sus propias fuerzas morales. Hace falta un alma fuerte para combatir bajo el fuego de las máquinas de guerra, a menudo tan complicadas, para desarmar con sangre fría una ametralladora bajo el fuego exterminador del enemigo. En un combate naval sobre un buque en llamas, alcanzado por los obuses que explotan, no es cosa simple ejecutar cuidadosamente cada maniobra necesaria para poner un cañón en acción.

La guerra total y los medios técnicos auxiliares que en ella se emplean, no son más que materia inerte que exige del combatiente una fuerza de ánimo desconocida hasta ahora. Nada lo puede pintar con bastante exactitud. Se trata, pues, no solamente de profundizar la instrucción, sino también de, sobre todo, profundizar la disciplina afirmando el alma del hombre. Escribo en mis memorias, hablando del tiempo en que era jefe de regimiento: "En la tropa unida por la disciplina, yo quería educar a los soldados que poseían espíritu de iniciativa y de entusiasmo y responsabilidad. La disciplina no debe matar sino afirmar el carácter del hombre. Debe construir un trabajo de conjunto rechazando todo pensamiento egoísta y debe ser dirigida hacia un único fin. Este fin es la victoria".

La disciplina reclama del combatiente una formación de un temple tal que, al precio de la vida, es decir luchando contra su instinto de conservación, se ejecute matemáticamente lo que el Estado Mayor exige implacablemente de su aptitud para la guerra, para destruir al enemigo y empeñar una acción por expuesta que ella sea. Un combatiente incorporado a una masa compacta es adiestrado por ella, sintiendo fijos sobre él los miles de ojos de esa masa que al mismo tiempo lo abriga, le imprime su impulso y pone en acción los resortes de su alma. Se con-

duce como un miembro de esa masa y obedece a su psiquis. Algo muy distinto sucede con el combatiente aislado que no debe contar sino consigo mismo y que debe cumplir con su deber en un vasto campo de batalla aparentemente vacío. Éste no tiene ningún apoyo, y debe poseer la fuerza moral de sobreponerse a su instinto de conservación. La disciplina lo ayudará. Ella no se atiene solamente a un "en guardia", en una instrucción que le prepara para la guerra; en tiempo de paz esas formas exteriores pueden ser obtenidas de un flojo o de un "descontento" que acciona así para engañar. La disciplina es también afirmadora del alma y preparación para la perseverancia en la acción dura, temeraria, hasta heroica, para los esfuerzos extraordinarios y las tensiones de la lucha que desarrolla la guerra total. Esta disciplina debe apoyarse sobre un conocimiento racial que se une íntimamente al amor al pueblo y a la patria. La disciplina debe contar con la voz del alma del pueblo y con el sacrificio de la vida mortal del individuo en aras de la vida inmortal de la comunidad popular. Las particularidades anímicas de nuestro fondo racial exigen el libre consentimiento, es decir la iniciativa en la acción, y el conocimiento de Dios asigna a cada uno los deberes más duros para asegurar la conservación de la comunidad popular. El tomar en consideración el fondo racial tradicional así como la experiencia del conocimiento de Dios que le son propios, corresponde exactamente a lo que el combate reclama del combatiente, y es la base de la disciplina, que da a la tropa una indestructible resistencia. Es la disciplina y no el juramento lo que liga a la tropa. Lo que sucedió en el ejército alemán el 9 y el 10 de noviembre de 1918, no deja ninguna duda sobre el valor de los juramentos y sobre la necesidad de dar al ejército otra clase de fundamento moral. El conocimiento alemán de

Dios actúa de una manera creadora en todos los campos de la vida. La cohesión del pueblo y la disciplina que la guerra total exige, reposan sobre él.

Durante la guerra escribí: el espíritu crea la victoria.

Hoy en día, al advertir cuánta preocupación causa en todos los países la instrucción y el equipamiento del ejército, yo escribo: un alma naturalmente fuerte en un cuerpo robusto crea la victoria. El conocimiento alemán de Dios da un alma fuerte y preserva el cuerpo.

La educación militar debe tener en cuenta estas características del fondo racial y mantener despierta el alma del pueblo. Debe poder continuar lo que la casa paterna y la escuela han comenzado. Si éstas han cumplido con su deber, la educación racial del soldado se realizará por sí sola. En ese momento reinará la luz sobre el fondo racial tradicional, sobre sus particularidades anímicas, sobre el alma racial del pueblo inmortal y sobre los deberes de cada uno frente a sí mismo y frente a la comunidad. Hoy en día esta clase de educación no ha sido aún establecida en todos los estados. Muchos ensayan, para alcanzar este fin, educar a las juventudes en un adiestramiento militar estandardizado, destinado a las masas. Que lo ensayen. Es posible que esos métodos convengan a los pueblos desunidos por la doctrina cristiana, y sean adecuados, ante todo, para dar a la juventud el sentido de la vida comunitaria y hacerle comprender cuáles son sus deberes hacia la comunidad popular del estado. Los adolescentes sanos de cuerpo y de espíritu que gozan de un desarrollo fuerte y libre, arraigados en el pueblo del estado, capaces de reconocer a los enemigos de la comunidad con los propios defectos de su raza, así como el conocimiento alemán de Dios lo exige necesariamente, satisfarán en su mayor parte bien las tareas del servicio militar, es decir, mejor que los de las generaciones precedentes, las de aquellos edu-

cados en masa y privados de personalidad. Mucho más que éstos, ellos serán aptos para la iniciativa en las acciones necesarias. No es deseable ensayar su formación militar en plena juventud en detrimento de sus cualidades originales. Si encuentran aquí o allá algunas dificultades para aprender la técnica, no tiene ninguna importancia. Su fuerza anímica les permitirá ser superiores en la acción.

Me aflige ahora todo lo que fue descuidado en el viejo ejército respecto al reforzamiento del sentimiento comunitario en el joven soldado. Una vez cumplido el servicio militar, los reservistas eran abandonados a su suerte, sin ningún antídoto racial, desamparados ante los efectos destructivos de los elementos hostiles a la comunidad popular.

Cuando me preocupo de los medios empleados para dar una instrucción patriótica durante la guerra mundial, no puedo sino asombrarme de la fuerza que el alma del pueblo demostraba tener en el soldado alemán para permitirle resistir tan largo tiempo a privaciones inauditas, a los esfuerzos más penosos, a los combates incesantes y a las tentaciones de los "descontentos". No dudo que sea fácil mantener despierto en el soldado alemán, como en el hombre alemán en general, el sentimiento profundo de salvaguardar, a riesgo de la propia vida, la vida del pueblo inmortal. Ningún estado debería renunciar, por la formación de la disciplina de la gente joven, a despertar el alma racial en la experiencia específica de Dios, a mantenerla viva y alerta en el pueblo y particularmente en el soldado durante el servicio activo y ulteriormente en la vida civil.

Es inútil recalcar que no puede obtenerse la disciplina sin acompañarla de la subordinación y de la obediencia militar.

En la guerra total, la disciplina será sometida a las más duras pruebas. Por ello deberá ser cuidadosamente observada en el ejército y sobre todo aplicada a los hombres de la reserva. Es extraño que el oficial, incluso en campaña, no haya reconocido su importancia y que no haya tomado urgentemente las medidas para su mantenimiento. Los bagajes de la flota inactiva, demorados en los puertos del país y las formaciones de reserva relajaban su disciplina bajo la influencia del interior, y muy a menudo se toleraba la inobservancia de las más simples reglas disciplinarias. No se comprendía ya la importancia de la acción de los "descontentos" en la misma forma en que no se comprendía ya más la importancia de la acción de la disciplina. La elección del personal instructor en las formaciones de reserva no hizo más que contribuir a esta incomprensión. En la guerra total, no solamente se trata de reforzar la disciplina de las unidades combatientes, sino también preservarla en las unidades alejadas del enemigo para mantenerlas fuera de la acción disolvente de los "descontentos". En tiempo de guerra, es decir, en plena lucha por la conservación de la comunidad popular, una rápida sanción, neta e implacable a base de leyes excepcionales, es indispensable contra las infracciones a la disciplina.

La disciplina mantiene la cohesión del ejército; ella es la que le permite realizar sus acciones brillantes. Ella garantiza al ejército una acción voluntaria unida y ella es la que integra a cada hombre con el todo. Si la acción individual de la que he hablado es una excepción, en ésta es cuando se caracteriza la esencia misma de la disciplina militar, porque es en las horas de extrema tensión que hará falta sufrir, que ella deberá hacerse valer. La disciplina deberá ser exigida no solamente al "soldado desconocido", sino también a todos sus superiores, incluso, y

con más razón a los generales, que se encuentran bajo las órdenes directas del mariscal. Ellos deben demostrar no menos disciplina, no menos sumisión, incluso aunque, por otra parte, deban mostrarse capaces de acciones individuales provenientes de resoluciones voluntarias. A ellos también les incumbe encontrar el término medio entre la disciplina en la subordinación y la disciplina en la iniciativa individual. De esto hablare más tarde.

En tiempo de paz, las clases se suceden en el ejército; los suboficiales y los oficiales quedan. Ellos constituyen los cuadros profesionales que mantienen la tradición del ejército, son los educadores de la tropa y sus jefes en tiempo de guerra. Nada deberá cambiar cuando el cuerpo de oficiales y de suboficiales sea reforzado con las reservas. Algo que hace la carrera de los oficiales y suboficiales tan grave e importante es su educación en las escuelas especializadas. Los cuadros deben ser modelos de carácter, poseer las cualidades militares por excelencia y llevar una vida ejemplar. Desde que empiezan a silbar las primeras balas caen sobre ellos las miradas de los soldados. La confianza que ellos inspiren a sus hombres será la prueba de que ellos han comprendido bien el alma del soldado y que lo han dirigido por el buen camino, de que ellos han preferido a su propio bien el de sus subordinados, que han desarrollado adecuadamente la instrucción y han aplicado la disciplina con justeza, calma y severidad. El resultado de todo lo dicho será siempre la confianza.

El suboficial debe demostrar ser un hombre y un soldado a toda prueba. Ello le asegurará la estima de sus subordinados, con los que vive tan íntimamente unido.

Desde ciertos puntos de vista, el oficial lleva una existencia más fácil, pues vive aparte; pero su misma posición implica una responsabilidad más amplia que la del suboficial. El oficial ejerce una supervisión tanto mayor cuan-

to más alto es su grado y se ocupa de los principios de la educación y de la instrucción del soldado y de la tropa. En la época de los ejércitos populares y de la guerra total, el oficial no podrá satisfacer íntegramente todos sus deberes si no ha tomado conciencia clara de los fundamentos de la cohesión de un pueblo, si no ha reconocido la importancia de la disciplina y si no está sólidamente arraigado en la vida racial y si no conoce el carácter particular del alma del soldado y del pueblo. Esto es lo que faltaba en los antiguos cuerpos de oficiales que vivían a distancia del pueblo. El espíritu de la época de preguerra se oponía a que tuvieran una concepción populista y racial en lugar de una manera de pensar solamente monárquica y nacional. La guerra ha demostrado elocuentemente que ello era insuficiente. El honor del oficial no es un honor profesional, un honor particular de una clase que sólo lo obliga cuando viste el uniforme. No hay más que un solo honor, que es el de todos los miembros de la comunidad popular, hombres y mujeres. El honor del oficial es el de ser a la vez modelo cívico, educador y jefe de sus hermanos de raza en la lucha por la conservación de la comunidad popular, y su deber es el de cuidar de satisfacer de la mejor forma posible esta eminente y digna tarea. Para esta obligación vive por propia decisión, y no para "hacer carrera".

El oficial llegará así, no solamente a comandar a los soldados, me atrevo a decir, sin el dominio del automatismo militar, sino a ser amo de su alma y convertirse en su verdadero jefe. Si fuera de otra manera, la tropa no podría resistir todas las exigencias de la guerra total. El arribismo mina ya desde tiempo de paz la constitución moral del cuerpo de oficiales, y por consecuencia, la del ejército.

Lo que acabo de decir de los oficiales y suboficiales del ejército es igualmente válido para ciertos cuadros de oficiales y suboficiales especializados que manejan, por ejem-

plo, el material de artillería, o que, en la flota, dirigen el funcionamiento de las máquinas de los buques de guerra. Igual para los oficiales y suboficiales de los cuadros sanitarios que deben velar por la salud del ejército y por el restablecimiento de los enfermos y los heridos, así como para los diversos funcionarios de la administración de las cajas de tropas y las administraciones del comando. Aunque no conduzcan a los soldados bajo el fuego, tienen la alta responsabilidad de la capacidad combativa de las tropas, y, por lo tanto, de su disciplina, en la medida en que ellos tienen que velar por su salud y su abastecimiento.

Grandes perjuicios ocasiona un oficial que no se ocupa concienzudamente del tratamiento de los heridos, de su regreso al frente, de su reclutamiento, lo mismo que un funcionario de la administración que cuida poco del abastecimiento, que no muestra toda la vigilancia requerida en las compras. El ejército no es una organización mecanizada; es un organismo que debe vivir y mantenerse sano, que da muestras inmediatas de todo síntoma de enfermedad, de descomposición, síntoma que actúa de una manera devastadora sobre la cohesión anímica del pueblo.

El número, la instrucción y el equipo son las formas exteriores de la fuerza de un ejército, pero solamente su constitución anímica y moral son las que le dan la fuerza para estar realmente a la altura de las exigencias de una guerra total, de una manera duradera.

Capítulo V

LOS ELEMENTOS DE LA FUERZA ARMADA Y SU UTILIZACIÓN

Por ser la tarea de la fuerza armada derribar al enemigo, conviene repartirla en tres fracciones, para hacerla a la vez móvil en tierra, en el mar y en el aire. Ahora bien: el valor de cada una de estas tres fracciones principales, ejército de tierra, marina y aviación, es apreciada en forma diversa por los diferentes estados. Inglaterra da particular importancia a la marina y a la aviación, mientras que Alemania hace jugar un papel más importante al ejército de tierra y a la aviación para una guerra total. Esta importancia respectiva de las distintas fracciones depende también de cada estado, de la situación geográfica del país, de la formación de sus costas, de sus relaciones comerciales con el exterior y de sus posibilidades estratégicas. La eficacia de la aviación con relación a la del ejército de tierra y de la marina, es estimada en forma diferente, pero gracias al perfeccionamiento de los aparatos y a su posibilidad

de influir sobre el resultado de una guerra [1], por su utilización contra los centros económicos y la población del país enemigo. La importancia de esta arma, desde todo punto de vista inapreciable en las operaciones de reconocimiento, no cesa de crecer. El Estado Mayor debe poder disponer, además de un ejército fuerte, de una flota y de una aviación igualmente fuertes. La aviación debe ser fuerte, y esto tanto más cuanto el adversario perfeccione la suya por su parte. Pero la fuerza de esta arma tiene también sus límites de orden técnico y financiero. Su utilización depende siempre de las condiciones atmosféricas, mientras que el ejército puede operar bajo cualquier situación climática, y sólo una niebla espesa puede impedirle combatir.

En las guerras entre estados continentales, el resultado de los combates es decidido en la tierra. Los ejércitos adversarios luchan cada uno arduamente por alcanzar la victoria. En ese caso, la aviación —independientemente de su acción de exploración—, debe intervenir de inmediato para obtener la victoria, pero su capacidad de bombardeo es de importancia secundaria en comparación con la potencia de fuego del ejército de tierra. Ahora bien, para alcanzar la victoria sobre el enemigo, es indispensable una muy fuerte capacidad de bombardeo. Ningún general pue-

1 Sin duda que el bombardeo de la población de ciudades abiertas, no se halla de acuerdo con los usos de la guerra prescritos por el derecho de gentes. Sólo se tolera el bombardeo de los habitantes de las plazas fuertes. Pero en la lucha por la vida, un pueblo no podrá reconocer los procedimientos con los que el enemigo lucha contra él; así, la destrucción de la industria enemiga es perfectamente legal. Es inevitable que, por esta causa, la población civil sufra, como lo es, por otra parte, como causa de las operaciones militares.

de imaginar que pueda ser posible vencer sólo bombardeando desde un avión a la población enemiga, por impresionantes que puedan ser los efectos de ese bombardeo. No es un hecho del todo seguro, en razón del progreso de los medios antiaéreos, y en razón también de las condiciones atmosféricas, que los aviones puedan siempre alcanzar sus objetivos. La guerra es una realidad y no teoría, realidad que demanda, ante todo, la derrota del ejército enemigo, pues solamente un ejército victorioso podrá, con la cooperación de su aviación, actuar eficazmente en el país enemigo, detrás de las espaldas del ejército vencido. De esta manera, para los países continentales, todas las posibilidades de la fuerza residen en el ejército de tierra. He aquí, primero, una aserción fundamental.

La unidad estratégica del ejército será la división de infantería: ésta comprenderá tres, a veces cuatro regimientos, compuestos cada uno de nueve batallones o más, de los que cada uno comprende tres compañías provistas de fusil a cargador automático y ametralladoras livianas. La división comprenderá igualmente una compañía de ametralladoras pesadas, diversas formaciones de ametralladoras independientes de las unidades y también una compañía de lanzaminas. Mucha munición de infantería así como también granadas de mano, deberán ser transportadas por los hombres, y otras en camiones [1].

En artillería, las divisiones de infantería transportarán nueve o más baterías de cañones livianos y de obuses de

[1] Estas indicaciones, como las que siguen, sobre la composición del ejército y de sus unidades, bastan para el fin que me he fijado. Muchos asuntos, como el de la motorización general (no solamente la de la artillería) y la asignación a las unidades de infantería de cañones de campaña y antitanques, están a punto de ser resueltas.

campaña, comprendiendo cada una cuatro piezas[1], y a veces también piezas de calibre más pequeño, que deberán ser empleadas durante el ataque de la infantería. También habrá piezas más pesadas, probablemente cañones de 10 centímetros de calibre y obuses pesados de 12 a 15 centímetros, asi como también cañones antiaéreos y antitanques, todos provistos de abundante cantidad de munición y transportados sobre numerosos camiones.

Una división de infantería dispondrá, además de algunos efectivos de caballería provistos de ametralladoras y también de tanques[2]. Podrá ser acompañada por un destacamento de aviación, por una brigada de informaciones provista de emisoras telegráficas y de radio. La división comprenderá igualmente una o dos compañías de tropas de ingenieros, y, puede ser, quizás, algunas formaciones especializadas en diversas funciones. Hará falta asignarle algunas columnas de tren para asegurar el funcionamiento de los convoyes de abastecimiento, de municiones, de combustibles y lubricantes. Tendrá brigadas móviles de panadería, ambulancias, tropas de enfermeros, etc.

Estas divisiones estarán formadas por las unidades del ejército en tiempo de paz o se compondrán de contingentes de la reserva a los cuales se les dará como núcleo cuadros importantes del ejército de tiempo de paz. Como estas divisiones de reserva tendrán las mismas misiones a cumplir que las otras, deberán estar formadas y equipadas de la misma forma. No deberá prestárseles menos aten-

[1] El tiro de estos cañones sigue una trayectoria horizontal, y el de los obuses, una trayectoria curva. Los primeros alcanzan su blanco de frente y los segundos desde arriba.

[2] Los carros blindados son a menudo de diferentes tipos, incluso dentro de un mismo ejército.

Ver el manual de Heige sobre los tanques (Lehmann, Munich, 1935).

ción que a las otras formaciones, cosa que constituyó uno de los errores más lamentables del Estado Mayor en la preguerra.

Esta unidad estratégica será concentrada en cuerpos de ejército, a los cuales se podrá subordinar inmediatamente formaciones provenientes de las divisiones, en especial columnas y trenes. Los destacamentos de comunicaciones especiales, como asimismo las tropas de aviación, serán puestos a disposición del Alto Mando.

Para conducir con éxito las operaciones de menor envergadura, tales como las de protección, de cobertura, se formarán distintas clases de brigadas de Landwehr y de Landsturm (reserva del ejército territorial), brigadas que provendrán de las clases más antiguas. Igualmente, para estas tropas se necesitará un equipo indispensable para la ejecución de sus operaciones respectivas. Los hombres de estas agrupaciones llevarán consigo víveres para algunos días. Otras provisiones, como el forraje, del que se necesitará posteriormente, serán transportadas en camiones. Se tendrá cuidado de reglamentar la organización del material sanitario destinado a los primeros auxilios. En esta forma o en otra, pero con el sentido con que estoy haciendo este esquema, sobre el que tendremos que insistir, se tendrán que organizar los otros elementos de la fuerza armada que enumeraremos más adelante.

Conviene subordinar a estas unidades de infantería divisiones de caballería que comprendan algunos regimientos provistos de varias baterías. En la mayor parte del país, estos regimientos están motorizados al grado máximo, y, en principio, provistos de numerosas ametralladoras e importante cantidad de municiones. Las secciones motorizadas disponen de carros blindados livianos y de camiones

destinados al transporte de hombres, de ametralladoras y de municiones.

Por otra parte, diversos estados han formado tropas provistas de carros blindados pesados, de tanques de varios tipos y con blindajes de diversos espesores. Tales formaciones de carros son capaces, gracias a sus orugas, de pasar obstáculos y tomar por asalto las posiciones fortificadas.

No se podría precisar aquí en qué medida, los esfuerzos por desarrollar la motorización han conducido a la creación de unidades transportadas en motocicletas o en camiones, formaciones que han mantenido, por otra parte, su carácter de infantería. El desplazamiento de esas formaciones presenta el inconveniente del transporte de caballos destinados a los suboficiales, así como otros aparatos destinados al combate.

Los ejércitos disponen también de una artillería pesada y de una artillería pesada motorizada, constituida, sin duda, por cañones y baterías de obuses y, según las posibilidades, de un destacamento de artillería de campaña, subordinado a las tropas regulares de las divisiones. Quizás algunos sueñan emplear los cañones de gran calibre montados sobre rieles. Hace falta asignar brigadas provistas de proyectores y de lanzallamas, tropas de ingenieros, brigadas de comunicaciones y destacamentos armados para sostener un sitio, y, por fin, tropas destinadas al combate con gases.

Las tropas que acabo de enumerar estarán agrupadas en ejércitos, y estos ejércitos reunidos en grupos de ejércitos, de los cuales dispondrán los comandos de destacamentos de patrulla y de comunicaciones, así como también de cañones antiaéreos y numerosas formaciones de retaguardia. El alto comando del ejército deberá también asegurarse de los equipos de camineros, que velarán por el buen funciona-

miento de los convoyes y la viabilidad de todo el equipo suplementario convertido es indispensable en las diferentes ramas, el abastecimiento y el cuidado de los heridos. Estos equipos serán los órganos de enlace entre el ejército y la retaguardia, y permitirán a los ejércitos llevar una guerra con éxito, una guerra caracterizada por combates particulares y marchas de larga duración. Además, cuando se entre en país enemigo, el servicio de ferrocarriles será confiado a las formaciones adiestradas especialmente para ese fin.

La aviación deberá poseer aviones de bombardeo y otros aviones pesados destinados a operaciones especiales como el transporte y desembarco de pelotones armados detrás del frente enemigo. Comprenderá además, aviones livianos, de caza y de observación. Numerosos aparatos, también los de observación, serán equipados según sus dimensiones, con armas destinadas al combate aéreo y terrestre, desde el fusil de repetición hasta el cañón de pequeño calibre, sin olvidar la ametralladora liviana. Estarán provistos de paracaídas para permitir a sus ocupantes saltar de los aviones alcanzados por el fuego enemigo o averiados de alguna otra forma. La superficie de los aparatos deberá estar protegida, hasta donde sea posible, contra el fuego enemigo. Por último, los aviadores podrán llevar material de propaganda para sembrar en territorio enemigo.

La flota aérea se dividirá en grupos de varios aviones que deberán ser reunidos en escuadrillas, las cuales a su vez estarán agrupadas en unidades más importantes. Los aparatos deberán ser mantenidos bajo hangar en aeródromos con reservas de combustible subterráneas. Estos aeródromos necesitarán instalaciones de defensa antiaérea y deberán ser protegidos por un equipo motorizado que será encargado de la instalación de las nuevas bases no lejos de

las tropas y de transportar los refuerzos así como el combustible destinado a los motores rápidos.

La marina dispondrá de naves de guerra de 35.000 toneladas, de acorazados de 10.000 tonaladas y de cruceros más livianos de un desplazamiento de 6.000 toneladas, de cruceros auxiliares (barcos mercantes viejos), destructores, torpederos, submarinos, sembradores de minas y dragaminas, portaaviones, etc. Todos los barcos serán construidos de manera que puedan permanecer en el mar por largo tiempo. Además, deberán asegurarse el contacto con los puertos para el abastecimiento de bagajes y víveres, material y combustible, a menos que los barcos hospitales, los barcos cisternas u otros barcos de abastecimiento no sean quienes aseguren las relaciones con los puertos.

Los buques de guerra serán provistos, proporcionalmente a sus dimensiones, de cañones de tiro rápido desde el de más pequeño al de mayor calibre y cañones antiaéreos. Los cañones serán manejados de tal suerte que la concentración de fuego pueda ser operada de la manera más favorable (desde los flancos del buque) y también de tal manera que el fuego proveniente de las piezas pueda ser concentrado hacia la proa o hacia la popa de la nave. Los buques de combate poseerán además, dispositivos especiales para los torpedos.

Aparte de los cruceros, que deben efectuar sus misiones particulares durante la guerra; los submarinos habrán de asumir por sí mismos la guerra submarina, y los buques de guerra serán agrupados en escuadras y flotillas, y en flotas de mayor envergadura. Estas flotas se compondrán de naves de combate, de cruceros grandes y pequeños, de destroyers, de torpederos y de submarinos.

Al igual que el ejército de tierra, la marina dispondrá de escuadrillas de aviación, sea sobre los buques portaavio-

nes, sea con base en tierra, aparcadas en los aeródromos.

Todas las formaciones del ejército y de la marina, especialmente las formaciones de combate, estarán provistas de máscaras antigás.

Todos los elementos que componen la fuerza armada (ejército de tierra, marina y flota aérea) deberán poseer tropas de recambio en el interior del país, y todo estará organizado de tal manera que siempre les sea posible obtener nuevos efectivos en la retaguardia.

En el interior del país, la fuerza armada dispondrá, además de las formaciones de defensa antiaérea, de puestos de proyectores y de obstáculos aéreos destinados a proteger ciertos puntos importantes, así como la población civil.

Por último, la fuerza armada dispondrá de estaciones radiofónicas que le permitan transmitir sus comunicaciones y difundir su propaganda.

El reclutamiento de la fuerza armada será enorme. Todos estos elementos no serán llamados directamente al combate, pero todos servirán en común para quebrar la resistencia del enemigo, y, especialmente, para aniquilar al adversario, gracias a la acción decisiva de la lucha librada sobre el campo de batalla.

El resultado de las batallas decide el resultado de la guerra. La batalla es la acción más importante de la guerra. En ella deben ser empeñadas todas las tropas de combate, y toda su potencia de combate desplegada para alcanzar y derrotar al enemigo. La utilización de tropas durante la batalla y la organización de ellas será cosa por demás simple si el enemigo no dispusiera, por su parte, de armas de fuego análogas capaces de lanzar proyectiles devastadores a grandes distancias. Pues no se trata solamente de vencer al enemigo, sino también de conservar las propias fuerzas.

Después de la invención de la pólvora, la eficacia de los

proyectiles no ha cesado de crecer. Al principio se empleaban las balas macizas, luego se comenzó, poco a poco, a servirse de granadas, es decir, de obuses llenos de municiones y pólvora y provistos de un detonador para producir la explosión de la pólvora y producir destrucciones en la tierra, en las murallas o en los flancos de una nave. Las carcasas del obús volaban en esquirlas y estas esquirlas actuaban a su alrededor. Otras clases de obuses penetraban los materiales protectores y rompían las corazas. A partir de este mismo principio, se fabricaron obuses cuyos detonadores estaban arreglados de tal modo, que era posible hacerlos explotar en cualquier punto dado de su trayectoria. Las balas de plomo contenidas dentro del obús eran proyectadas y batían el blanco desde lo alto. Hoy en día, los obuses son extraordinariamente perfeccionados: los que son fabricados en estos momentos pueden traspasar las paredes más espesas de los acorazados, o bien, una vez alcanzado el blanco, explotar y actuar, sea por la acción de esquirlas, sea por la liberación de los gases que ellos contienen. Otras granadas explotan en forma rasante, batiendo sus esquirlas el terreno a su alrededor en forma horizontal. Ciertos obuses, los Schrappnells, por ejemplo, han sido perfeccionados, y pueden ahora explotar en el aire.

Las ametralladoras y los fusiles actúan por sus golpes aislados.

Las granadas de mano, las minas, los lanzaminas, las minas subterráneas y los torpedos, son del mismo efecto de los obuses. Las bombas aéreas son sobre todo eficaces por sus explosiones, y, en particular, por el gas que liberan.

La explosión y la liberación de gas tienen a menudo un efecto incendiario. Este efecto incendiario constituye la acción principal de ciertas bombas.

Los lanzallamas actúan por el fuego y el humo que pro-

ducen, y el gas por el envenenamiento de las mucosas y los pulmones.

Las distancias a las cuales actúan o pueden ser llevadas a actuar las armas son a veces extraordinarias.

Recordemos que antes, y hasta al principio de nuestra era, los adversarios luchaban en combates cuerpo a cuerpo, con clavas. Pero desde esa época, combatieron sirviéndose de arcos, flechas, lanzapiedras, largas jabalinas, tratando de obtener superioridad sobre el adversario. Los lanzapiedras eran puestos en acción a distancias ya bastante grandes, durante los asedios de las fortalezas. Recordemos que en la Edad Media, después de la invención de la pólvora y de las armas de fuego, los adversarios comenzaron a enfrentarse a distancias más grandes que en los siglos precedentes, pero ese alejamiento era todavía inferior a cien metros, tirando los hombres en fila alineada. Fue gracias al perfeccionamiento de los cañones, de los fusiles y de las municiones, que los adversarios pudieron poner distancias más grandes entre ellos. A fines del siglo XVIII, se comenzaron a formar destacamentos de tiradores que tomaban como abrigo los repliegues del terreno.

Recordemos, por fin, que no fue sino hacia mediados del siglo pasado, luego de la introducción de las armas con cañones rayados, y gracias también a las mejoras aportadas en la fabricación de la pólvora y los obuses, que el alcance del tiro comenzó a crecer sin cesar, y que no fue sino en las últimas decenas de años que se logró alcanzar las distancias de tiro actuales. Esto dio como resultado un agrandamiento de las zonas de combate y —mucho más tarde, por cierto— una mayor extensión de los frentes y una variedad de nuevas formas de combate.

Las piezas de grueso calibre de la marina pueden obtener alcances de veinte a treinta kilómetros; las del ejército de

tierra son de menor alcance, excepción hecha de ciertas piezas especiales. Los cañones de las tropas divisionarias tienen, en la artillería pesada, un alcance de 10 kilómetros y más, y en la artillería liviana, de 10 kilómetros o menos. Los fusiles y las ametralladoras llegan hasta los 2.000 metros, y los lanzaminas tienen un alcance menor: apenas cien metros. Los torpederos pueden mientras tanto, bombardear a una distancia de 10 kilómetros (dependiendo de la elección del punto de lanzamiento) [1].

Está claro que los efectos decisivos no pueden ser logrados a largas distancias (excepción hecha de las bombas lanzadas por los aviones), pero cuanto más pequeña sea la distancia, más seguridad habrá de batir el blanco deseado. Así será que en el agua o en el aire, adonde ningún obstáculo se interponga entre los adversarios (excepto nubes, niebla o perturbaciones atmosféricas, o en el mar, de la curvatura terrestre), el tiro a las más largas distancias asegurará el máximo de ventajas. En tierra, la cuestión se presenta en forma diferente. Las formaciones del terreno, las ondulaciones, la vegetación, ofrecen siempre al adversario un abrigo que lo disimulará y que hará inútil el tiro a largas distancias. Por el contrario, los aparatos de observación, los gemelos, los globos cautivos y los aviones, permiten desarrollar las posibilidades del tiro a larga distancia. En cualquier lugar en que se encuentre, en tierra, en el mar o en el aire, el combate se empeña siempre a partir de las mayores distancias entre los adversarios, aproximándose desde allí para aumentar la eficacia del fuego y empeñar todas las armas, lo que creará una zona de combate de varios kilómetros de profundidad.

[1] Estas afirmaciones son de orden general. Agregaría que los lanzallamas no actúan más que operados a corta distancia y que el gas se desparrama a flor de tierra sobre una distancia de varios kilómetros en la dirección del viento.

En esta zona, los lazos entre las formaciones se relajarán, las unidades avanzarán dispersas, como ya lo he demostrado, hasta que los hombres de la infantería o los encargados de las ametralladoras livianas se vean obligados a no contar más que con su propia iniciativa. Entonces, los soldados que ponen doce minutos para hacer un kilómetro, deberán aproximarse a costa de las más grandes dificultades bajo un fuego continuo. No podrán llegar sino cuando las armas enemigas se vean reducidas a la impotencia, lo que la resistencia del enemigo tratará de retardar, necesariamente. De esa manera, el combate terrestre exigirá un largo tiempo, a veces varios días. La intervención de carros blindados de gran velocidad nada cambiará. En el aire, los aviones se encontrarán a una velocidad de varios centenares de kilómetros por hora. Sobre el mar, las flotas se aproximarán a una velocidad de 20 millas marinas[1], es decir, de 37 kilómetros por hora. De ahí los diferentes aspectos del combate, según tenga lugar en tierra, en el mar o en el aire. Tendrán siempre en común el hecho de que se tratará de llegar a una intensidad de tiro superior a la del enemigo.

Para llegar a obtener una potencia de fuego superior a la del adversario, se tratará de empeñar todas las armas disponibles. En el ejército de tierra se llegará a ello desplegando las tropas sobre un amplio frente, y en la marina, alineando las unidades combatientes en una larga fila. En tierra, con los enormes ejércitos de que se dispone hoy en día, se establecerán frentes semejantes a los de la gran guerra. Pero hasta estos amplios frentes tienen sus límites. En el interior de una división de infantería, por ejemplo, es necesario mantener la posibilidad de que la infantería pueda ser apoyada por la artillería de la división; lo mismo ocurre para la marina y la aviación, en las que es necesario,

[1] Una milla marina es igual a 1.852 metros.

durante el transcurso del combate, asegurar la posibilidad de una concentración de fuego de varias naves y aviones sobre un mismo blanco. Es por la concentración de la potencia de fuego de todas las armas, desde el cañón de más grueso calibre hasta el fusil, que se llegará a alcanzar la superioridad de fuego en el momento decisivo. Pero esta concentración no será posible si no se logra oponer al enemigo, no solamente cañones pesados, sino también todas las demás armas, hasta los fusiles. Llegará un momento en que los adversarios estarán al alcance de su tiro recíproco. Es, por lo tanto, difícil llegar a esta superioridad por la lucha de hombre contra hombre y frente contra frente.

Salta a la vista que las circunstancias son más favorables a la concentración de fuego cuando se puede tirar sobre el enemigo desde varios lados a la vez, es decir, atacándolo por medio de un movimiento envolvente mientras él mismo no pueda volverse más que hacia un solo lado. Hará falta, pues, ensayar el ataque, no sólo frontal sino a los flancos y la retaguardia, y desde arriba por medio de los aviones.

Una buena estrategia, una táctica hábil, consiste en provocar tales situaciones sobre la tierra, en el mar o en el aire, en las batallas grandes y en las pequeñas, explotando los errores del enemigo. Esto fue lo que se produjo en la batalla de Tannenberg, que probó en qué forma estos métodos nos permitieron ahorrar fuerzas [1].

Nuestras pérdidas se elevaron a 12.000 muertos y heridos, mientras que las del enemigo alcanzaron a 120.000 muertos y prisioneros, sin contar los heridos que pudieron evitar ser hechos prisioneros. Las batallas literalmente destructivas tienen una doble importancia: nos permiten batir al ene-

[1] He hablado de esta batalla, poniéndome en diferentes puntos de vista, en las obras siguientes: *Tannenberg*, *Dirne' Kriegsgeschichte vor dem Gericht del Weltkriegs* y *Unbotmaessigkeit im Kriege.*

migo de una manera decisiva, al mismo tiempo ahorrando nuestras propias fuerzas. El método que consiste en pretender atacar el flanco del enemigo sin primero aferrarlo frontalmente es desastroso. El adversario no se quedará inmóvil, volviéndose contra el agresor, es decir que atacará con su frente intacto. De allí seguirá una lucha frontal. En el Frente Oriental, el IX Ejército hizo esta experiencia cuando, a principios de noviembre de 1914, marchó sobre el flanco norte del adversario, el que, viniendo de Varsovia, avanzaba en dirección a Posnan. El IX Ejército quiso reeditar un "super Tannenberg" envolviendo al enemigo en una gran extensión, sin atacar el frente del ejército ruso, como debió haber hecho. El resultado fue que el ejército ruso haciendo un cambio de frente, avanzó rápidamente sobre nuestras tropas y las tomó de cerca. La circunstancia de que atacó también nuestro flanco externo, hizo aún más precaria la situación. Es obvio que ese movimiento de envolvimiento exige un escalonamiento muy profundo a retaguardia del ala envolvente, la que debe efectuar largos desplazamientos. Cuando los enormes ejércitos actuales ejecutan un movimiento envolvente, corren el riesgo de ser envueltos ellos mismos. Esto nos sucedió no solamente en el Este, en 1914, como acabo de mencionar, sino también a principios de setiembre del mismo año en el curso de nuestra marcha sobre París. Nunca se repetirán demasiado las recomendaciones de von Schlieffen: Es necesario fortificar el ala envolvente. A condición, por cierto, de tener suficientes tropas a disposición.

El envolvimiento estratégico, incluso el más amplio, deberá llegar en un momento dado al envolvimiento táctico, y obligar al ala enemiga a replegarse. Por último, si se prosigue el movimiento envolvente utilizando las nuevas líneas, se cortará el camino al adversario que se bate en

retirada. La situación es más o menos la misma si se produce una fisura en el frente enemigo, que es cuando el atacante podrá proceder como lo hicimos en Tannenberg. El objetivo es el de rodear desde un principio las alas interiores del enemigo por medio de una táctica de fuego y movimiento. Luego separar de más en más las alas y agrandar la brecha practicada lo más posible, a fin de poder rodear más completamente el frente utilizando dicha brecha.

En tierra firme, deberá ser posible rechazar al enemigo y procurar formar una brecha en su frente, si no se puede envolverlo, por la acción desplegada de muchas piezas de artillería y de carros de asalto, siempre aprovechando la potencia de fuego de la aviación. Durante la guerra mundial, así, se vio lanzar formidables ofensivas a los aliados en el Oeste y a los rusos en el Este, ofensivas cuyo objetivo era penetrar nuestras líneas. Los ataques del ejército alemán determinaron un importante repliegue del frente enemigo, pero no fueron suficientes para desorganizarlo. Quién sabe adónde habría yo llegado en mi ataque del 21 de marzo de 1918, si hubiera estado informado de la débil posición del enemigo delante del ala derecha del XVIII Ejército, o si el ejército hubiera aprovechado —como hubiera debido hacerlo— ese punto débil del frente opuesto. Los ataques frontales tendrán siempre como corolario grandes pérdidas.

Los adversarios se esforzarán por desplegar una enorme potencia de fuego y cada uno tratará de explotar los lados débiles que le ofrece el enemigo y se cuidará de prevenir los peligros eventuales, escalonando tropas masivas detrás de las alas, y apostando reservas detrás del frente. ¿Cuál de los dos deberá desencadenar la ofensiva y cuál deberá quedar a la defensiva? Esto dependerá de la posibilidad de

asegurarse la superioridad de fuego, siempre que no se renuncie a provocar, por un ataque, la batalla decisiva.

El despliegue más grande de fuego no sería capaz de asegurar la derrota del enemigo. Ésta no se logrará sino tomando por asalto las posiciones del enemigo. Incluso bajo el fuego tronante de Verdún, había hombres que escapaban a la muerte quedando escondidos en los cráteres de los obuses. Es un error creer que la resistencia de un enemigo bravo pueda ser quebrada con el bombardeo. Aunque a veces pueda parecer que exista cierta probabilidad de alcanzarlo, la fase decisiva no llegará hasta el cuerpo a cuerpo, por la lucha de hombre a hombre, de tanque contra hombre o de tanque contra tanque. En el campo de batalla, el hombre de tropa que lleva el asalto, se aproxima dificultosamente al enemigo. Para que llegue, será necesario que sea apoyado por el fuego ininterrumpido y creciente de su propia artillería, cuya misión será la de dominar a la artillería enemiga. Lo hará aproximándose ella misma al enemigo y abriendo el fuego sobre la infantería adversaria. En este momento se impondrá, además, la ayuda de los cañones livianos de campaña. Por último, la infantería deberá apoyarse en las ametralladoras pesadas, las que le permitirán aproximarse a corta distancia del enemigo bajo la protección de un fuego nutrido. Podrá también ser apoyada por los lanzaminas hasta que se haya completado la derrota del enemigo con el combate cuerpo a cuerpo. Luego, como los tanques avanzan más rápido que la infantería, es necesario, cuando se dispone de fuerzas blindadas, hacerlos avanzar hacia la brecha existente. Pero incluso en ese momento, serán los soldados de infantería o los encargados de las ametralladoras quienes deberán chocar con el enemigo. Cualquiera que sea la eficacia de las armas de fuego, es el soldado quien decide el resultado del com-

bate. Lo mismo será en el mar, en el aire o en las guerras submarinas, aunque las condiciones sean diferentes. En todas las circunstancias el atacante debe, bajo un fuego cada vez más violento, aproximarse lo más posible al enemigo.

La guerra total exige una victoria definitiva y ella impone al comandante el deber de atacar con intención decisiva. Digo atacar con intención decisiva, porque en una guerra que se desarrollará sobre muchos y vastos frentes, será desde todo punto de vista imprescindible atacar en todos los puntos a la vez. Hace falta, pues, impedir al adversario que despliegue sus fuerzas. El arte del mando consistirá, en la tierra, en el mar o en el aire, en utilizar la superioridad del número y de los armamentos para formar una concentración de fuerza que ataque al enemigo en su punto más débil y dirija el ataque de manera que la victoria sobre el enemigo lo ponga en derrota.

Es necesario, también, no descuidar las posibilidades que ofrece un ataque brusco, posibilidades favorecidas por el empeño de formaciones motorizadas, capaces de desplazarse rápidamente (estoy hablando siempre de la guerra terrestre), y por los medios de concentrar esas formaciones y de transportarlas con la ayuda de la aviación a la dirección requerida del frente. Las patrullas aéreas enemigas pueden también llevar un ataque por sorpresa, mientras puedan actuar, pues es imposible impedir absolutamente su acción. Puede producirse el caso de que se logre atacar al enemigo por el flanco y retaguardia y rodearlo con la ayuda de formaciones motorizadas y, por último, hacer llover sobre él un diluvio de fuego y de bombas lanzadas por los aviones. Situaciones análogas podrán producirse también en una batalla aérea, en la que se podrá sobrevolar a los aviones enemigos y rodearlos. Lo mismo podrá suceder en las batallas navales. El éxito de las batallas en tierra y en

el mar se verá facilitado por la acción preparatoria de las batallas aéreas, las que habrán ya asegurado la victoria en el aire. Ésta es una verdad evidente. Un ejército enemigo, privado de sus ojos que le permitan explorar la lejanía, será más fácilmente derrotado por otro que aún esté provisto de ellos, tanto más cuanto este último podrá combatir eficazmente desde lo alto, sobre la tierra o en el mar, contra cualquier resistencia.

Los esfuerzos para sustraerse a la potencia siempre creciente del fuego se reconocen tanto en el aspecto desértico del campo de batalla en el que los grupos se dispersan prudentemente, como en el blindaje de las naves de guerra, de los carros de asalto y de los cascos de acero adoptados por todo ejército moderno. De ahí, también, los intentos de enmascaramiento y las nieblas artificiales para envolver al enemigo o para sustraerse de su vista, como lo hacen los tanques y las naves de guerra. De ahí, también, los intentos para atenuar el ruido de los motores, en los aviones y submarinos, ensayos que hasta ahora no han obtenido resultado. La necesidad de sustraerse al fuego adversario ha hecho nacer, por último, la idea del aprovechamiento del terreno y la construcción de abrigos subterráneos. La importancia de los abrigos fortificados se reveló durante la guerra ruso-japonesa de 1904 - 1905. También fue puesta en evidencia durante la Gran Guerra. Pero no olvidemos que la guerra de trincheras, tal como fue practicada, fue sólo una deformación del principio mismo de la guerra, del hecho de que las potencias beligerantes no habían sido capaces de vencer en una guerra ofensiva. En esas condiciones, no podía dejar de producirse una guerra de trincheras. Pero, poniendo aparte este asunto, tanto en la ofensiva como en la defensiva, la tropa combatiente no podrá pasarse sin abrigos subterráneos. En efecto, los abrigos sub-

terráneos representan el medio más eficaz para sustraerse al fuego enemigo y lograr una posición especialmente propicia para poder hacer actuar el propio juego. ¿Será posible construir abrigos contra el fuego vertical de la artillería o contra los bombardeos aéreos? Esto dependerá del tiempo más o menos largo de que se disponga antes de cada bombardeo. Se instalará la mayor cantidad de obstáculos posibles entre las trincheras y las líneas enemigas para proteger a los soldados de los ataques por sorpresa. Pero los carros de asalto no se verán detenidos ni por los obstáculos ni por las trincheras, a menos que encuentren en su marcha fosas profundas de paredes verticales y amuralladas. Pero no les será posible franquear las posiciones alineadas de la línea de fuego [1].

Es ocioso discutir —como se lo ha hecho a menudo y como lo hacía también Clausewitz, y como lo han hecho quizá ciertos teóricos— sobre el asunto de saber si la forma más eficaz de la guerra es la defensiva o la ofensiva, si el arte supremo de la guerra no estaría en esperar el ataque del adversario, dejarlo desgastarse y proceder luego al contraataque. Éstas son especulaciones peligrosas que no dan más que una idea falsa de la gravedad y la simplicidad de la guerra total. Es claro como que dos y dos son cuatro que se derrotará más fácilmente a un enemigo que avanza sobre un terreno descubierto mientras uno se halla ubicado a cubierto, disponiendo de una buena distancia de tiro, mientras que el enemigo se vea dificultado de emplear sus armas como consecuencia de nuestra posición cubierta. En este sentido, la defensa es más fuerte que el ataque, incluso

[1] Durante la guerra, los tanques se han mostrado particularmente aptos para pasar sobre las posiciones enemigas. Lo podían tanto más fácilmente cuanto que los cañones antitanques no habían alcanzado el punto de progreso que tienen actualmente.

en una batalla de gran envergadura. El adversario más débil —o al menos, el que ocupa una posición más débil— elegirá la actitud defensiva, sea aceptando una batalla en la que se pondrá en la defensa, sea luchando solamente para ganar tiempo y detener al enemigo, lo que le será posible con la utilización de armas de largo alcance y el empleo de tropas motorizadas en toda la amplitud del frente. El empleo de armas de largo alcance obliga al atacante a tomar posición desde que se encuentra muy lejos de su enemigo y a preparar el desarrollo de sus fuerzas con vistas al combate. Esto dará lugar a pérdidas de tiempo, tanto más considerables cuanto que el adversario ignorará, muy posiblemente, las intenciones de su enemigo. Si es verdad que nunca se dispondrá de suficientes tropas para atacar, también es cierto que la preocupación de la defensa será la de emplear la menor cantidad de tropas posible. Esta misión defensiva puede ser buena, pero la ofensiva será siempre la forma de combate decisiva, y esto es lo que importa. Ésta es la forma que preferirá hasta el más débil, si el enemigo le da oportunidad. La ofensiva es la expresión imponderable de un bravo sentimiento de superioridad, que confiere fuerza para luchar hasta con un enemigo superior en número.

Ya he hablado de la imposibilidad en que se encuentra el más fuerte de los adversarios para atacar en todo el frente o en todos los frentes, dadas las enormes masas de hombres que serán empleadas en la guerra total. Se verá en la obligación de defender sus posiciones sobre varios puntos y de fortificar, según las necesidades de la lucha, una u otra de esas posiciones. Estas consideraciones demuestran cuán necesario es, ya desde tiempo de paz, establecer posiciones fortificadas y hasta fortificaciones (sin duda menos eficaces en nuestros días) sobre las fronteras, tomando en

cuenta el curso eventual que la guerra puede seguir. Estas fortificaciones están destinadas a obligar a la ofensiva enemiga a inmovilizarse o a proceder a operaciones que puedan ser empleadas en su perjuicio.

El ejército alemán, al no poder avanzar de la línea de fortificaciones francesas que va de Verdún a Belfort, se vio obligado a dar la vuelta por Bélgica. Tuvo que sufrir importantes pérdidas frente a los fuertes de Namur, de Anvers y de Lila. El fuerte de Metz y la línea fortificada del Mosela obligaron al ejército francés a hacer una bifurcación. Esta bifurcación del ejército francés habría podido permitir al Estado Mayor Alemán alcanzar una victoria sobre las tropas francesas que habían invadido la Lorena, si hubiera estado a la altura de su misión. En el Este, la línea del Vístula iba de Thorn a Marienburg. El valor de esta línea fortificada no fue puesto en evidencia durante la guerra, pues el enemigo fue batido cuando ocupaba una posición más al Este. Francia, en la hora actual, ha establecido una línea de fortificaciones en la frontera que la separa de Alemania. Esta medida recuerda el sistema de fortificaciones de la Gran Guerra, cuando el objetivo era inmovilizar al enemigo. Ahora bien, teniendo el Estado Mayor Francés el designio de conducir al ejército francés más allá de esa línea defensiva, le da también el valor de una posición destinada a protejer la retirada del ejército en el caso en que fuera derrotado.

La fortificación de fronteras es un elemento de importancia principal en la conducción de la guerra terrestre, y constituye un apoyo para la fuerza armada. Lo mismo será para las fuerzas navales. Los puertos de guerra fortificados, bases navales, y la construcción de fortificaciones en las desembocaduras de los ríos, aseguran a la flota y a sus unidades la posibilidad de abandonar el puerto con

toda seguridad, dándoles después un fuerte apoyo. Estas fortificaciones preservan a los territorios costeros, en una gran extensión, de los bombardeos de la flota enemiga y hacen más difícil la llegada de las naves enemigas a los puntos importantes. Los puertos fortificados son igualmente útiles para los navíos mercantes y favorecen la continuación de las relaciones comerciales.

En la guerra, bajo sus diversos aspectos, la existencia de fortificaciones y la defensa de posiciones asegurarán el cumplimiento de operaciones de primera importancia. Estas fortificaciones deberán favorecer las condiciones de una batalla decisiva en otros puntos. Ahora bien, es imposible provocar una batalla semejante ateniéndose únicamente a las posiciones defensivas. Hace falta, pues, decidirse a atacar por sí mismo. El ataque será siempre la acción decisiva del combate.

Habrá violentas batallas en que los ejércitos que combaten en tierra serán apoyados por la aviación, pero las flotas no podrán intervenir más que excepcionalmente.

Habrá violentas batallas navales en las que las flotas lucharán en el mar, apoyadas por aviones. A veces las fortificaciones costeras participarán en estos combates y decidirán su resultado.

Por último, se librarán combates entre las escuadrillas de aviones, los que podrán ser apoyados por las baterías antiaéreas del ejército o de la marina.

El objetivo final de todas esas batallas será la derrota del enemigo.

Las unidades combatientes serán encaminadas hacia la zona de fuego por medio de largas marchas o por transportes ferroviarios, navales o aéreos, después de haber enviado a vanguardia patrullas destacadas. Hará falta actuar

de tal modo que las unidades participen en el combate de la manera más eficaz y, como se procederá a la formación de agrupaciones, se necesitará tomar en cuenta el curso probable de los acontecimientos en la medida que se los pueda prever. De todas maneras, la formación de agrupaciones deberá permitir siempre el despliegue más favorable de las fuerzas.

Para estar enterado sobre la situación del enemigo, no se dispone más que de los servicios de espionaje y de informaciones. El perfeccionamiento y el desarrollo de la aviación, su rapidez, el empleo de grupos motorizados en los lugares en que ellos se puedan desplazar, la presencia de naves exploradoras ultrarrápidas, permitirán emplear los medios de información con una perfección desconocida hasta ahora. Esto facilitará por una parte el mando de las tropas, pero por el otro, lo complicará, pues el enemigo, por su parte, dispondrá de elementos parecidos que le permitirán estar al corriente de las medidas tomadas contra él. El combate terrestre, naval y aéreo deberá ser librado con el máximo de energía para impedir la reacción del adversario. Será absolutamente necesario conducir a las unidades combatientes a marchas forzadas hasta la línea de combate. Una vez empeñada la batalla no deberá procederse con apresuramiento. Aunque declaro que no es conveniente conducir una batalla demasiado apresuradamente, no quiero decir que los aviones y los buques no deban dar a sus máquinas toda la velocidad para terminar rápidamente el combate. En la lucha en tierra, es necesario oponer unas contra las otras a las columnas de un espesor de más de 20 kilómetros, alineadas sobre un frente de varios centenares de kilómetros y que no deben marchar más que a una cadencia de 4 a 5 kilómetros por hora y de 25 a

30 kilómetros por día, avanzando lentamente pero sin pausa [1].

El ritmo evidentemente más rápido de las formaciones motorizadas no debe cambiar en nada este método, y esto sobre un frente de varias centenas de kilómetros a la redonda, y empeñarlas en violentos encuentros, a menos que uno de los ejércitos enemigos no ataque y que el otro se defienda. Desde el principio del combate, hay que ocuparse de prever las fases de su desarrollo. Para dirigir todas las unidades concentradas hacia el punto adonde se librará la acción decisiva, se las dispondrá sobre una línea frontal bastante estrecha, prolongando la longitud de las columnas y escalonándolas en profundidad. Por el contrario, en los puntos de donde no partirá ninguna acción decisiva, se ampliarán los intervalos entre las unidades y se disminuirá la profundidad de las columnas. Cualquiera que sea la preocupación demostrada en la preparación de las marchas, éstas no constituirán nada más que el medio necesario para alcanzar el objetivo. Ahora bien, el fin es la victoria decisiva sobre el enemigo, victoria que determinará el fin de la guerra. Por último, se tratará de sembrar el desorden entre las filas adversarias por medio de los ataques aéreos.

El defensor conformará su táctica a la del agresor. Elija una u otra forma de combate, siempre deberá estar listo para utilizar todas sus fuerzas. Para esto deberá mantener en reserva grupos motorizados que puedan desplazarse rápidamente para asegurar los puntos susceptibles de ser amenazados. El defensor activo y consciente se esforzará siempre por provocar una batalla decisiva, atacando y desplegando

[1] En 1914, el ejército alemán en marcha cubría un frente de 300 kilómetros de extensión, desde el Norte de Aix-la-Chapelle hasta Estrasburgo. Otro ejército alemán avanzaba sobre un frente de igual amplitud entre Bruselas y Metz.

superioridad de fuego dirigido contra el punto débil del enemigo.

Mientras el transporte de tropas frescas al frente se efectúa lentamente, el transporte por mar y por aire es rápido gracias a la velocidad de los aviones y naves de guerra. Si bien estas dos armas no utilizan sus velocidades máximas más que en el combate o durante grandes raids, para economizar combustible, los aviones vuelan a 125 kilómetros por hora, velocidad mínima que deben conservar para evitar la caída, y los barcos a 20 ó 25 kilómetros por hora. Pero, como ya lo he expresado, la entrada en combate de estas unidades no tiene lugar sino hasta que se hayan efectuado otros movimientos y hasta que el combate haya evolucionado siguiendo los principios de las unidades de tierra, es decir, la concentración de una muy fuerte potencia de fuego sobre un punto decisivo. Por cierto que la noción de defensa no existe para los combates navales y aéreos. Estos combates no pueden ser librados más que bajo la forma de ataques, más rápidos que los de los ejércitos de tierra. Por otra parte, esto no impide a las flotas combatir de manera continua desde gran distancia una de la otra.

Los medios de comunicaciones de que se dispone actualmente, permiten establecer el enlace entre las unidades de una fuerza armada, asegurar el funcionamiento del servicio de comunicaciones y la transmisión de órdenes (radiotelegrafía, servicio de aviación para la guerra terrestre naval y aérea, telegrafía, teléfonos, automóviles para el ejército terrestre, señales para la flota, etc.), conducir masas importantes y hacerles tomar parte en el combate y asegurar un comando homogéneo. Es necesario evitar, cuando se emplea la radiotelegrafía, que el enemigo capte las

órdenes. Es indispensable el uso de un código secreto cuidadosamente elegido[1].

Es necesario perseguir al enemigo después de un ataque victorioso, terrestre, naval o aéreo y transformar su retirada en derrota. Esto no deberá dejarse de repetir nunca. Pero la orden de perseguir al enemigo "hasta el último aliento", justa y exacta como es, no ha dejado de ser siempre una teoría. Está comprobado que el vencido siempre ha corrido más rápido que el vencedor. El vencido tiene la posibilidad de obligar al perseguidor a detenerse empleando sus medios de fuego, dando al resto de su tropa el tiempo requerido para organizar la retirada. Pero hoy día la persecución es mucho más implacable que antes, por el uso extendido de la aviación y de los medios blindados, que pueden sobrepasar al vencido, atacarlo de flanco y abrirle una brecha. Quizá los obstáculos puedan impedir al atacante cosechar los frutos de su victoria en la persecución: por ejemplo, la unión de las fuerzas enemigas, la acción masiva de sus fuerzas motorizadas, el reclutamiento en masa de la población enemiga.

Por ello, el atacante debería concentrar toda su energía para obtener, con su persecución, una victoria definitiva.

En el mar y en el aire, las grandes velocidades adquiridas por el pleno rendimiento de los motores y de las calderas pueden igualmente asegurar una victoria completa con la destrucción total de las fuerzas enemigas.

Me remitiré aquí a algunas indicaciones sobre el papel del combate y de las fuerzas que en él están empeñadas. No extenderé mi exposición a las diversas formas de combates, como por ejemplo, aquel que se lleva contra una costa enemiga. Por el contrario, voy a precisar la utilización de

[1] Durante la guerra se logró crear una verdadera ciencia para descifrar los códigos secretos.

las fuerzas navales y aéreas que constituyen uno de los factores más importantes de la guerra total. Su acción, más que en las otras fuerzas, no debe llevar a una dispersión a las unidades, destinadas a ser empeñadas en una operación. El empeño de las fuerzas en el combate es de una extrema gravitación para la conducción de la guerra, a menos que el pueblo se encuentre en plena descomposición al principio mismo de las hostilidades, o pueda ver su deber de resistencia impedido por el hambre, como puede suceder con la guarnición de una fortaleza sitiada, pero casos como éstos son indudablemente muy raros.

La acción particular de la aviación se desarrollará sobre las retaguardias del enemigo, y tendrá por misión cortar las vías férreas y las rutas destinadas al transporte de tropas y de abastecimientos y, por otra parte, atacar las obras destinadas a sostener directa o indirectamente las operaciones, y al mismo tiempo, a los obreros que trabajan en las minas y fábricas, así como también a una parte de la población civil del país enemigo encargada de los servicios auxiliares.

Estas acciones contra la industria de guerra enemiga no serán emprendidas sino en los intervalos que dejen libres a las fuerzas aéreas de misiones en el frente. Al Estado Mayor tocará la asignación de esas misiones, no debiendo éste nunca dejar de empeñar el máximo de fuerzas aéreas en el combate. Sólo grandes decepciones pueden aguardar al que se ocupa demasiado del efecto de los ataques aéreos sobre la población civil del país enemigo, en el que la defensa antiaérea puede estar muy bien organizada, o donde el instinto de conservación despertado en el alma popular puede saber responder al ataque con una fuerza inusitada. Pero una vez asegurada la superioridad en el aire,

y una vez derrotado el enemigo de tierra, el objetivo principal de la aviación, es el territorio enemigo.

Al par que el bombardeo de los centros industriales y de la población de un país enemigo será una de las misiones principales de la aviación, será tarea, por el contrario, de la fuerza armada, proteger su propio territorio y su población de los ataques aéreos del enemigo. Habrá que remitirse a medidas sólo estrictamente necesarias: la protección de estaciones de embarque y desembarque, grandes centros industriales o fábricas importantes de material de guerra y grandes depósitos de abastecimiento. Estas medidas podrán ser extendidas a las ciudades más grandes, en las que los medios de defensa antiaérea y un servicio de comunicaciones habrán sido organizados con antelación. Así como es imposible organizar la defensa antiaérea en todos los lugares, tampoco las bombas aéreas llegan a todas partes ni alcanzan siempre su blanco. De cualquier modo el equipo de máscaras antigás no estará de más.

La Marina tendrá también misiones especiales que cumplir. Deberá cortar el abastecimiento de la población y del ejército enemigos. Para estas operaciones no será suficiente el haber conquistado la superioridad de los mares. Para impedir el abastecimiento enemigo, se verán las posibilidades de realizar un bloqueo y el ataque a las naves mercantes por los cruceros y cruceros auxiliares (barcos mercantes antiguos) así como por los submarinos.

El bloqueo económico dirigido contra nosotros tuvo por efecto hambrear al pueblo y debilitar su fuerza de resistencia. Nuestros submarinos no pudieron alcanzar resultados tan decisivos pero lograron retardar considerablemente el envío de material de guerra a Francia y causar muchos daños al abastecimiento de Inglaterra. Su acción se hizo sentir pesadamente sobre el desarrollo de la aviación mili-

tar de los aliados, y en especial de Inglaterra. Los esfuerzos hechos contra la guerra total submarina para impedir que esas naves hundieran a los barcos que penetraban dentro de una zona cerrada y también a los de banderas neutrales, lo mismo que el intento de impedir el bombardeo de las poblaciones civiles de los estados enemigos, no serán nunca más que deseos vanos y generales. Las exigencias de la guerra total así como el instinto de conservación de los pueblos, harán que muy rápidamente se esfumen los deseos teóricos y las opiniones gratuitas ante la realidad del momento. La utilización de submarinos y de aviones ha conferido un nuevo cariz al bloqueo. Su acción esencial consiste en impedir que toda nave llegue a los puertos enemigos. Antiguamente los buques beligerantes se emplazaban directamente frente a los puertos, colocaban obstáculos y sembraban minas. Hoy en día, los aviones y submarinos enemigos los obligan a mantenerse a distancias considerables. Cuando los ingleses, por ejemplo, quisieron realizar el bloqueo contra Alemania, lo hicieron asumiendo el control de los abastecimientos dirigidos hacia Holanda, sembrando minas en los mares alemanes y estableciendo una línea de obstáculos desde el extremo norte de Escocia hasta Noruega. Pero esta línea pudo ser rota por los bravos capitanes alemanes.

La guerra submarina y la guerra de cruceros tenía por objeto atacar a los barcos de la marina mercante. Las naves neutrales pueden ser también atacadas, pero sólo en caso de que transporten mercaderías prohibidas destinadas a alguno de los estados beligerantes o si son descubiertas haciendo contrabando de guerra. La acción contra los submarinos se veía asegurada por naves ultrarrápidas, por aviones provistos de torpedos y por el establecimiento de

obstáculos submarinos y de minas. A los cruceros enemigos se deberán oponer cruceros y aviones.

El bloqueo, como la guerra de cruceros, son métodos de guerra antiguos. En razón del crecimiento de la población de los diferentes países y de la dependencia estrecha que los ejércitos tienen de la industria de guerra (que depende a su vez de la importación de materias primas), el bloqueo puede ser muchísimo más eficaz en nuestros días de lo que lo fue jamás. La falta de víveres y de material de guerra produce, naturalmente, el desaliento en las filas del ejército, y el hambre, como ya lo he demostrado, provoca asimismo la desunión del pueblo.

En el curso de mi exposición de las condiciones de combate entre los ejércitos beligerantes, he llegado a exponer insensiblemente la parte que la población tiene en la lucha de tal modo que puede llegar a constituir uno de los objetivos de la acción militar. De lo que antecede resulta que la población puede ser llevada a participar activamente en la lucha. Es necesario, pues, desarrollar una intensa propaganda para descomponer la cohesión anímica del pueblo enemigo.

Nos queda, por fin, considerar aún una forma de lucha particular: la guerra popular. En 1870-71, esta clase de lucha se manifestó en la "guerra de los francotiradores", librada en forma independiente del comando militar y fuera del ejército, por patriotas franceses que actuaban individualmente o en grupos, vestidos de civil y sin insignias, o sea en contravención al derecho de gentes. Hemos vuelto a ver esta forma de lucha en Bélgica, donde la resistencia fue conducida por una "guardia cívica", sin insignias y sin dirección militar, apoyada por los civiles. Esta lucha tuvo el mismo carácter que la de los francoti-

radores, pero esta vez no fuimos atacados en nuestras retaguardias, sino de frente. Ahora bien, se podrá imaginar una guerra popular, conforme a las leyes y usos de la guerra según el derecho de gentes, aun cuando esas leyes y usos no sean estrictamente observados, como nos lo demostró la última guerra. Al fin de cuentas, es la política del país más fuerte la que decide lo que es "ley y uso" y lo que no lo es. Pero una guerra popular, cuando está dirigida contra las espaldas de un ejército victorioso por hombres que han recibido una formación militar, que llevan insignias militares y responden a un comando militar, se halla perfectamente de acuerdo al derecho de gentes.

La penuria que sufre un pueblo exige tal guerra popular, la que no es posible si el pueblo no ha dado pruebas de la más estrecha y profunda cohesión y de que está resuelto a luchar por su conservación. Los rusos parecían haber previsto la eventualidad de una resistencia popular en Alemania, pues hicieron evacuar a todos los hombres capaces de portar armas fuera del territorio que habían ocupado en la Prusia Oriental. Por ello, al encontrarme yo en el Castillo de Posen en el otoño de 1914, me vi en la obligación de hacer evacuar de las regiones amenazadas por los rusos a todos los hombres y jóvenes aptos. Va de suyo que la guerra popular puede entrañar los peores sufrimientos para toda la población de un país invadido, si el invasor se niega a considerarla como conforme al derecho de gentes.

Múltiples son las formas de la fuerza armada, múltiples también sus modos de participación en la lucha; formidables los combates en los que cada una de las fuerzas adversarias busca imponerse a la otra, combates precedidos y seguidos de largas marchas. Más o menos grande, más o menos profundo el sufrimiento de los pueblos. De la *noche*

a la mañana, pueblos y ejércitos pueden ser llamados a desempeñar tareas semejantes, y en todo momento, pueblos y ejércitos deben estar listos para empeñar su fuerza entera para la salud de la comunidad.

Capítulo VI

EL CUMPLIMIENTO DE LA GUERRA TOTAL

Es un error creer que una guerra debe comenzar por una declaración de guerra. En 1894, el Japón comenzó la guerra contra China y en 1904 contra Rusia con un ataque brusco contra los barcos de transporte y las naves de guerra chinas y rusas. La guerra que libró Inglaterra contra la República de los Bóers comenzó por la invasión de un cuerpo en el territorio bóer.

Las declaraciones de guerra que el canciller del Reich von Bethmann-Hollweg dirigió tan desacertadamente, por un lado a Rusia y por el otro a Francia, en las jornadas de agosto de 1914 todavía están frescas en nuestra memoria. Ella fue la que permitió a la propaganda enemiga dar el grito de unión que debía fortificar el alma de los pueblos adversarios y debilitar la del nuestro. Los pueblos no comprenden las guerras de agresión, pero admiten un combate necesario para la conservación de su propia existencia. En una declaración de guerra, se ven fácilmente inclinados a ver una voluntad de agresión.

Si el pueblo no se ve amenazado, el alma del pueblo no

toma conciencia de sí misma. Así la expresión "amenaza de guerra" ha producido siempre más emoción en el alma del pueblo, al menos del nuestro, que la misma orden de movilización. Lo que entraba igualmente en consideración para el pueblo alemán era que el ejército alemán atacaba en el Oeste, y el pueblo estaba entonces firmemente persuadido de que estábamos haciendo una guerra de conquista, convicción que excluía en él el sentimiento que debía hacerlo luchar por su propia conservación. Estaba tan poco educado en el espíritu militar que no podía comprender que esta guerra defensiva que nos era impuesta, debía ser conducida como una guerra ofensiva, si no queríamos ser destrozados. La tarea más importante en la conducción de la política total –y el Comando en Jefe lo debe tener muy en cuenta– es actuar de manera que el Estado Mayor, como el pueblo, no tenga que sufrir desde el principio de la guerra los inconvenientes extremadamente graves que pueden ser causados, sea por el hecho de la declaración de guerra, sea por el hecho de una población insuficientemente informada. Esto fue lo que sucedió especialmente al pueblo alemán como consecuencia de las declaraciones de guerra de Alemania en 1914 y en los años que siguieron. De esta manera, el pueblo y cada uno de los individuos que lo componen no apoyarían a la guerra con todas sus fuerzas sino a partir del momento en que se hubiesen convencido de que se trata de su propia conservación. Ya he hablado de esto precedentemente.

Cuando la nación decide hacer la guerra, comienza por poner a disposición del soldado, que será quien deberá hacer la guerra, las fuerzas armadas, las fuerzas económicas y el mismo pueblo.

Esto es la movilización, y se realiza luego de prescripciones maduramente meditadas y de trabajos preparatorios

de una precisión escrupulosa que tienen lugar en tiempo de paz y se recomienzan cada año. He encontrado este tema en mi obra *Mi carrera militar* pero ocupándome más que todo de la movilización militar y de su preparación, que comporta el llamado de todas las tropas de reserva, la requisición de caballos, la puesta en pie de guerra de todos los efectivos movilizables, la institución de formaciones militares no existentes en tiempos de paz, la defensa de fortificaciones y la creación de cargos para funcionarios, que, en el interior del país, deben ocuparse de las reservas, de su reclutamiento y de su instrucción militar. Así era como aparecía antes el problema ante mis ojos. Pero los preparativos actuales no se limitan a la cuestión de la preparación de las tropas destinadas al combate, cuestión que ya he tratado; ellos conciernen también, y en proporciones igualmente amplias, a los problemas económicos y financieros y tocan el problema del aprovisionamiento del pueblo mismo. Estos preparativos deben permitir establecer las directivas para ayudar a salvaguardar la cohesión anímica del pueblo, como ya lo he explicado en el capítulo segundo. Se trata, ante todo, de poner al servicio de la guerra toda la fuerza física y anímica de todos los alemanes, en el ejército como en el país mismo. La respuesta que el alma popular dará a esta cuestión, en su voluntad de salvar la comunidad popular, será importantísima. Ella podía demostrar a los "descontentos" que no se les dará ninguna ocasión para actuar o bien, por el contrario, provocaría la acción de éstos, mostrando así al Comando en Jefe si los gérmenes de la desmoralización han podido, después de la movilización, penetrar en el ejército. Se podrá también tener una idea del estado de espíritu popular y la cantidad de hombres que responderán al llamado bajo banderas. Por cierto que los "descontentos"

pueden también filtrarse en las filas del ejército, pero esto es menos probable: siempre preferirán actuar a espaldas del ejército. Recuerdo en qué forma, en 1914, nuestros enemigos habían contado con el sabotaje de guerra por parte de los socialdemócratas y de qué manera se vieron frustrados pues nada de eso se produjo, y de qué modo pudieron anunciar gozosamente, después de 1915, que de nuevo se podía "contar con los obreros alemanes".

Algunas horas después que la guerra esté definitivamente decidida, hará falta que grandes efectivos de aviación, divisiones de caballería y tropas motorizadas, parte de la tropa del ejército y los buques livianos de la flota, especialmente las naves destinadas a luchar contra los barcos mercantes se mantengan aprestados para el combate. Entonces las otras partes del ejército alcanzarán, poco a poco, su movilización. El resto del ejército terrestre, de la aviación y de la flota estarán listos para la lucha en sus guarniciones y en sus puertos de atraque desde el segundo día de la movilización, y todas las formaciones existentes en tiempo de paz así como aquellas destinadas a completar el ejército de tiempo de paz, lo estarán del tercero al quinto día de la movilización; los contingentes de reserva, los de "landsturm" y de la "landwehr", las tropas destinadas al sitio de fortalezas y las formaciones de retaguardia se hallarán listas algunos días más tarde. Al mismo tiempo, se crearán los contingentes de tropas de remplazo[1].

Dado que las fuerzas aéreas pueden alistarse rápidamente, la defensa antiaérea, así como el servicio de comunicaciones aéreas, deben poder funcionar ya algunas horas des-

1 Pongo estas cifras, sólo por la experiencia pasada. Cuanto más fuertes sean los contingentes de paz, más rápidamente será terminada la movilización de las tropas ya existentes. Francia está en camino de lograr que un ejército se halle listo en un plazo muy corto.

pués de haber decidido hacer la guerra, es decir, algunas horas después de la orden de movilización. La protección de frontera debe ser inmediatamente asegurada, así como también la protección de los puertos de guerra, para afrontar la eventualidad de la llegada de naves de guerra enemigas; se debe organizar en un plazo igualmente rápido la afectación de las costas y de las vías de navegación a su servicio de guerra.

Para estados como Italia y Francia, cuya conformación geográfica y sus montañas favorecen su fijación de fronteras, es fácil tomar medidas de protección para éstas, sin contar con que Francia ha organizado ya una línea de fortificaciones sobre las suyas. Empero, es extremadamente difícil, para un país rodeado de potencias enemigas, cubrir eficazmente sus fronteras antes de que la guerra haya comenzado efectivamente. Para tal país el problema es verdaderamente insoluble. Las tentativas realizadas en este sentido tuvieron como resultado una dispersión de fuerzas, cuyos efectos se convirtieron fácilmente en desastres. Así es que, en 1914, le fue imposible al Alto Mando Alemán, proteger realmente la parte meridional de Prusia Oriental. Si el adversario no invadió esta provincia desde los primeros días de la movilización no es necesario atribuirlo a la eficacia de las medidas de protección, sino únicamente a una falta de adversario. Ésa es una falta análoga que se debe al hecho de que las fuerzas navales inglesas, que habrían podido ser apoyadas por toda la flota inglesa, no hayan hecho su aparición en el Mar del Norte, con el fin de cerrar la entrada de los puertos alemanes de esa costa.

Entre los más importantes trabajos de preparación para la guerra, es necesario incluir la preparación de la movilización, es decir, la puesta en movimiento del ejército completamente equipado y en estado de alerta.

Como ya lo he expuesto, al tratar la organización de la protección de fronteras, es fácil tomar una decisión general concerniente a la repartición de tropas movilizadas, si se ha de conducir la guerra en un solo frente, como fue el caso, en 1914, para Francia, para Bélgica y para Inglaterra. Cada uno de estos estados sólo necesitaba dirigir el total de sus fuerzas contra Alemania. Puede entenderse que su táctica tenía por único objetivo el aniquilamiento del ejército alemán; pero que Inglaterra y Francia no hayan dirigido igualmente sus fuerzas navales contra la flota alemana, no puede aparecer como una falta incomprensible de los estados mayores enemigos. Si es, por otra parte desde todo punto de vista comprensible que Rusia haya agrupado todas sus fuerzas en su frente occidental (ella también tenía la intención de aniquilar las fuerzas de su adversario), se hace inconcebible que el grueso de las fuerzas que había agrupado en esa frontera, haya sido dirigido contra Austria-Hungría y no, como sus aliados lo habían hecho, contra Alemania que era el estado adversario más peligroso.

Alemania y Austria-Hungría tenían tareas más difíciles. El Alto Mando Alemán, encontró la solución no dejando al este, contra Rusia, más que fuerzas reducidas, mientras dirigía lo más importante de sus tropas contra Bélgica y Francia, sobre cuyos territorios había de combatir también el ejército inglés. En cuanto a saber por qué el Alto Mando Alemán no se decidió a servirse igualmente de la flota como arma de guerra decisiva contra los enemigos del Oeste es algo que me ha parecido tan absolutamente incomprensible como la actitud de la flota inglesa. Hacía falta un comando enérgico y unido y los malos resultados debían aparecer más tarde. Austria-Hungría dirigió hacia Galitzia el grueso de sus tropas; también envió fuerzas demasiado importantes contra Servia. El Imperio Austro-

húngaro, pensaba lograr un rápido éxito en aquel frente, para poder en seguida dirigir sus tropas victoriosas contra Rusia. Pero la victoria esperada no llegó, pues los ferrocarriles húngaros demostraron no ser aptos para rendir los servicios necesarios, de tal suerte que las tropas austriacas no pudieron actuar allí donde Austria esperaba lograr la victoria final, o sea contra Rusia.

La repartición de tropas siguiendo un plan de movilización, exige, de parte del alto mando, la comprensión perfecta de las condiciones políticas exteriores, el examen más atento de la situación tal como se presenta del lado enemigo y todas las posibilidades que de ella surgen, así como el conocimiento de la conformación geográfica, del campo de futuras operaciones militares. Ella exige también, la más clara conciencia del estado de sus propias fuerzas. Un estado como Suiza, que no dispone más que de un ejército de tierra para defender sus fronteras, conducirá la guerra en condiciones desfavorables. La conducción de la guerra total exige la victoria sobre el enemigo. Cuando un estado como Suiza se defiende, siempre espera que otra potencia tome sobre ella la tarea de batir al enemigo. El ejemplo de Suiza no debe darnos el ejemplo de lo que debe ser en realidad la guerra.

Siguiendo el ejemplo del Alto Mando Alemán en 1914, el Estado Mayor de un estado que debe hacer la guerra en condiciones geográficas desfavorables, debe hacerse, en lo que atañe a la repartición de las fuerzas movilizables, la siguiente pregunta: entre varios adversarios, ¿cuál es necesario vencer para asegurar la victoria?, ¿cuál es en definitiva, el más "peligroso"?

El arte del comando de la guerra consiste no solamente en repartir las fuerzas y concentrarlas en un punto del cual partirá el ataque contra los puntos débiles del enemigo, ata-

que que decidirá la victoria; antes de preparar esta concentración hará falta que todas las tropas movilizadas puedan ser agrupadas desde un principio contra el enemigo considerado más peligroso. Con ese fin, es necesario actuar de tal suerte que la guerra pueda ser llevada al territorio enemigo. No será necesario mantener contra el otro o los otros adversarios más que tropas de menor importancia, cuyo objeto será impedir que el curso de la guerra sea influido de cualquier manera por esas potencias enemigas. Para precisar esta cuestión, daré como ejemplo que, en el frente Oriental, de fines de agosto a noviembre de 1914, en común con el comando austríaco, detuve el avance de las fuerzas rusas superiores en número queriendo dar con ello al Estado Mayor Alemán la posibilidad de llevar a buen fin sus operaciones en el Oeste. El hecho de que esto último no tuvo mejor resultado no cambia en nada el buen fundamento de una táctica que consistía en ganar en el Este el tiempo necesario al Estado Mayor para conducir la guerra en el Oeste. El General en Jefe de un país cuya conformación geográfica es particularmente desfavorable podrá también mantener en el interior del país, en la proximidad de las vías férreas bien situadas, un cierto número de tropas que podrá dirigir sobre uno u otro punto una vez que la situación se haya aclarado. Esto deja intacto el principio según el cual es necesario en todos los casos, agrupar todas las fuerzas contra el enemigo. Es evidente que el General en Jefe de un país con geografía desfavorable no podía dedicarse a proteger a su país de los horrores de la guerra. Incluso en 1914, ello no fue posible en el Este. La protección de esas regiones no pudo ser posible hasta después de la victoria de Tannenberg y de los lagos masurianos. La voluntad de proteger el país no debe conducir a una dispersión de fuerzas armadas cuando la prepa-

ración del plan de movilización. A fines de agosto de 1914, cuando el Estado Mayor Alemán quiso liberar a Prusia Oriental de la invasión rusa, envió dos cuerpos de ejército al Este, y fue precisamente la ausencia de estos dos cuerpos de ejército lo que se sintió en el curso de la batalla decisiva del Marne. Si no puede hacerse otra cosa que abandonar parte del país a la invasión enemiga, es necesario, por el contrario, desde la movilización, tomar las medidas para evacuar de esa región a todos los hombres capaces de portar las armas y para hacer transportar fuera de esa región todo el material que pueda ser útil para la guerra. Si se tiene el proyecto de provocar una guerra de resistencia popular, es necesario que el plan de movilización comprenda las medidas especiales a ese respecto y que se mantenga a esos hombres en la reserva recibiendo una formación militar.

No se puede dar recetas para la movilización excepto sobre tres puntos fundamentales: Agrupar la mayor cantidad de tropas posible sobre el punto donde deberá tener lugar la acción decisiva y no mantener en los demás puntos más que los efectivos estrictamente necesarios. Desde un comienzo, es necesario lograr, con una voluntad de hierro, que todas las fuerzas sin excepción, sean utilizadas.

Hace falta una energía inquebrantable para poder cerrar los ojos a las numerosas y amenazantes eventualidades que han sido reconocidas, para dejar al azar de la guerra la tarea de decidir cómo se las afrontará.

Allí donde el Estado Mayor se haya decidido a fijar el punto decisivo del combate y a concentrar sus fuerzas, las tropas deberán estar agrupadas en la dirección más propicia para el ataque. Sobre los otros campos de operaciones, los problemas a resolver se presentarán bajo las más variadas formas. En 1914, yo resolví el problema en el

Este con la victoria de Tannenberg y la de los lagos masurianos, victorias que fueron posibles por la explotación de los puntos débiles del enemigo. Si esta posibilidad no se hubiera ofrecido, habrían aparecido otras eventualidades, por ejemplo, la de defender la línea del Vístula apoyándose sobre las playas fuertes existentes y retirarse sobre esas posiciones teniendo al enemigo a raya por medio de combates continuos [1].

El General en Jefe no podrá pues, dar en el momento del establecimiento del plan de movilización, indicaciones precisas sobre la manera cómo las tareas deberán ser resueltas. Sólo se puede intentar exponer las tareas de una manera clara e inequívoca.

Es necesario, principalmente, ajustarse a precisar que las indicaciones concernientes a la movilización no deben referirse más que a la movilización propiamente dicha. Naturalmente, la forma en que las tropas serán repartidas sobre los territorios a los cuales serán afectadas debe depender de la previsión de las operaciones futuras, pero nunca los planes de movilización deberán fijar con precisión las directivas concernientes a las operaciones, pues éstas sólo dependerán de las primeras noticias recibidas sobre la situación del enemigo. Las consideraciones teóricas terminan aquí en papel: la guerra real comienza.

Lo que falta ahora, no es actuar según los planes, sino aprovechar los puntos débiles del enemigo. Si esos puntos aparecieran allí donde se los preveía, tanto mejor; pero no se debe esperar que el enemigo se comporte exactamente

[1] Insisto expresamente sobre el hecho de que esta segunda eventualidad no entra en cuenta para mí, pues no quiero dar a ciertos historiadores, como el profesor Walter Eltze, la ocasión de gozarse con mis relatos de nuevas inexactitudes.

como nosotros lo hemos previsto cuando preparábamos nuestro plan de movilización. Esto es así porque el Estado Mayor no debe atar su acción a sus planes, aunque ellos prevean una situación que tenga muchas probabilidades de producirse del lado del enemigo, sino basarse sobre la realidad de los hechos que sus medios de información le van haciendo llegar. Éstos le impondrán qué acciones deberán ser emprendidas para aniquilar al enemigo en un ataque decisivo o para tener éxito en las misiones impuestas. El plan de movilización del General conde von Schlieffen contra Francia habría convenido en forma excelente para los años 1904-5, pero no para 1914, cuando era necesario esperar con certeza una invasión masiva de las fuerzas francesas al territorio de Lorena. El General von Moltke operó algunos cambios en el plan de von Schlieffen, pero no logró desprenderse totalmente de él. Este plan buscaba alcanzar la victoria haciendo ejecutar al ejército un movimiento envolvente hacia la izquierda pivoteando sobre Diedenhoffen, esperando por medio de ese movimiento obligar al ejército enemigo a sostener un combate en tales condiciones que su ala izquierda estaría envuelta y luego sería aniquilada.

Esta acción habría permitido, después, destruir poco a poco a las otras partes del ejército. Pero de esta manera se descuidaba de aprovechar los puntos débiles que el ejército enemigo ofrecía a otras acciones. El comando vaciló. En efecto, no le es posible a un Jefe emplear el plan de otro Jefe si, en principio, no se halla del todo de acuerdo con dicho plan. Pero expondremos este problema en un capítulo próximo.

Si el Estado Mayor dispone de una flota superior a la del enemigo, le será muy simple provocar batallas decisivas contra aquél de los adversarios que haya sido marcado

como primer objetivo. Si no se dispone de una flota superior sino netamente inferior, no es indicado, en este caso, hacer frente a la flota superior del enemigo, lo que llevaría a una derrota segura. En tierra, cuando no se busca una batalla decisiva, se puede elegir un método que consiste en evitar al enemigo y retardar lo más posible su avance; o sea el mismo método que debe adoptarse en el mar en un caso análogo. Aquí tampoco pueden darse recetas sobre la manera de debilitar a las fuerzas navales enemigas, pues no se sabe si el adversario ofrecerá alguna ocasión de debilitarlo por medio de éxitos parciales, ocasión que naturalmente habría que aprovechar. Si la utilización de las fuerzas navales se hace según un plan determinado, será necesario, en todos los casos, conjugar la acción terrestre con la acción territorial. En el cuadro de una acción general, habrá que prever inmediatamente la guerra de cruceros y la guerra submarina, y habrá que trazar de inmediato una zona de obstáculos para impedir toda circulación de naves delante de las costas enemigas, zona en el interior de la cual toda nave sorprendida, incluso si se trata de un barco de bandera neutral, deberá ser hundida.

En las fuerzas aéreas sucederá algo muy parecido. No me refiero ahora a las que desde el principio de la guerra forman parte integrante de las fuerzas del ejército o de la marina. Quiero hablar aquí de la mayoría de las fuerzas aéreas, que deberán ser empleadas metódicamente para obtener la superioridad en el aire. Esta superioridad deberá ser alcanzada en el momento decisivo elegido por la estrategia. Como el ejército de tierra, las fuerzas aéreas deben ser repartidas por el plan de movilización, y sus fuerzas deberán entonces ser puestas bajo el mando de jefes responsables de tierra y de mar. Sin ello, sería imposible

alcanzar una acción unificada, y todo depende de la posibilidad de esa acción.

Es así que las instrucciones del plan de movilización, que deben servir de base a las operaciones militares, llevan en sí tareas sumamente importantes. Moltke dijo que los errores cometidos durante el período de movilización no pueden ser remediados durante toda la guerra. En el presente cuando asistimos a un extraordinario desarrollo de las vías férreas construidas con fines estratégicos, esta verdad ha perdido parte de su importancia, pero sólo parte.

Es conveniente, ya desde tiempo de paz, examinar atentamente los fundamentos de las disposiciones tomadas en caso de movilización, y oponer esas medidas tomadas teóricamente a las que el enemigo, por su parte, tomará probablemente. Será conveniente, también examinar cuáles podrán ser, en caso de guerra, las operaciones militares emprendidas por una y otra parte por los Estados Mayores. Se podrá así tener una visión bastante clara de la situación y prever con mayor certeza cuáles posibilidades serán las que en realidad se pueden ofrecer; pero el alto mando no deberá dejarse hipnotizar nunca por las apreciaciones teóricas y realizar, sobre la base de ellas, un "plan preconcebido" cuando se halla frente al enemigo.

Una vez listas las tropas, se podrá dirigirlas contra el enemigo. Ahora ya no queda un minuto que perder. En el momento en que la guerra sea resuelta, las hostilidades deben comenzar en seguida conforme a las órdenes de movilización y antes que los contingentes de soldados movilizados sufran algún perjuicio. En las fronteras los fusiles "partirán por sí mismos". Las tropas motorizadas y de caballería existentes desde tiempo de paz se esforzarán desde ese momento, en hacer irrupción en territorio enemigo, allí donde ciertas partes del país no se hallen protegidas o parezcan

no estarlo. Es posible, por lo demás, que las tentativas de penetración fracasen totalmente [1].

En los mares vecinos, los buques enviados en misión de reconocimiento cambiarán golpes de fuego con sus adversarios o entablarán combates formales, y, en los mares lejanos, comenzará la guerra de cruceros y de submarinos. Se podrá igualmente, echar las primeras bases para un bloqueo. La aviación comenzará sus raids de información sobre la tierra y el mar.

El punto esencial de las operaciones militares será desde entonces, el empleo de las fuerzas aéreas, que lucharán por la conquista de la superioridad en los aires, atacarán las tropas movilizadas enemigas que se desplazan por las vías férreas o por los caminos. Seguirán los combates aéreos. Es evidente que la población del territorio sobre el cual tendrán lugar estas primeras operaciones se verá desde el primer momento, sometida a una dura prueba.

Me es imposible prever en qué medida serán empleadas las fuerzas aéreas para bombardear el país enemigo, los emplazamientos de las ciudades, y las construcciones industriales, las centrales hidroeléctricas y los lugares de residencia del gobierno.

Desde que las fuerzas aéreas sean puestas en acción, se producirá la partida inmediata de todas las unidades de guerra naval, es decir, alrededor de cuarenta y ocho horas después del comienzo de la guerra; quizá más pronto. Marcharán hacia los lugares de combate o al cumplimiento de misiones o de ciertas tareas que les hayan sido fijadas por la orden de movilización. Tendrán que librar duros combates en el mar. Estos combates serán paralelos a una

1 En 1914, por ejemplo, se esperaba la invasión de varias divisiones de caballería rusa en la Prusia Oriental, pero los rusos no nos dieron ese placer.

guerra crecientemente activa de cruceros y de submarinos y la acción de bloqueo. Los movimientos del ejército propiamente dicho podían comenzar un poco más tarde. Semejantes masas de hombres no pueden llegar tan rápidamente a las fronteras. La gran mayoría de ellas no podía desplazarse sino por ferrocarril en forma de enormes convoyes desde el interior del país a la frontera, su lugar de destino. En estos casos no se puede hablar de transporte en camiones [1].

En el transcurso de la última guerra, las operaciones militares se hicieron esperar cerca de quince días después de efectuada la movilización. Mientras tanto, la demora pudo ser protegida. Pero las operaciones militares de gran envergadura no comenzarán hasta que haya terminado la movilización. Aquí como para las primeras operaciones de la flota, la aviación actuará en colaboración con el ejército de tierra y la armada.

No considero como formando parte de mi tarea, dar aquí una imagen del desarrollo de la guerra. He tratado este tema en mi obra *Welt Krieg droht auf deutschem Boden.* No repetiré aquí más que algunas generalidades, dejando al lector el trabajo de imaginar cómo sería la marcha de las operaciones en tal o cual caso. Sin duda que estas operaciones podrán ser conducidas después del fin de la segun-

[1] Es un grave error creer que la importancia de los ferrocarriles ha decrecido en las operaciones de movilización como consecuencia de la existencia de autopistas y de camiones. No se trata sólo de llevar algunas tropas con sus ametralladoras y municiones sino que se necesitará transportar cuerpos de ejército completamente equipados para el combate y provistos de todas sus armas. Ahora bien, no es fácil de transportarlos. Los camiones y las autopistas no pueden ser empleados sino cuando hay que defenderse contra ataques locales o bruscos; en pocas palabras, cuando hay que organizar rápidamente sobre el lugar.

da semana de la guerra sobre todos los puntos. Podían desarrollarse en forma diversa, si se desea llegar a una victoria decisiva desde los dos lados, bien si uno de los adversarios es el que hace los esfuerzos en ese sentido, mientras el otro quiere, por su parte, evitar que las operaciones tomen un curso decisivo. Las fuerzas enemigas estarán siempre opuestas las unas a las otras, sea cual fuere su diferencia en número.

El desplazamiento de las fuerzas armadas y la puesta en acción de las medidas defensivas serán seguidas inmediatamente de escaramuzas y de batallas. Sobre el teatro de operaciones, cuando los dos adversarios buscan dar a las operaciones una marcha decisiva, las batallas tendrán lugar sobre frentes sumamente vastos, con enorme desplazamiento de tropas y bajo un fuego extraordinariamente potente, durarán largos días y se extenderán sobre centenares de kilómetros, todo ello conforme a los principios que ya expuse en el capítulo precedente. Puede ser que las batallas sean acompañadas o precedidas por combates que se desarrollarán entre las tropas motorizadas y las divisiones de caballería, combates librados en el frente o en las alas, o en la zona hacia donde se desplazan los ejércitos.

Supongamos que se haya logrado provocar en forma efectiva una batalla verdaderamente decisiva, según las intenciones, luego organizar la persecución del enemigo y llegar rápidamente a un resultado victorioso de la guerra (lo que, durante la última guerra, habían esperado hacer desde las primeras operaciones y hasta desde las primeras batallas no solamente el Alto Mando Alemán sino todas las potencias enemigas): entonces el pueblo y el ejército podrán felicitarse de su victoria, sobre todo si no tienen más que ese enemigo para vencer. Pero actualmente ya no es posible terminar la guerra con las primeras victorias,

pues los ejércitos a vencer son formidables y, una vez vencidas las primeras tropas, todavía quedan a su disposición enormes efectivos listos para remplazarlos de inmediato; el desplazamiento y la concentración de estos nuevos efectivos pueden ser realizados con gran rapidez, si se piensa en la extensión de la red de vías férreas estratégicas.

La guerra continuará, pues, aunque se hayan logrado victorias, aunque el enemigo haya sufrido una grave derrota, y sobre todo si es necesario vencer a otro adversario.

Estudiaré esta última eventualidad en las líneas que siguen.

La actitud a adoptar hacia este adversario puede consistir en evitar la batalla decisiva que él quiere provocar manteniéndolo entretenido en amplio frente, para lo que se emplearán también tropas motorizadas, y hasta aceptando batallas defensivas, aunque la mejor táctica consiste siempre en atacar. Esto es lo que hice en 1914 en Tannenberg sobre el "campo de operaciones secundario" de la Prusia Oriental. Va de suyo que siempre se dudará en batirse en retirada, pues la retirada es casi siempre una táctica obligada. Pero la experiencia ha mostrado, también allá, que los ejércitos pueden batirse muy bien en retirada sin que sus filas queden menos compactas y cerradas, siempre que este movimiento de retirada sea cumplido por tropas que tengan fe en sus jefes y sean firmemente dirigidas por ellos: en este caso, la retirada no tendrá lugar precipitadamente sino que será preparada con cuidado.

La situación es en los hechos la misma en la tierra que en el mar, adonde las unidades combatientes pueden replegarse hasta su punto de partida, igual que cuando han librado un combate victorioso. Pero no es menos cierto que, en tierra, una retirada ligada al abandono de vastas exten-

siones de territorio, puede ser de una importancia considerable para el desarrollo ulterior de una guerra.

Sin embargo, lo que siempre debe hacerse, si el enemigo no ha sido completamente batido, es formar un nuevo punto de concentración de operaciones militares con fuerzas importantes, reservándose la iniciativa en la acción: se aprovechará para dirigir contra el enemigo las fuerzas nuevas y potentes y para explotar con fuerzas superiores los puntos débiles que ofrezca el enemigo. Se lo enfrentará entonces en nuevas y sangrientas batallas que lo golpearán duramente, pero a las cuales él consentirá en su deseo de vencer no solamente con métodos ofensivos sino también hasta con procedimientos defensivos. El espíritu de decisión y rapidez de ejecución serán los signos característicos de la conducción en la guerra. La rapidez de ejecución, por sí misma, permitirá suplir una situación inferior, y los ferrocarriles retomarán así su antigua importancia.

En 1914, el Estado Mayor Alemán desesperó de poder vencer al enemigo del Oeste, con las fuerzas inferiores de que disponía. No fue capaz, en el momento preciso de dar a los jefes de ejército la posibilidad de concentrar nuevas tropas permitiéndoles dar en noviembre de 1914, un impulso decisivo a la guerra con Rusia. Lo que habría hecho falta, en el otoño de 1914, era organizar considerables transportes de tropas por vía férrea del Este al Oeste. Recuerdo que en el mes de agosto me fue posible en el Este, derrotar a un ejército enemigo en Tannenberg y a un segundo en los lagos masurianos. En esta misión, el ejército fue transportado por vía férrea en la Alta Silesia, para permitir al ejército austríaco, duramente probado, marchar contra el San y el Vístula; las fuerzas enemigas fueron entonces vencidas, se organizó la resistencia contra los rusos sobre el San y el Vístula y al sur de Varsovia, luego las tropas retrocedie-

ron ante un enemigo mucho más numeroso, pero después de esta retirada, nuevas tropas fueron llevadas por ferrocarril a Gnessen, a Hohensalza y a Thorn. Estas tropas unieron su acción a la de numerosos contingentes del VIII Ejército de Prusia Oriental (que había sido transportado igualmente por ferrocarril), atacaron el flanco derecho del grupo de ejércitos enemigos, ante los cuales se habían replegado anteriormente. Pues bien, las dos victorias obtenidas por Federico el Grande, en Rossbach, el 5 de noviembre de 1757, y en Leuthen (al Oeste de Breslau) y el 5 de diciembre, tuvieron lugar, en esa época, con un mes de intervalo una de la otra. Todo esto está aún por escribirse.

No obstante, así como sería de fácil atacar a un enemigo que no hiciera fuego, sería sencillo batir a un enemigo pronto a aceptar su derrota o que fuera muy inferior en número. Pero este caso no se producirá. Por lo tanto, aunque se produjera, no puede saberse cuál será la conducta del enemigo. Naturalmente, es necesario privarse de algunas fuerzas en una misión dada si es que se quiere derrotar al enemigo en otra misión. Pero los puntos débiles que con ello se producen en el propio ejército no podrán ser explotados por el enemigo más que en la medida que las propias tropas puedan explotar los puntos débiles del enemigo. Feliz de aquel que ha sabido actuar primero. Una victoria decisiva en una acción dada impedirá al enemigo hacer lo que había proyectado: explotar nuestros puntos débiles en otra acción. Si después del desplazamiento de tropas según el plan von Schlieffen, el ala izquierda del ejército alemán hubiera sido atacada en la zona de Sarrebruck por fuerzas francesas superiores —y lo eran realmente en 1914— el enemigo no habría sido capaz de lograr una victoria de tal proporción sobre el ala derecha alemana.

En la guerra total, las operaciones militares, al igual

que las batallas, deben producirse golpe sobre golpe. Pueden tener lugar pausas más o menos largas, de las cuales se aprovechará para reunir las fuerzas. Puede ser también que la guerra tome un carácter de posiciones inmovilizadas y de vastos y largos frentes infranqueables, hasta que por fin la guerra llegue a su término, no en este caso por la derrota de uno de los adversarios, sino por el quebrantamiento y ruina de uno de los pueblos que toman parte en la guerra.

Las tropas tendrán que rendir grandes esfuerzos físicos y morales en el curso de las marchas y las batallas. Las derrotas serán duras para soportar y las victorias serán exaltadoras sólo en forma pasajera. Los muertos y los heridos quedarán fuera de las filas. Las tropas frescas que los remplazarán no tendrán ningún lazo de camaradería con los sobrevivientes. Los mundos pueden oponerse en las personas de los viejos combatientes y de las tropas nuevas, aunque se les haya inculcado a éstas un vigor moral suficiente.

Será necesario hacer comprender entonces a los combatientes la importancia que tiene la guerra para el pueblo inmortal; será necesario que esto les sea recordado continuamente y que se los haga capaces, a pesar de las miserias de todos los días, de lanzarse a una acción heroica. Se verá siempre claramente si los oficiales y suboficiales cada uno en su cuadro respectivo, son verdaderamente jefes de sus hombres, y si, aparte de la disciplina mecánica existe una voluntad anímica de lucha y una disciplina que le impida ceder jamás frente al enemigo. Es en este momento, a más tardar, que aparecerá la influencia de la fuerza anímica del pueblo sobre el ejército, influencia que tiene por condición un contacto íntimo entre el ejército y el pueblo.

Desde el principio de las operaciones terrestres, navales y aéreas, será necesario procurar a las tropas los víveres.

el forraje y los combustibles y lubricantes, cuya necesidad se impondrá continuamente.

Todo ese material deberá ser provisto al ejército por el país, y eventualmente por las regiones ocupadas. Esto seguirá durante todo el transcurso de la guerra. Después de las primeras batallas y aún más tarde, nuevos contingentes de hombres, municiones y material de guerra de todas clases, deberán ser provistos por el interior al ejército, transportados por convoyes a través del país.

Los heridos y el material averiado serán reexpedidos al interior. De esa manera se producirá un movimiento de vaivén a retaguardia del ejército sobre las rutas de enlace entre el ejército y el país. Si los combates tienen lugar dentro del mismo país, el contacto entre el ejército, el país y su población será inmediato, tanto en los puertos de guerra, en los aeródromos, y con las tropas que se hallan en guarnición. El país y el pueblo, en unión sagrada para la guerra.

Las formaciones de recambio de la fuerza armada habrán terminado en su período de instrucción militar poco tiempo después de la movilización. Se les asignarán hombres ya formados militarmente o provenientes en su mayor parte de las clases movilizables que no han recibido instrucción militar en tiempo de paz. La instrucción de las tropas de remplazo ha comenzado. Nuevos contingentes serán reclutados. Cualesquiera que sean las dificultades de la instrucción de las tropas de infantería, es una tarea muy simple si se la compara con la instrucción de las otras armas. En la infantería será adonde se procurará formar más rápidamente los contingentes de remplazo, pues es en esta arma en la que se producen las pérdidas más importantes.

Esta parte esencial de la fuerza armada, quedará, pues, durante un cierto tiempo, con sus efectivos de igual volumen a los que tenía al comenzar la guerra. Disminuirán

solamente en el caso que empiecen a faltar hombres de remplazo, como se produjo en Alemania durante la Gran Guerra. Más difícil aún es el reclutamiento de remplazo en las otras armas en la medida necesaria. Sobre todo en la aviación, el remplazo se cumplirá con muchas dificultades, pues, con cada avión caído desaparecerá toda su tripulación.

Pero las dificultades no consistirán solamente en el reclutamiento y preparación de los hombres. La provisión de material de guerra de todas clases será también difícil. No será suficiente crear nuevos contingentes y utilizarlos, sino que toda la industria deberá consagrarse a su equipamiento y abastecimiento. No sólo deberá producir municiones en masa, producción que deberá ser realizada en forma mucho más activa que en tiempo de paz, sino que deberá tratar de que la calidad de la munición sea la misma, cosa difícilmente garantizable sin un estricto control de la industria. Lo mismo sucederá con la fabricación de otros materiales de guerra, como las ametralladoras y los cañones. Esto exige tiempo, mucho tiempo.

La reparación del material averiado y su reenvío al teatro de operaciones no pueden realizarse de un día para el otro. Más difícil y lento todavía será el remplazo de los aviones con sus motores, de los tanques y de las naves de guerra.

Los aviones alcanzados por las balas enemigas caen muy a menudo. Será difícil proveer nuevos aviones, tan difícil como preparar nuevos contingentes. Lo mismo sucede con los tanques. En cuanto a los buques de guerra desaparecidos, no se puede soñar en remplazarlos; cuanto más se podrán remplazar los barcos pequeños. La reparación de naves fuertemente averiadas será muy larga en los muelles. Debe recordarse aquí que la ausencia de un buque de guerra

causa un perjuicio muy grande a la flota en su capacidad de combate, mucho mayor que la ausencia del material común en el ejército de tierra, en razón de la enorme potencia de fuego concentrada en una nave de guerra. Durante la guerra es difícil mantener la capacidad de las fuerzas aéreas o navales al mismo nivel que tenían al principio de la guerra, aunque el pueblo del interior se consagre con todas sus fuerzas al ejército. No se debe tratar aquí de recuperar el tiempo perdido, como se hizo durante la última guerra, sino de alcanzar los mejores resultados.

Al mismo tiempo que se prolonga la orden de movilización, se tomarán medidas financieras, económicas y políticas en todo el país. Estas medidas tendrán por objeto reglamentar la existencia del pueblo y la marcha de su vida económica, mantener su cohesión y hacer ilegales las actividades dañinas de los "descontentos". Al mismo tiempo que estas medidas se ponen en práctica, se comenzará a trabajar en el país para el abastecimiento del pueblo y del ejército, como ya lo he explicado en el capítulo sobre economía de la guerra total.

Si se logrará o no el objetivo fijado, dependerá de las condiciones que he expuesto en el mismo capítulo. Dependerá, por ejemplo, del cultivo del suelo, del abono que se le pueda dar, y de las materias primas existentes en el país y en los territorios ocupados, o que puedan ser importadas; dependerá también de la cantidad de materias primas y del número de fábricas que deberán ser abandonadas eventualmente al enemigo en ciertas partes del territorio, o que serán destruidas por él; dependerá igualmente de la cantidad de hombres que puedan ser empleados para el trabajo y de su moral.

Aparte de todas estas cuestiones, aparecerá claramente, en todos los países beligerantes, que cuanto más tiempo se

prolongue la guerra, más difícil será dominar la situación económica y cubrir las necesidades del pueblo y de las fuerzas armadas. A menos que los países beligerantes estén favorecidos por una situación geográfica sumamente afortunada, o que puedan aprovisionarse en estados neutrales, como lo pudieron hacer Inglaterra, Francia e Italia gracias a la complicidad de los Estados Unidos antes de la entrada en guerra de estos últimos. En caso contrario deberán realizarse esfuerzos prodigiosos por parte de los pueblos beligerantes, esfuerzos que deberán ser decuplicados ante las crecientes penurias de la guerra por falta de víveres y vestimenta, y de las noticias que llegan del frente sobre la falta de materiales de guerra.

Puede producirse aun una segunda eventualidad: la guerra se prolongará y al aumentar las restricciones y la miseria, puede crecer la inquietud de la población e imponer duras pruebas al alma de los miembros de la familia nacional, pruebas que serán agravadas por la misma guerra. En los primeros combates, los pueblos sufrirán fuertemente el golpe de las pérdidas humanas en el ejército. Las victorias no deberán permitir al pueblo expresar sus tristezas por esas pérdidas pues su influencia es deprimente; por el contrario, los contrastes, así como las noticias que consignan el número de muertos y heridos crearán una atmósfera de abatimiento. Además, la población habitante del territorio sobre el cual tienen lugar las operaciones, deberá pasar por las peores penurias y se refugiará en el interior del país, llevando consigo su inquietud. La incertidumbre por la suerte de los compatriotas que viven en territorio ocupado aumentará aún más la turbación del pueblo. Hasta la población que se encuentra a gran distancia del teatro de operaciones puede pasar por duras pruebas como consecuencia del bombardeo de los aviones enemigos. La falta de víveres pue-

de ser creciente y hará más general aún la inquietud. Sólo una cohesión profunda del alma popular podrá soportar sin mengua para su espíritu el asalto de semejantes calamidades, y esto sucederá solamente si la voz del alma popular se eleva con fuerza en medio de la mortal miseria del pueblo y, auxiliado por una conveniente dirección, puede conservar la cohesión intacta y hasta fortificarla.

Si en los diversos países la situación militar es más o menos igual, y si su población es igualmente unida, estas consideraciones de orden interno no tendrán una influencia decisiva en el curso de la guerra. Será diferente si, como consecuencia de derrotas militares o por la influencia de los "descontentos" la cohesión del pueblo se ve amenazada; entonces, el Estado Mayor del país que haya logrado victorias sobre el adversario, ensayará, con todos los medios a su disposición, influir sobre la situación económica y, con ella sobre el estado de espíritu de la población del país enemigo. Al mismo tiempo continuará actuando sobre el frente tratando de provocar batallas decisivas. Llegará entonces el momento en que se dirigirán las escuadrillas de aviones de bombardeo contra el adversario, las que atacarán sin cesar, interrumpidas sólo eventualmente por las condiciones atmosféricas desfavorables. En este momento se tratará de terminar la guerra por todos los medios para salvar la existencia del propio pueblo y ahorrar vidas humanas a la nación.

Ante los ataques incesantes, habrá que apelar, siempre con mayor insistencia a la cohesión de un pueblo que se encuentra momentáneamente en condiciones militares inferiores. Los "descontentos" tendrán cada vez más ocasiones de ejercer su acción destructiva entre las filas de la población. Llegará el momento para ellos de intensificar y de poner en práctica lo que ya desde tiempo de paz y desde

los primeros días de la guerra, había sido introducido en el país, pero con mucha mayor violencia destructiva. Cuando el ejército alemán era todavía victorioso, ¡cuáles no fueron los esfuerzos de la propaganda enemiga por turbar al pueblo con sus noticias tendenciosas! ¡Con qué diligencia sus cómplices, los "descontentos" aprovechaban esas noticias! ¡Cómo se cantaron las bienaventuranzas de "un país fundado en la reconciliación y la comprensión", en todas las hojas editadas por los clanes católicos romanos, judíos y francmasones! Esta bulla fue replicada por numerosas voces del pueblo.

Todo cambió bruscamente cuando el enemigo salió vencedor en la guerra. ¡Cuánta "libertad", cuánta "felicidad" se puso delante de los ojos de la población durante los tiempos que precedieron a la revolución y durante la revolución misma! En los hechos, esa libertad y esa felicidad consistieron en poner en la esclavitud y saquear a grandes masas de la población. Cuando se trató de cumplir esas promesas, se guardó un silencio vergonzoso. La propaganda había hecho lo mejor que pudo y el pueblo, ingenuo, no lo advirtió. Fue así que la cohesión del pueblo alemán quedó, como ya lo he explicado, definitivamente perdida; el ejército pudo por fin convertirse en la presa de los elementos destructores, y las más duras lecciones quedaron sin provecho.

En esta forma, la propaganda tratará de adular a los pueblos durante la próxima guerra total. Un estudio atento de las corrientes de pensamiento de los pueblos enemigos de sus esperanzas, de sus deseos y de su actitud moral frente al gobierno y la guerra, es lo que constituye el principal trabajo de la propaganda. Ligada a los desacuerdos de la guerra y a las miserias que ella determina, y que ataca tan profundamente las fuerzas físicas y anímicas del hom-

bre, esta propaganda podrá tener un efecto demoledor cuando la cohesión del pueblo comienza a quebrarse. Un ejército victorioso, que marcha a la busca de nuevos éxitos podrá escapar pasajeramente al estado de espíritu que reina entre el pueblo, pero un ejército que se encuentra en dificultades, no lo podrá. Durante una guerra, gracias al continuo renovamiento de las tropas, como consecuencia del reenvío de los heridos al interior y al retorno de los que han sido recuperados, como efecto de las cartas intercambiadas entre la población y los soldados (por más que eventualmente se pueda interrumpir esa correspondencia), el contacto entre el ejército y el pueblo es tan estrecho que no pueden dejar de producirse repercusiones. Si el ejército se hunde, el pueblo se hundirá con él, y la guerra tomará, con algunas diferencias de forma, un curso análogo al que tomó en la última guerra, y al cual ya he hecho alusión.

Durante la última guerra, las potencias beligerantes no consiguieron desarrollar operaciones decisivas en los campos de batalla. La guerra se transformó en una guerra de posiciones sobre frentes muy extensos. Pero nuestros adversarios del Este y del Oeste no cesaron de intentar batallas decisivas y trataron de conservar la iniciativa en la acción, efectuando violentos ataques y agregándose las fuerzas italianas y rumanas. Pero estas victorias no decidieron el fin de la guerra. En 1918, yo esperaba poder producir en el Oeste una batalla decisiva que conduciría a la terminación de la guerra. Derroté, en efecto al enemigo, pero no pude hacerlo de suerte que los ejércitos fueran capaces de hacer un esfuerzo continuado. Las fuerzas no eran suficientes. Gracias a la entrada en guerra de los Estados Unidos, el enemigo pudo lograr en el Oeste, aprovechando una enorme concentración de fuerzas y de material de guerra superior, atacar, por fin al ejército alemán, que ya no fue capaz

de resistir el ataque y retrocedió. Después, con el consentimiento del estado mayor, el ejército revolucionario que dominaba nuestro país llamó al ejército, como ya lo había hecho en Bulgaria y en Austria. Si el ejército alemán hubiera estado en condiciones de combatir, no es cosa mía decir aquí qué resultado habrían logrado las fuerzas enemigas. En todo caso, la victoria final no fue determinada por el resultado decisivo de las batallas, sino por el factor revolución, que no permitió que se libraran batallas. Un resultado tal de la guerra se conforma al carácter de la guerra total, que depende estrechamente del estado de alma de los pueblos combatientes. Pero éste no puede ni debe ser siempre el resultado necesario. Haced a un pueblo anímicamente fuerte, y el resultado de la guerra no podrá depender más que de los resultados de las batallas libradas en el frente y del aniquilamiento del ejército y del pueblo enemigos, inclusive si han guardado la cohesión de su alma. Pero de las ruinas de la guerra surgirá, inquebrantable, la voluntad racial de un pueblo que quiere continuar viviendo, voluntad que no será solamente la de la generación existente, sino también la de las generaciones que van surgiendo, soldadas las unas a las otras por la mortal angustia provocada por un enemigo implacable.

CAPÍTULO VII

EL GENERAL EN JEFE

El hombre que, con las fuerzas de su cerebro, de su voluntad y de su corazón, conduzca la guerra total para la conservación de la vida de su pueblo, ése es el General en Jefe. Nadie podrá atribuirse la responsabilidad que entonces será suya. Pero aquel que, llamado a hacer la guerra, no demuestre ser más que un dócil ejecutor de directivas y de voluntades ajenas a él y que, por así decirlo, se dedicará a hacer la guerra entre comidas, no es un jefe, ni tiene la talla que exige ocupar un puesto de tan pesadas responsabilidades, poderosa capacidad y una voluntad inquebrantable. Que los hombres de manteca se abstengan, pues, de aceptar tal cargo: no harían más que profanar la grandeza.

El hombre que es un verdadero jefe debe, pues, ocupar el primer lugar. Toda otra acción sería malsana, dañosa o obstructora. La iniciativa del comando debe pertenecerle, pues sólo esa iniciativa le permitirá garantizar la unidad y la eficacia de la acción cuyo fin es derrotar al enemigo y salvar al pueblo. La guerra total, que abraza todos los

campos de la vida, necesita la acción de un jefe que sea decisiva en todos los dominios y que su voluntad y su presencia, sean la única autoridad.

Debe recordarse que sólo la guerra demuestra si el hombre a quien se le confió la tarea de conducirla, tiene la pasta del verdadero jefe. Excelentes teóricos y hombres que parecen dotados en tiempo de paz no son necesariamente buenos generales durante la guerra, y a menudo hasta se revelan incapaces, mientras la guerra permite a otros manifestar al fin sus capacidades reales.

Federico el Grande era un monarca absoluto y un verdadero general. Era algo así como la solución viviente para todos los problemas estratégicos. Pero desde entonces, las nociones más confusas han reinado acerca de lo que debe ser la personalidad del jefe militar ideal, y esto a expensas de la estrategia y de la seguridad del pueblo [1].

En la Prusia de Guillermo I, cuyas instituciones han servido de modelo a los otros estados, el rey era el jefe supremo

[1] Las soluciones que he expuesto aquí son valederas igualmente para dos aliados en caso de guerra total. Sé en efecto, por experiencia, de qué modo la unidad del comando puede verse comprometida, si los diferentes aliados quieren, cada uno por su lado, conducir las operaciones. En 1914, el general von Conrad se llegó a oponer a que las tropas austrohúngaras fueran puestas bajo el mando del comandante del IX Ejército. Pero afortunadamente, esta resistencia pudo ser vencida poco a poco. Para las operaciones de gran envergadura se llegó a un acuerdo: concluir pactos. Se había propuesto crear en el Este un comando único bajo la condición del Archiduque Federico; yo debía estar a la cabeza de su estado mayor y conducir las operaciones de ese lado. Esta proposición fue rechazada. En agosto de 1916, la guerra, dada la situación desesperada en el Este, hizo que se decidiera la creación de un comando general del frente oriental que iba de la Galitzia al mar báltico. Entonces, un poco tarde, el General von Conrad fue remplazado por el General von Arz, y se decidió por fin organizar, al menos nominalmente, un estado mayor general superior de todos los ejércitos bajo el alto mando del emperador. Pero esto

del ejército. Inmediatamente después de él, en el orden jerárquico, el mariscal conde von Moltke, jefe del Estado Mayor, dirigía las operaciones militares, pero las directivas de éste, para ser valederas, debían ser dictadas bajo la forma de órdenes del rey. Independientemente de él, el conde von Roon, ministro de Guerra, dirigía la administración del ejército. Por último, había un jefe político: Bismarck. Este gobierno con muchas cabezas pudo ser perjudicial para el país, pero sus inconvenientes no han aparecido hasta ahora muy claramente. Guillermo I, eligió hombres notables que supieran inclinarse ante la autoridad real. Por respeto a la monarquía, se había renunciado a modificar la composición del comando del ejército y del gobierno. Los daños, sensibles más tarde, se confirmaron por el hecho de que el mariscal von Moltke no fue considerado como el único comandante en jefe. Los rozamientos no pu-

---

no cambió más que débilmente las discordias reinantes entre los diferentes comandos.

La situación fue más o menos la misma en el alto mando enemigo. Pero ya antes de la guerra, los aliados habían acordado una alianza militar atinente a las disposiciones a tomar para el armamento en tiempo de paz y para la movilización, y en cambio nada se había hecho en ese sentido entre Alemania y Austria-Hungría. Por lo demás, no fue sino hasta después de la ofensiva alemana en Francia, el 31 de marzo de 1918, que los ejércitos enemigos se resolvieron a la creación de un comando único. También ellos, las decisiones las tomaron posteriormente.

Se ha pretendido a menudo que Napoleón I había actuado de manera de poseer un comando único para sus ejércitos. Esto no es más que un grueso error. Napoleón no fue otra cosa que un mero juguete entre las manos de los francmasones, que fueron quienes favorecieron su ascensión, y cuando ya no les fue más útil provocaron su caída, al influir en él para que emprendiera su desastrosa campaña de Rusia, campaña que desde ningún punto de vista podía presentar ninguna utilidad para el imperio francés.

dieron ser siempre evitados, y de todo ello resultó un perjuicio para el comando en jefe en sus derechos. Tomando como modelo la organización del Estado Mayor, se instituyó, aparte de los generales responsables, un Jefe de Estado Mayor. Ahora bien, esto no era sólo bajo las órdenes del comandante en jefe o del general comandante a quien estaba adjunto, sino al mismo tiempo, del jefe del Estado Mayor Superior del Ejército, es decir, del General en Jefe. Esto podía, sin duda, no tener ninguna importancia, cuando se trataba de generales enérgicos, que sabían actuar por sí mismos. Pero no todos los generales tienen esas cualidades, inclusive en tiempo de paz, y menos aún en tiempo de guerra. Pero las misiones que se le habían dado a los estados mayores, no podían tener más que un resultado: dificultades, que se produjeron indefectiblemente en el Estado Mayor Alemán en la última guerra, y que se manifestaron particularmente en la composición del alto mando del octavo ejército del Este y del tercer Estado Mayor.

Por principio, los jefes de estado mayor entraban en funciones con el pensamiento, por otra parte justificado, de que serían encargados de una pesada responsabilidad, y que serían ellos quienes harían —teniendo en cuenta ciertas formalidades— las proposiciones relativas a las operaciones de las cuales los comandantes en jefe no harían más que burlarse, me vi a mí mismo recibir, cuando mi nombramiento en el cargo de Jefe del Estado Mayor del Octavo Ejército, la orden formal del General von Moltke, Jefe del Estado Mayor General del Ejército, de "salvar al Este". Desde ese momento yo era el jefe responsable de las operaciones en el Este y jamás dejé de concebir mi papel de otra manera. Ya he expuesto mis ideas sobre ese tema en mis obras *Tannenberg* y *Dirne' Kriegeschichte vor dem Gericht des Weltkriegs.* He explicado en

qué forma yo había prestado mi reconocimiento al alto comandante en jefe (que se me había adjuntado por respeto a ciertas consideraciones perfectamente dañinas, pero vigentes en esa época, y por las cuales el jefe del gabinete militar había dado las correspondientes instrucciones) para que no creara ningún obstáculo a mis iniciativas, y así conseguí que se conformara a la situación creada, mientras que por mi parte, yo respetaba las formas. Resultó de ello que el Jefe del Estado Mayor y no el Alto Mando se convirtió en el cerebro responsable de las operaciones militares en el Este.

El peligro de este método, que dio lugar a una situación confusa, quedó acentuado aún más cuando la formación del tercer Gran Estado Mayor del Ejército, el 29 de agosto de 1916. El emperador se convertía en principio en el jefe supremo del Ejército y de la Marina, el General von Hindenburg en Jefe del Estado Mayor del Ejército, y por así decirlo, el verdadero jefe supremo. En cuanto a mí, yo era quien tenía toda la responsabilidad, quien debía impartir las órdenes al ejército y conducir las operaciones. En esta combinación figuraba otro jefe del Almirantazgo, encargado de dirigir las operaciones de la guerra naval, un ministro de Guerra y además, el Canciller del Reich, absolutamente independiente de la dirección militar y responsable de la dirección política. ¡Nefasto multicefalismo! Ni siquiera se llegó a formar un comando único de las fuerzas de tierra y mar. De ese modo, en 1917, me fue imposible darme cuenta exacta de toda la amplitud de los motines que estaban teniendo lugar en la flota. El ministro de Marina quiso, de entrada, actuar por su propia autoridad, pero yo conseguí, de todos modos, evitar los peores desórdenes. Los diferentes jefes políticos, los tres cancilleres del Reich que se sucedieron, no se mostraron

nunca a la altura de su misión, y se vieron obligados casi siempre a ceder, sea a los "descontentos", sea ante mí mismo. La acción del canciller von Bethmann-Hollweg tuvo las consecuencias más desastrosas cuando se comenzó una guerra submarina a todo trance. Durante años no cesó de hacer cuanto pudo por impedir que todos los recursos de la fuerza armada fueran puestos en acción contra el enemigo. ¡Y mientras tanto, saboteaba la guerra submarina!

Las disensiones internas del alto comando, a las cuales he hecho alusión al hablar de las relaciones existentes entre el Comandante en Jefe y el Jefe del Estado Mayor, se acentuaron todavía más cuando se trató de fijar las responsabilidades militares. La posición que ocupaba el Jefe del Estado Mayor frente a los generales comandantes y otros generales se vio de nuevo considerablemente modificada: era así que yo debía dirigirme a los jefes de los estados mayores de los ejércitos y grupos de ejércitos para darles, a menudo verbalmente, indicaciones que ellos transmitían en seguida a los oficiales superiores. La función del Jefe del Estado Mayor ganaba en importancia mientras que la del Comandante en Jefe la perdía. Era de temer que se produciría en el espíritu de los oficiales superiores (y se produjo en efecto) una confusión sobre las atribuciones de todos los jefes y generales. Si hago mención aquí de esto, no es porque crea necesario echar una luz cruda sobre estos errores y prevenir así las incertidumbres que podrían nacer sobre la naturaleza del comando y la personalidad del jefe. No es pues en la persona del Jefe del Estado Mayor ni menos en la persona del "Primer Maestre del Gran Cuartel General", sino en la persona del General en Jefe que debe residir la voluntad directora de la guerra. Es él quien debe llevar las operaciones según las directivas que él mismo ha emitido. Nadie puede te-

ner el derecho de someterlo a planes que deba obedecer. Nadie tiene el derecho de alegar el peso de responsabilidades que a él incumben en los diferentes campos de la guerra total. Es de una necesidad absoluta una clara noción del papel del comandante en jefe, para todo el pueblo. Si no queda ninguna duda sobre su posición, ni sobre sus responsabilidades, su función se verá rodeada de un respeto y de la consideración indispensables al hombre que comanda, para llevar a buen término su tarea inmensa. No podrán aducirse razones, cualesquiera sean ellas, para que el comandante en jefe ocupe el segundo o el tercer puesto, sea porque se crea que no le es posible asumir todas las responsabilidades, sea porque se lo considere demasiado joven. Es entonces que el hombre verdaderamente apto para el puesto podrá imponerse por la fuerza misma de su personalidad. Desde este momento, no podrá subsistir ninguna duda sobre la necesidad de colocar bajo sus órdenes todos los elementos de la fuerza armada y de subordinarle el Ministro de Guerra, el Jefe de la Administración Militar y jefe político, siempre que se quieran tener en cuenta las lecciones de la última guerra. No puede ser de otra manera, y las atribuciones del General en Jefe deben tener un campo de acción tan vasto como las de Federico el Grande.

El General en Jefe no deberá dispersar sus fuerzas, sino concentrarlas únicamente sobre los puntos esenciales, aun cuando sean innumerables, porque lo que no era esencial ayer, bien puede serlo mañana. El General en Jefe puede discernir lo que para él tiene importancia. Debe tener a sus órdenes hombres dignos de confianza, capaces de seguir el orden de sus pensamientos, y capaces de ejecutar fielmente, en el orden determinado por él, las diversas medidas para asegurar la concentración del ejército y la di-

rección de sus fuerzas (allí deben también estar presentes en nuestro espíritu las enseñanzas de la última guerra); la dirección ininterrumpida de la vida comunitaria del pueblo y la salvaguardia de su cohesión; y por fin, el aplastamiento de las fuerzas enemigas y la supervisión de los estados neutrales. El General en Jefe deberá ser asistido por un jefe de estado mayor del ejército, quien, por una parte, constituye el elemento ejecutivo de su comando, y por la otra, debe poder tratar de manera personal todas las cuestiones mencionadas precedentemente, y por lo tanto, pueda ser la mano derecha del General en Jefe. El Estado Mayor mismo debe tener una composición conforme a las exigencias de la situación y debe contar entre sus miembros a los mejores organizadores de la guerra naval, aérea y territorial, de la propaganda, de la técnica de guerra, de la economía, el mejor jefe político, así como los hombres que se hallen más al corriente de la vida del pueblo. Éstos deben ser capaces de mantener informado al jefe del estado mayor, y si es necesario, al mismo comandante en jefe de lo que sucede en los campos de su especialidad. No es cosa de ellos el dar órdenes. Para estar en condiciones de cumplir con sus tareas, los oficiales pertenecientes al estado mayor deben pasar por una preparación especial, así como todos los otros miembros que lo componen. Pero una vez cumplidas estas condiciones, no estarán verdaderamente a la altura de su misión si no se trata de hombres completamente desinteresados, solidamente asentados sobre la realidad y no sobre teorías y que hayan estudiado la historia de la guerra con tanto cuidado como los elementos de la guerra total.

Al igual que el General en Jefe, los comandantes en jefe de los grupos de ejército, de la aviación y de la marina, deberán ser a su vez el cerebro y el brazo de las operacio-

nes que les sean encargadas. Los Jefes del Estado Mayor u Oficiales antiguos de estado mayor les serán subordinados. Su formación será análoga a la de los oficiales del Estado Mayor Superior del Ejército. Pero sobre todo, consistirá en profundizar el conocimiento que ya deben tener sobre las tropas que deberán comandar en caso de guerra. Su actividad se manifestará únicamente en el terreno militar. Estarán bajo las órdenes, no de varios superiores, sino únicamente de su Comandante en Jefe o de su General.

Así, para repetir una vez más: es al General en Jefe a quien corresponderá dar las órdenes. Es solamente a él a quien los Oficiales del Estado Mayor (incluso el Jefe del Estado Mayor) estarán subordinados, y sólo de acuerdo a sus directivas ellos actuarán. Estos oficiales no deberán, por otra parte, dar por sí mismos otras directivas que en los terrenos que les hayan sido confiados por el General en Jefe o el Comandante en Jefe, no debiendo estos últimos dejarse envolver por detalles menores o futilidades, a las que se consagrarán las personalidades de segundo orden en forma voluntaria porque son tareas de su única competencia. No debe existir otro lazo superior ni subordinado de esta categoría que el del Comando.

El General en Jefe no debe contar más que consigo mismo. Está aislado. Nadie debe tratar de controlar el curso interno de sus pensamientos, por dignos e inteligentes que sean los hombres que lo rodean.

Si por principio se exige de cada soldado en el frente como de cada oficial tener ciertos conocimientos militares, capacidad, aptitudes y una fuerza de voluntad que deberán ser tanto más grandes cuanto más sea la responsabilidad que ellos tengan en la obra de salvar a la comunidad popular; si por principio es necesario aportar la más grande preocupación a la instrucción y a la formación moral

de los hombres, con muchísima mayor razón deberán exigirse tales cualidades al General en Jefe, a él, que será el cerebro del Ejército. Él deberá ser capaz, en medio de crisis angustiosas, de tomar de un solo golpe, instintivamente por así decirlo, con una serena conciencia de su responsabilidad, resoluciones extremadamente graves, de las cuales dependerá el feliz resultado de la guerra y la salud de su pueblo, y esto, a veces, dentro de la cruel incertidumbre sobre el futuro, incertidumbre que la voluntad de un enemigo, decidido a actuar por su parte con la misma energía, habrá de transformar en una muy dura realidad. Esta necesidad de vencer a un adversario implacablemente dispuesto a no dejarse abatir, si no resuelto también a vencer y a sacar partido de las condiciones inciertas de la guerra, sumado a la necesidad de ganar la confianza de sus tropas muchas veces impotentes para reaccionar victoriosamente, exige del General en Jefe suprema tensión, energía y extraordinaria capacidad de mando. Y mientras él se consagra a esa tarea con todas las fuerzas de su inteligencia y de su corazón, necesitará abarcar el conjunto de todos los campos de la vida militar y comunitaria y penetrar a fondo sus dominios que son, como ya lo he dicho, la base misma de la conducción de la guerra total. ¿Deberá extender su mirada al aspecto exterior de las cosas? el General en Jefe sería en ese caso un juguete entre las manos de los que lo rodean. Su fuerza de trabajo debe ser invencible y debe comunicar la confianza en sí mismo que le permitirá tomar, con una plena y gozosa conciencia de su responsabilidad, las decisiones más graves que influirán sobre el curso de la guerra en igual forma que sobre el enemigo. Llevar la existencia de un Generalísimo no es cosa simple. Empero él lo hará, completamente compe-

netrado del fiero sentimiento de responsabilidad de su persona.

Ser General en Jefe, ser Jefe, incluso ser un simple soldado, somete al carácter a supremas exigencias. El carácter es a menudo más importante que el saber. No son ambiciosos ni fanfarrones sino caracteres resueltos lo que el Ejército necesita. Cuanto más elevado es el grado del soldado y más grandes son sus responsabilidades, más firme deberá ser su carácter. Sólo caracteres semejantes podrán ganar la confianza de los demás y sólo ellos podrán estar en condiciones de exigir. Sin un carácter así, no existe general ni jefe digno de ese nombre. Nunca se podrá dar importancia a tal jefe. La guerra se hace con hombres. Las relaciones con los subordinados y con mucha mayor razón con los superiores y con los mismos Comandantes, nada tienen de mecánico, sino por el contrario, son algo viviente y personal. La facultad de emplear juiciosamente a los hombres, de conocer sus fuerzas y sus debilidades, de leer en su alma, de penetrar sus motivos más secretos, todo debe contarse entre las aptitudes del General en Jefe. El equilibrio y el dominio de sí mismo le son absolutamente indispensables. Por último, el General en Jefe debe tener aun otra cosa, difícilmente expresable, a la que he hecho alusión en mi obra *Unbotmaessigkeit im Kriege*. Yo escribí allí:

"Como todo artista, el General en Jefe debe ser maestro en su oficio". Y lo mismo que todo artista, lo que decidirá su obra aparte de la maestría en su arte, será el genio y la facultad creadora, así como otra fuerza que se exige no tan claramente en un artista: la fuerza de soportar el peso de una responsabilidad inconmensurable. Voluntad, carácter, y un no sé qué entrañable, sólo pertenece a los grandes hombres de guerra cuando, plenamente cons-

cientes de su responsabilidad hacia el Ejército, el pueblo y hacia todos los alemanes, consagran a su tarea su fuerza creadora, su voluntad, su inteligencia, toda su alma y todo su corazón. Jamás la historia de las guerras podrá aprehender lo que es un General en Jefe, jamás podrá expresar lo que pasa dentro de él. Ello es únicamente su fortuna personal y no lo podrá probar plenamente más que en las horas de suprema tensión.

Algo indecible debe emanar de él. Se nace así, nadie puede convertirse en Jefe nato. La voluntad de vencer debe surgir de toda su persona, penetrar hasta el pueblo e incitarlo a la acción heroica.

El General en Jefe debe ser designado en tiempo de paz para su alta función, para poder tomar conciencia de la alta responsabilidad que pesará sobre él en tiempo de guerra.

A él le corresponde asegurarse de que, en caso de guerra, todas las fuerzas del pueblo sean puestas a su disposición, sea directa, el ejército, sea indirecta, el país.

El General en Jefe debe convencerse en tiempo de paz que la cohesión del pueblo se establece sobre principios comunitarios, raciales; la juventud debe actuar de acuerdo con estos principios, que deberán ser afirmados por la generación adulta, el ejército y, en particular, por el cuadro de oficiales. Será su tarea actuar de suerte que se reconozca la importancia de la cohesión del pueblo para la guerra total, como supremo interés de los gobernantes, de la administración del estado y del pueblo mismo. Será su deber controlar cuidadosamente las directivas que hayan sido dadas a este respecto, con vistas a la guerra total.

El General en Jefe debe examinar todas las medidas que se toman en el terreno financiero y económico, para verificar si se hallan conformes a las exigencias de la gue-

rra total y si ellas pueden asegurar la salvaguardia de la existencia del pueblo y de la vida económica.

Él comanda la totalidad de la fuerza armada y vela ya en tiempo de paz para que el ejército reciba la preparación y el equipo necesarios. Cuando las órdenes para la movilización y las primeras operaciones sean impartidas, el ejército deberá entrar en guerra sin dispersar sus fuerzas. Él es responsable de la conducción de la guerra, y es a él, cerebro del ejército, a quien incumbe aniquilar al enemigo por medio de las batallas y de la propaganda. Él debe manejar y reforzar también la capacidad combativa de su propio ejército, basándose en la experiencia inmediata de las primeras operaciones militares. Él debe, por fin, velar por la cohesión del pueblo a quien debe animar la voluntad gozosa de luchar.

Es, por fin él quien establecerá las directivas de acuerdo a las cuales deberá conformarse la política en interés de la guerra total, para que toda la nación trabaje de consuno con vistas a un solo objetivo: la salvación de la comunidad popular y del alma racial del pueblo[1].

No es siempre fácil para el General en Jefe dirigir la entrada en guerra de las tropas inspirándose en las directivas del plan de movilización. En efecto, estas directivas pueden ser valederas para un largo período (a veces más

1 Oigo ya los gritos de indignación que lanzarán los políticos ante la idea de que la política deba subordinarse a los intereses de la guerra. Ahora bien, Clausewitz ha enseñado que la guerra no es otra cosa que una continuación de la política por otros medios. Que los políticos monten, pues, en cólera, que tomen mis ideas por las de un viejo "militarista" a ultranza, no cambiará en nada la realidad, y la realidad de la guerra no demanda otra cosa que lo que yo mismo demando en bien de la salud del pueblo. Los profesores de ciencia militar pueden también tomar su parte. La política alemana durante la Gran Guerra prueba suficientemente lo bien fundado de estas reivindicaciones.

de un año), y si el Generalísimo ha sido nombrado en el transcurso de ese mismo año, se verá obligado a actuar inspirándose en los planes de su predecesor, planes que no siempre se conforman a sus propias concepciones. Se encontrará así en la penosa situación de tener que adaptarse a las medidas de quien lo precedió. Le hará falta entonces esforzarse con todos sus medios para llegar lo más rápido posible a que el desplazamiento de las fuerzas armadas se efectúe de acuerdo a sus propias directivas. Deberá evitar proseguir lo que haya comenzado su predecesor. El grave peligro de una actuación que obedece a una voluntad extraña a la propia se hizo aparente a plena luz en el momento en que el general von Moltke era Jefe del Estado Mayor Superior, exactamente en vísperas de la guerra. A pesar de los cambios que, teniendo en cuenta las exigencias más elementales de la realidad, él hizo sufrir al plan de movilización, no tuvo tiempo de modificarlo completamente, ni desembarazarse, en el transcurso de las operaciones, de los puntos de vista de von Schlieffen, aunque ellos diferían totalmente de los suyos propios. "El hombre no debe contar más que consigo mismo", pensamiento que puede aplicarse muy particularmente a la conducta del General en Jefe.

Las operaciones decisivas en tierra serán dirigidas por el General en Jefe en persona, y él confiará la conducción de las operaciones continentales secundarias a un jefe que habrá nombrado especialmente a este efecto. Lo mismo será para aquellas operaciones cuyo objetivo sea evitar el ataque enemigo y mantener al adversario inmovilizado. Durante la última guerra se preguntaba a veces si el Estado Mayor Superior no habría hecho mejor quedándose en Berlín y nombrando a sus Comandantes en Jefe para el Este y el Oeste.

Siempre he considerado tales ideas como falsas, pues el General en Jefe debe ser dueño absoluto de sus actos. El sentido de su responsabilidad le impedirá delegar sobre los funcionarios colocados entre él y el ejército, facultades para intervenir personalmente en la batalla decisiva, pues estos numerosos intermediarios pondrán forzosamente trabas al cumplimiento de las voluntades del General en Jefe. El Jefe que realmente quiere actuar por sí mismo, que quiere estar informado también de lo que sucede en el mar, cuidar de todo y tomar las resoluciones que exija de él la conducción de la guerra total, deberá encarar las más duras obligaciones; pero éstas son, precisamente, las obligaciones de un General en Jefe, y nada las deberá cambiar.

Los medios de información de que dispondrá durante la guerra total le permitirán estar al tanto de la situación que reina del lado enemigo, incluso si estas noticias se hallan llenas de generalidades, de oscuridad y son incompletas, así como sobre la situación reinante en su propio ejército. Podrá entonces dirigir con mucho más éxito la guerra que lo que podían los generales de antaño. Deberá tener en cuenta que el General en Jefe enemigo estará, por su parte, mejor informado que antaño sobre las medidas que él mismo tomará y deberá actuar para ello de una manera enérgica que le permitirá cumplir con éxito su tarea. Con este propósito deberá derribar todos los obstáculos que puedan surgir en sus propias filas. ¡El enemigo se encargará luego de levantar sus propios obstáculos!

He podido dirigir desde mi mesa de trabajo las operaciones que se desarrollaron en Rumania, en Italia y en Galitzia y las acciones ofensivas y defensivas en el Oeste. Lo he hecho a plena conciencia de mis responsabilidades; así, al utilizar el conocimiento y experiencia que he podi-

do extraer del estudio de numerosas batallas, me ha sido posible más eficazmente de lo que podían los jefes que dirigían las operaciones sobre el lugar. Era asumir una pesada responsabilidad el esforzarse en permanecer sordo a las quejas que venían del frente, para no comprometer el resultado de las operaciones empeñadas en otras partes. Necesitaba sufrir conscientemente esta dolorosa tensión para poder, al mismo tiempo, obtener éxito en otros puntos.

Estoy persuadido de que, ahora, mucho más que durante la última guerra, el General en Jefe debe exigir de parte de sus tropas y de los jefes colocados directamente bajo sus órdenes una sumisión absoluta, y en particular en el caso en que se dan órdenes precisas. Ésta es la condición sine qua non de una acción homogénea. Es inadmisible que, como fue el caso de agosto de 1914, los subordinados se obstinen en retardar o en comprometer la acción de las órdenes del alto comando, y que, como consecuencia, obliguen a éste a mantener una lucha con sus subordinados. Es igualmente inadmisible que el alto mando deje la iniciativa de las decisiones a los jefes superiores del ejército, y que permita que se transmitan órdenes oscuras y directivas más oscuras todavía, de lo cual se hizo culpable en relación con el sexto ejército de Lorena y hacia el primero y octavo ejércitos, el 9 de setiembre de 1914.

Las tropas tienen el derecho de exigir órdenes claras, tanto como el Generalísimo tiene el derecho de exigir la obediencia a ellas. Si los subordinados creen que las órdenes deben ser modificadas, siempre les será posible, gracias a los medios de comunicación de que disponen, hacer llegar sus opiniones rápidamente a los jefes. Estas declaraciones pueden llevar a creer que soy partidario de la dependencia absoluta de los subordinados, pero no es así; soy simplemente partidario del comando homogéneo

en las batallas. Exijo, en virtud de mi experiencia de la guerra, que las órdenes dadas se obedezcan estrictamente, pero esto no quiere decir que yo rechace toda autonomía de mis subordinados. Solamente sobre esta base podrá ser ejecutada la voluntad del General en Jefe.

Cuando el general juzga inoportuno dar órdenes precisas para la ejecución de operaciones, puede naturalmente decir que tiene la intención de dejar una cierta libertad de acción a sus subordinados para ejercer su iniciativa. Pero esta iniciativa deberá ser supervisada estrictamente, pues allí también está comprometida su responsabilidad, que se halla en acción sobre algo tan serio como un teatro de operaciones.

Para responder a esta necesidad, el General en Jefe debe velar para que sus subordinados le rindan exacta cuenta detallada de todo lo que concierne a sus tropas. Esto parece fácilmente realizable, pero no lo será si el jefe en cuestión tiene un carácter tal que no se le pueda confiar una responsabilidad. Hay tendencia a exagerar demasiado fácilmente la importancia de las victorias, así como de las derrotas mientras se está aún bajo su impresión. El general debe estar exactamente informado sobre el estado real de sus propias tropas, si es que quiere dar directivas apropiadas para la situación. Los informes tan exactos como sea posible serán extremadamente útiles y podrán servir de base a las decisiones del General en Jefe, con mayor razón cuando los informes sobre el enemigo son demasiado oscuros y poco seguros. Es un hecho que los informes de victoria del ala derecha del ejército, así como las noticias de una gravedad muy real respecto a la situación del ala derecha del sexto ejército después de la batalla de Lorena, determinaron al Estado Mayor a tomar una resolución poco feliz: enviar al Este dos cuerpos de ejército del ala de-

recha, sin sacarlos justamente del ejército de Lorena, que habría podido ser la solución posible en caso de haber sido necesario absolutamente enviar refuerzos, lo que yo no habia solicitado.

El General en Jefe debe exigir de sus subordinados que, en la medida que les permita su libertad de acción, se muestren capaces de cumplir sus tareas con las fuerzas que les han sido asignadas, lo que le permitirá no verse retardado en su acción y tener sus manos libres. Les facilitará la comprensión de los objetivos de la guerra, informándolos explícitamente, en los momentos posibles, sobre sus intenciones. Entre el General en Jefe y los comandantes colocados directamente bajo sus órdenes, debe reinar una relación de mutua confianza.

Siendo el General en Jefe, en cierta manera, el tutor y el guía de la fuerza armada, debe velar para mantenerla intacta y fortificarla. Para ello debe prestar la mayor atención a que sus nociones de armamento y de combate, sobre cuya base los ejércitos deberán entrar en lucha, correspondan a las realidades de la hora. Es inevitable que ulteriormente se hagan necesarias modificaciones: es así que debí, a mi llegada al alto comando, aliviar las líneas de combate compensando la potencia de fuego de los soldados armados de fusil por la potencia de fuego de las ametralladoras. El empleo masivo de los medios técnicos de guerra permite apreciar su valor mejor de lo que puede hacerse en tiempo de paz. Esto es ahora mucho más evidente para los asuntos técnicos.

La atención del general se dirigirá hacia las unidades de la fuerza armada, y en particular hacia las tropas de retaguardia, tropas del ejército territorial, de la aviación, de la marina y de las formaciones de reserva, en las cuales

deberá comprobar su fuerza de alma y su disciplina[1]. La atención del general en jefe se dirigirá sin cesar, igualmente, sobre la población civil, pues debe ser su preocupación que ella trabaje para el ejército, para su propia salud, y que sea capaz de llegar hasta el fin de la lucha unida al ejército, en una perfecta cohesión anímica. Deberá ocuparse escrupulosamente de la situación económica y del aprovisionamiento del ejército y del pueblo. Deberá actuar siempre de manera que la política totalitaria ahogue en embrión las disensiones eventuales.

Recogerá con sostenida atención todas las informaciones relativas al estado de ánimo de las tropas de su ejército; como asimismo de las tropas y de las poblaciones de los países enemigos. Está claro que actualmente no puede esperarse aniquilar o hacer prisionero a cada uno de los millones de soldados que componen los ejércitos modernos, por decisiva que sea la victoria. Los mejores medios a emplear para quebrar la voluntad anímica de resistencia del pueblo enemigo serán la destrucción de su economía, el bloqueo, las dificultades provocadas para el reabastecimiento de sus fuerzas armadas, y por último, la influencia disolvente de la propaganda.

Infinitas serán, pues, las exigencias que la guerra total impondrá a sus jefes, y los desempeños y la capacidad de trabajo que ella les reclamará serán desconocidas para los jefes de antaño, inclusive para un Federico el Grande.

Raros son los jefes militares en la historia de un pueblo. Sólo la guerra puede decidir si el jefe del ejército de tiempo de paz se mostrará a la altura de las tareas de un jefe

[1] Por supuesto que toda consumición de alcohol en el ejército debe ser prohibida. Se han comprobado sus perjuicios para la capacidad combativa y la disciplina en la última guerra.

militar en la guerra. Por fin, el pueblo no habrá merecido tal jefe si no se pone a su servicio, es decir, al servicio del jefe de la guerra total librada por su salvación. En tal caso, el jefe y el pueblo se pertenecen mutuamente; sin ello, un jefe es de un precio demasiado grande para un pueblo.

ÍNDICE

Se terminó
de imprimir en los
Talleres Gráficos LUMEN
Noseda y Cía.
Calle Tucumán 2926
T. E. 87-6646/6647
Buenos Aires
República Argentina
en el mes de
noviembre
de mil novecientos
sesenta y cuatro